

MORGAN RICE

REBELDE,  
POBRE,  
REY

DE CORONAS Y GLORIA-LIBRO 4

# REBELDE, POBRE, REY

(DE CORONAS Y GLORIA-LIBRO 4)

MORGAN RICE

## Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de doce libros; de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspense post-apocalíptica compuesta de tres libros; de la serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de seis libros; y de la nueva serie de fantasía épica DE CORONAS Y GLORIA. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita [www.morganrice.books](http://www.morganrice.books) para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!

## Algunas opiniones sobre Morgan Rice

“Si pensaba que no quedaba una razón para vivir tras el final de la serie EL ANILLO DEL HECHICERO, se equivocaba. En EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES Morgan Rice consigue lo que promete ser otra magnífica serie, que nos sumerge en una fantasía de trolls y dragones, de valentía, honor, coraje, magia y fe en el destino. Morgan de nuevo ha conseguido producir un conjunto de personajes que nos gustarán más a cada página... Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores que disfrutan de una novela de fantasía bien escrita”.

--*Books and Movie Reviews*

Roberto Mattos

“Una novela de fantasía llena de acción que seguro satisfará a los fans de las anteriores novelas de Morgan Rice, además de a los fans de obras como EL CICLO DEL LEGADO de Christopher Paolini... Los fans de la Ficción para Jóvenes Adultos devorarán la obra más reciente de Rice y pedirán más”.

--*The Wanderer, A Literary Journal* (sobre *El despertar de los dragones*)

“Una animada fantasía que entrelaza elementos de misterio e intriga en su trama. *La senda de los héroes* trata sobre la forja del valor y la realización de un propósito en la vida que lleva al crecimiento, a la madurez, a la excelencia... Para aquellos que buscan aventuras fantásticas sustanciosas, los protagonistas, las estrategias y la acción proporcionan un fuerte conjunto de encuentros que se centran en la evolución de Thor desde que era un niño soñador hasta convertirse en un joven adulto que se enfrenta a probabilidades de supervivencia imposibles... Solo el comienzo de lo que promete ser una serie épica para jóvenes adultos”.

--*Midwest Book Review* (D. Donovan, eBook Reviewer)

“EL ANILLO DEL HECHICERO tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: conspiraciones, tramas, misterio, caballeros valientes e incipientes relaciones repletas de corazones rotos, engaño y traición. Lo entretendrá durante horas y satisfará a personas de todas las edades. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores del género fantástico”.

--*Books and Movie Reviews*, Roberto Mattos

“En este primer libro lleno de acción de la serie de fantasía épica El anillo del hechicero (que actualmente cuenta con 14 libros), Rice presenta a los lectores al joven de 14 años Thorgrin “Thor” McLeod, cuyo sueño es alistarse en la Legión de los Plateados, los caballeros de élite que sirven al rey... La escritura de Rice es de buena calidad y el argumento intrigante”.

--*Publishers Weekly*

Libros de Morgan Rice

**EL CAMINO DE ACERO**

SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

**DE CORONAS Y GLORIA**

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1)

CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro#2)

ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro#3)

REBELDE, POBRE, REY (Libro#4)

SOLDADO, HERMANO, HECHICERO (Libro#5)

**REYES Y HECHICEROS**

EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)

EL DESPERTAR DEL VALIENTE(Libro #2)

EL PESO DEL HONOR (Libro #3)

UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)

UN REINO DE SOMBRAS (Libro#5)

LA NOCHE DE LOS VALIENTES (Libro#6)

**EL ANILLO DEL HECHICERO**

LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)

UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)

UN DESTINO DE DRAGONES(Libro #3)

UN GRITO DE HONOR (Libro #4)

UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)

UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)

UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)

UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)

UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)

UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10)

UN REINO DE ACERO (Libro #11)

UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)

UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)

UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)

UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)

UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)

EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

**LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA**

ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1)

ARENA DOS (Libro #2)

ARENA TRES (Libro #3)

**VAMPIRA, CAÍDA**

ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

**EL DIARIO DEL VAMPIRO**

TRANSFORMACIÓN (Libro #1)

AMORES (Libro #2)

TRAICIONADA (Libro #3)

DESTINADA (Libro #4)

DESEADA (Libro #5)

COMPROMETIDA (Libro #6)

JURADA (Libro #7)

ENCONTRADA (Libro #8)

RESUCITADA (Libro #9)

ANSIADA (Libro #10)

CONDENADA (Libro #11)

OBSESIONADA (Libro #12)

[¡Descargar libros de Morgan ahora en Amazon!](#)

KINGS AND SORCERERS



THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals





¡Escucha la serie EL ANILLO DEL HECHICERO en su versión audiolibro!  
Ahora disponible en:

[Amazon](#)  
[Audible](#)  
[iTunes](#)



## **¿Quieres libros gratis?**

Suscríbete a la lista de correo de Morgan Rice y recibe 4 libros gratis, 3 mapas gratis, 1 app gratis, 1 juego gratis, 1 novela gráfica gratis ¡y regalos exclusivos! Para suscribirte, visita:

[www.morganricebooks.com](http://www.morganricebooks.com)

-

Derechos Reservados © 2016 por Morgan Rice. Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE.UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma o medio alguno ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de información, sin la autorización previa de la autora. Este libro electrónico está disponible solamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, tiene que adquirir un ejemplar adicional para cada uno. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no lo compró solamente para su uso, por favor devuélvalo y adquiera su propio ejemplar. Gracias por respetar el arduo trabajo de esta escritora. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes, son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es totalmente una coincidencia. Imagen de la cubierta Derechos reservados Ivan Bliznetsov, utilizada bajo licencia de istock.com.

# ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO](#)  
[CAPÍTULO DOS](#)  
[CAPÍTULO TRES](#)  
[CAPÍTULO CUATRO](#)  
[CAPÍTULO CINCO](#)  
[CAPÍTULO SEIS](#)  
[CAPÍTULO SIETE](#)  
[CAPÍTULO OCHO](#)  
[CAPÍTULO NUEVE](#)  
[CAPÍTULO DIEZ](#)  
[CAPÍTULO ONCE](#)  
[CAPÍTULO DOCE](#)  
[CAPÍTULO TRECE](#)  
[CAPÍTULO CATORCE](#)  
[CAPÍTULO QUINCE](#)  
[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)  
[CAPÍTULO DIECISIETE](#)  
[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)  
[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)  
[CAPÍTULO VEINTE](#)  
[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)  
[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)  
[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)  
[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)  
[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)  
[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)  
[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)  
[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)  
[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)  
[CAPÍTULO TREINTA](#)  
[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)

# CAPÍTULO UNO

Thanos sentía un dolor en el estómago mientras su barco se balanceaba a través del mar y la corriente lo alejaba cada vez más de su hogar. Hacía días que no divisaban tierra. Estaba en la proa de la barca, observando el agua, aguardando el momento en el que finalmente divisaran algo. Solo se contenía de ordenar al capitán que diera media vuelta al barco al pensar en lo que podría haber más adelante, en *quién* podría haber más adelante.

*Ceres.*

Estaba allí, en algún lugar, y él la encontraría.

“¿Está seguro de eso?” preguntó el capitán, acercándose a su lado. “No conozco a nadie que quiera ir de viaje a la Isla de los Prisioneros”.

¿Qué podía decir Thanos al respecto? ¿Que no lo sabía? ¿Que se sentía un poco como la barca, empujada hacia delante por los remos aunque el viento intentaba empujarla hacia atrás?

Pero la necesidad de encontrar a Ceres superaba todo lo demás. Dirigía a Thanos, llenándolo de emoción ante la posibilidad de encontrarla. Había estado seguro de que había desaparecido, de que nunca la volvería a ver. Cuando escuchó que podría estar viva, el alivio lo abrumó, le hizo sentir que podía desplomarse.

Pero no podía negar que los pensamientos sobre Estefanía también estaban allí y lo hacían mirar hacia atrás e incluso, por un instante fugaz, pensar en *volver*. Al fin y al cabo, era su esposa y él la había abandonado. Estaba embarazada de su hijo y él se había marchado. La había dejado allí en el muelle. ¿Qué clase de hombre hacía eso?

“Intentó matarme”, recordó Thanos.

“¿Cómo?” preguntó el capitán, y Thanos se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta.

“Nada”, dijo Thanos. Suspiró. “La verdad es que no lo sé. Estoy buscando a alguien, y la Isla de los Prisioneros es el único lugar al que podría haber ido”.

Sabía que el barco de Ceres se había hundido de camino a la isla. Si había sobrevivido, entonces tenía sentido que hubiera ido hasta allí, ¿verdad? Aquello también explicaba por qué Thanos no la había visto desde entonces. Si hubiera podido volver hacia él, Thanos pensaba que lo habría hecho.

“Parece un peligro excesivamente grande que correr para no saberlo”, dijo el capitán.

“Ella lo merece”, le aseguró Thanos.

“Debe ser algo especial para ser mejor que Lady Estefanía”, dijo el contrabandista con una mirada maliciosa, que hizo que Thanos deseara darle un puñetazo.

“Está hablando de mi esposa”, dijo Thanos, e incluso él reconoció el evidente problema que había con ello. No podía defenderla cuando él había sido el que la había dejado atrás, y cuando ella había sido la que había ordenado su muerte. Probablemente merecía todo lo que cualquiera dijera sobre ella.

Ahora, deseaba convencerse de ello. Si sus pensamientos sobre Ceres no continuaran siendo interrumpidos por pensamientos sobre Estefanía, cómo había estado con él en los festines del castillo, cómo había sido en los momentos de tranquilidad, el aspecto que tenía la mañana después de la noche de bodas...

“¿Está seguro de que puede llevarme a la Isla de los Prisioneros de manera segura?” preguntó Thanos. Nunca había estado allí, pero se suponía que la isla entera era como una fortaleza bien protegida, inexorable para aquellos a los que llevaban allí.

“Oh, es muy fácil”, afirmó el capitán. “Pasamos por allí a veces. Los guardias venden algunos de los prisioneros que han explotado como esclavos. Los atan con cuerdas a palos en la orilla para que los veamos al acercarnos”.

Thanos había decidido hacía tiempo que odiaba a aquel hombre. Pero lo escondía, pues el

contrabandista era en aquel momento la única oportunidad que tenía de llegar a la isla y encontrar a Ceres.

“Encontrarme con los guardias no es exactamente lo que quiero”, puntualizó.

El otro hombre encogió los hombros. “Es muy sencillo. Nos acercamos, lo dejamos allí con una barca pequeña y sigue como si fuera una visita normal. Entonces nosotros lo esperaremos cerca de la costa. No mucho tiempo, recuerde. Si esperamos demasiado, podrían pensar que estamos haciendo algo sospechoso”.

Thanos no tenía ninguna duda de que el contrabandista lo abandonaría si presentara alguna amenaza para su barco. Solo lo había llevado hasta allí la perspectiva de ganar dinero. Un hombre como aquel no comprendería el amor. Para él, probablemente era algo que alquilabas en los muelles por horas. Pero había llevado a Thanos hasta allí. Aquello era lo que importaba.

“Piense que aunque encuentre a aquella mujer en la Isla de los Prisioneros”, dijo el capitán, “puede que no sea como usted la recuerda”.

“Ceres siempre será Ceres”, insistió Thanos.

Escuchó cómo el otro hombre resoplaba. “Es muy fácil decirlo, pero usted no sabe las cosas que hacen allí. Algunos de los que nos venden como esclavos, apenas son capaces de hacer algo por ellos mismos a no ser que se lo digamos”.

“Y estoy seguro de que eso le encanta” respondió bruscamente Thanos.

“No le gusto mucho, ¿verdad?” preguntó el capitán.

Thanos ignoró la pregunta, mirando fijamente al mar. Ambos conocían la respuesta y, en aquel momento, tenía cosas mejores en las que pensar. Tenía que encontrar un modo de encontrar a Ceres, costara lo que...

“¿Aquello es tierra?” preguntó, señalando con el dedo.

Al principio, no era más que un punto en el horizonte, pero incluso así, parecía desalentador, rodeado de nubes y con olas agitadas. Al acercarse más, Thanos tenía la sensación de que un terror amenazante crecía en su interior.

La isla se levantaba como una serie de picos de granito gris como los dientes de una gran bestia. En el punto más alto de la isla estaba situado un bastión, por encima de él, ardía constantemente un faro, como si quisiera advertir a todos los que pudieran venir allí. Thanos veía árboles a un lado de la isla, pero en su mayoría parecía estar vacía.

Al acercarse todavía más, vio unas ventanas que parecían estar talladas directamente en la piedra de la isla, como si hubieran ahuecado toda la isla para hacer la prisión más grande. También vio playas de pizarra, con unos huesos blancos desteñidos sobresaliendo de ellas. Thanos escuchó chillidos, y se quedó pálido al ver que no podía distinguir si eran aves marinas o personas.

Thanos deslizó su pequeña barca por la pizarra de la playa, e hizo un gesto de repulsión al ver esposas dispuestas allí bajo la línea de la marea. Su imaginación inmediatamente le dijo para qué eran: torturar y ejecutar a los prisioneros usando las olas que llegaban. Unos cuantos huesos abandonados en la orilla hablaban por sí solos.

El capitán del barco de contrabando se giró hacia él y sonrió.

“Bienvenido a la Isla de los Prisioneros”.

## CAPÍTULO DOS

Para Estefanía, el mundo parecía inhóspito sin Thanos allí. Parecía frío, a pesar del calor del sol. Vacío, a pesar del bullicio de gente que había alrededor del castillo. Miraba fijamente a la ciudad, y tranquilamente podría haberle prendido fuego, pues no significaba nada. Lo único que podía hacer era sentarse al lado de las ventanas de sus aposentos, sintiéndose como si alguien le hubiera arrancado el corazón.

Quizás alguien lo haría. A fin de cuentas, lo había arriesgado todo por Thanos. ¿Cuál era el castigo exacto por ayudar a un traidor? Estefanía conocía la respuesta a aquello, porque era la misma que a todo lo demás en el Imperio: lo que el rey decidiera. No dudaba mucho de que querría su muerte por ello.

Una de sus doncellas le ofreció un reconfortante bálsamo de hierbas. Estefanía lo ignoró, incluso cuando la chica lo dejó sobre una pequeña mesa de piedra que había a su lado.

“Mi señora”, dijo la chica. “Algunas de las demás... se preguntan.. ¿no deberíamos prepararnos para abandonar la ciudad?”

“Abandonar la ciudad”, dijo Estefanía. Escuchó lo plana y estúpida que sonó su propia voz.

“Es que... ¿no estamos en peligro? Con todo lo que ha sucedido... y todo lo que nos hizo hacer... para ayudar a Thanos”.

“¡Thanos!” El nombre la sacó de golpe de su estupor por un instante, para seguirle la ira a continuación. Estefanía cogió el brebaje de hierbas. “¡No te atrevas a mencionar su nombre, estúpida! Fuera de aquí. ¡Fuera de aquí!”

Estefanía lanzó la taza con su infusión humeante. Su doncella la esquivó, lo que ya fue irritante de por sí, pero el ruido de la taza al hacerse añicos lo superó con creces. El líquido marrón se derramó por la pared. Estefanía lo ignoró.

“¡Que nadie me moleste!” exclamó a la chica. “O haré que te arranquen la piel por ello”.

Estefanía necesitaba estar a solas con sus pensamientos, aunque fueran unos pensamientos tan oscuros que una parte de ella deseara tirarse desde el balcón de sus aposentos solo para acabar con todo aquello. Thanos se había ido. Con todo lo que ella había hecho, por todo lo que ella había trabajado y Thanos se había ido. Antes de él, ella nunca había creído en el amor; estaba convencida de que era una flaqueza que solo te abría las puertas al dolor, pero con él parecía valer la pena arriesgarse. Ahora, resultaba que ella estaba en lo cierto. El amor solo facilitaba las cosas al mundo para que te hiciera daño.

Estefanía escuchó el ruido de la puerta al abrirse y se giró de nuevo, buscando algo más para lanzar.

“¡Dije que no me molestaran!” gritó antes de ver quién era.

“Esto no es ser muy agradecida”, dijo Lucio al entrar, “después de que mandé que te escoltaran hasta aquí con cuidado para asegurarme de que estarías a salvo”.

Lucio iba vestido como un príncipe de cuento, con terciopelo blanco trabajado con motivos de oro y piedras preciosas. Llevaba su puñal en el cinturón, pero se había quitado la armadura dorada y la espada. Incluso su pelo parecía recién lavado, sin ninguna impureza de la ciudad. Para Estefanía, tenía más el aspecto de un hombre preparado para cantar canciones bajo la ventana que para organizar la defensa de la ciudad.

“Escoltarme”, dijo Estefanía con una sonrisa tensa. “Es una buena palabra para eso”.

“Me aseguré de que viajaras a salvo por las calles de nuestra ciudad rotas por la guerra”, dijo Lucio, “mis hombres se ocuparon de que no cayeras presa de los rebeldes, o de que no te secuestrara el asesino de tu marido. ¿Sabías que escapó?”

Estefanía frunció el ceño. ¿A qué estaba jugando Lucio?

“Por supuesto que lo sé”, contestó bruscamente Estefanía. Se puso de pie, pues no le gustaba que Lucio estuviera por encima de ella. “Yo estaba allí”.

Vio que Lucio levantaba una ceja fingiendo sorpresa. “¿Por qué, Estefanía, estás confesando que jugaste algún papel en la fuga de tu marido? Porque ninguna de las pruebas apunta en esa dirección”.

Estefanía lo miró guardando la compostura. “¿Qué hiciste?”

“Yo no hice nada”, dijo Lucio, que evidentemente estaba disfrutando mucho de todo aquello. “De hecho, he estado buscando arduamente la verdad del asunto. *Muy arduamente*”.

Lo que, para Lucio, significaba torturando a la gente. Estefanía no se oponía a la crueldad, pero desde luego no le producía el placer que le producía a él.

Suspiró. “Déjate de juegucitos. ¿Qué has hecho?”

Lucio encogió los hombros. “He procurado que las cosas fueran como yo quería”, dijo. “Cuando hable con mi padre, le diré que Thanos mató a unos cuantos guardias al fugarse, mientras otro confesó ayudarlo por afinidad con los rebeldes. Desgraciadamente, no vivió para contar su historia de nuevo. Tenía el corazón débil”.

Era evidente que Lucio se había asegurado de que nadie que hubiera visto a Estefanía allí sobreviviera. Incluso Estefanía sentía repulsión por la crueldad de todo aquello, aunque por otra parte ya estaba calculando en qué contexto la dejaba para todo lo demás a ella.

“Desgraciadamente, parece ser que una de tus doncellas se vio atrapada en la conspiración”, dijo Lucio. “Al parecer, Thanos la sedujo”.

La ira estalló como un fogonazo dentro de Estefanía. “¡Son *mis* doncellas!”

No solo era por pensar que hirieran a las mujeres que la habían servido con tanta lealtad, aunque aquello ya era suficientemente malo. Era el pensar que Lucio osara hacer daño a alguien que era obviamente *suya*. No era solo pensar que hicieran daño a una de las que la habían servido, ¡era el insulto que aquello representaba!”

“Y de eso se trataba”, dijo Lucio. “Demasiada gente la había visto haciendo encargos para ti. Y cuando le ofrecí a la chica su vida a cambio de todo lo que supiera, se mostró muy servicial”.

Estefanía apartó la mirada. “¿Por qué haces todo esto, Lucio? Podrías haberme dejado marchar con Thanos”.

“Thanos no te *merecía*”, dijo Lucio. “En absoluto merecía ser feliz”.

“¿Y por qué encubres mi papel en ello?” preguntó Estefanía. “Podrías haberte mantenido alejado y ver cómo me ejecutaban”.

“Lo pensé”, confesó Lucio. “O al menos, pensé en preguntar al rey por ti cuando se lo contamos. Pero había muchas posibilidades de que te ejecutaran sin pensarlo dos veces, y no podíamos permitir eso”.

Solo Lucio podía hablar de algo así tan abiertamente, o pensar que Estefanía era algo que podía pedir a su padre como si fuera una baratija preciosa. Solo pensar en ello le producía grima.

“Pero entonces me pasó por la cabeza”, dijo Lucio, “que estoy disfrutando demasiado del juego entre nosotros para hacer algo así. De todas formas, no es así como te quiero. Quiero que seas mi igual, mi compañera. Verdaderamente mía”.

Estefanía se dirigió hacia el balcón, sobre todo en busca de aire fresco. Desde tan cerca, el olor de Lucio era de una cara agua de rosas y perfumes claramente pensados para ocultar la sangre que había debajo de los sobreesfuerzos del resto del día.

“¿Qué estás diciendo?” preguntó Estefanía, aunque ya se hacía bien la idea de qué podría querer Lucio de ella. Ella misma se había preocupado de descubrir todo lo que podía de los demás de la corte, incluidos los gustos de Lucio.

Aunque quizás no había hecho un trabajo tan bueno. No se había dado cuenta de que Lucio había estado sonsacando a su red de confidentes y espías. Tampoco había averiguado las cosas que estaba haciendo Thanos, hasta que fue demasiado tarde.

Pero no podía compararlos. Lucio no tenía ninguna moral ni nada que lo detuviera en absoluto, siempre estaba buscando nuevas maneras de hacer daño a los demás. Thanos era fuerte y tenía principios,

era cariñoso y protector.

Pero él había sido el que la había dejado. La había abandonado, sabiendo lo que pasaría después.

Lucio alargó el brazo para coger su mano, agarrándola de una forma más suave de lo que se podría esperar normalmente de él. Aún así, Estefanía tuvo que luchar para reprimir el ansia de encogerse cuando levantó su mano para acercarla a los labios de él, para besarle la parte interior de la muñeca, justo donde el pulso latía.

“Lucio”, dijo Estefanía, apartando la mano. “Soy una mujer casada”.

“Rara vez pienso que eso sea un impedimento”, remarcó Lucio. “Y, para ser honesto, Estefanía, dudo que para ti lo fuera”.

Entonces la furia de Estefanía estalló de nuevo. “No sabes nada sobre mí”.

“Lo sé todo sobre ti”, dijo Lucio. “Y cuanto más veo, más sé que tú y yo somos perfectos el uno para el otro”.

Estefanía se marchó, pero Lucio la siguió. Evidentemente. A él jamás lo rechazaban.

“Piénsalo, Estefanía”, dijo Lucio. “Pensaba que tenías la cabeza hueca, pero después descubrí la tela de araña que habías tejido en Delos. ¿Sabes qué sentí entonces?”

“¿Rabia por haber estado haciendo el tonto?” sugirió Estefanía.

“Cuidado”, dijo Lucio. “No te gustaría que me enfadara contigo. No, sentí admiración. Antes pensaba que serías buena en la cama para una o dos noches. Después pensé que eras alguien que verdaderamente comprendía cómo funcionaba el mundo”.

Oh, Estefanía lo comprendía, mejor que nadie a quien alguien como Lucio pudiera conocer. Él tenía su posición, que lo protegía de cualquier cosa con que se pudiera encontrar en el mundo. Estefanía solo tenía su inteligencia.

“Y decidiste que seríamos la pareja perfecta”, dijo Estefanía. “Entonces dime, ¿qué pensabas hacer acerca de mi matrimonio con Thanos?”

“Estas cosas se pueden dejar a un lado”, dijo Lucio, como si fuera tan sencillo como chasquear los dedos. “Después de lo que ha hecho, imaginaba que te alegrarías de liberarte de *aquella* ligadura”.

Sería una ventaja que los sacerdotes se encargaran de ello, porque sino Estefanía corría el peligro de que los crímenes de Thanos mancharan su imagen. Siempre sería la mujer que estaba casada con el traidor, a pesar de que Lucio se había asegurado de que nadie la relacionara con los crímenes.

“O, si no deseas eso”, dijo Lucio, “estoy seguro de que no costará mucho asegurar su deceso. Al fin y al cabo, tú casi lo conseguiste. Sin importar donde haya ido, se podría pensar en otro sicario. Podrías estar de luto durante un... tiempo razonable. Estoy seguro de que el negro te quedaría bien. Estás hermosa con todo lo demás”.

Había algo en la mirada de Lucio que hacía que Estefanía se sintiera incómoda, como si intentara imaginar qué aspecto tendría sin llevar nada encima. Lo miró directamente a los ojos, intentando mantener un tono formal.

“¿Y después qué?” exigió ella.

“Y después te casas con un príncipe más apropiado”, dijo Lucio. “Piensa en todo lo que podríamos hacer juntos, con las cosas que tú sabes y las cosas que yo puedo hacer. Podríamos gobernar el Imperio juntos, y la rebelión jamás podría ni tocarnos. Debes admitirlo, seríamos una pareja encantadora”.

Entonces Estefanía se rio. No pudo evitarlo. “No, Lucio. No lo seríamos, porque yo no siento nada por ti más allá del desprecio. Eres un matón, y peor, eres la razón por la que lo he perdido todo. ¿Por qué iba a considerar casarme contigo?”

Observó que la expresión de Lucio se endurecía.

“Yo podría conseguir que lo hicieras”, remarcó Lucio. “Podría hacerte hacer lo que quisiera. ¿No crees que todavía podría dar a conocer tu parte en la fuga de Thanos? Quizás me quedé con aquella doncella tuya, como seguro”.



“¿Forzándome a casarme?” dijo Estefanía. ¿Qué clase de hombre haría eso?

Lucio extendió las manos. “No eres tan diferente a mí, Estefanía. Conoces las reglas del juego. Tú no querrías a un estúpido que viniera a ti con flores y joyas. Además, aprenderías a quererme. Quisieras o no”.

Volvió a alargar el brazo hacia ella, y Estefanía puso su mano sobre el pecho de él. “Tócame, y no saldrás de esta habitación con vida”.

“¿Quieres que desvele tu parte ayudando a escapar a Thanos?” preguntó.

“Olvidas tu propia parte”, dijo Estefanía. “A fin de cuentas, tú lo sabías todo. ¿Cómo reaccionaría el rey si se lo dijera?”

En aquel momento esperaba rabia por parte de Lucio, quizás incluso violencia. En cambio, vio que sonreía.

“Sabía que eras perfecta para mí”, dijo. Incluso en tu situación, encuentras el modo de contraatacar, y a la perfección. Juntos, no habrá nada que no podamos hacer. Sin embargo, sé que te llevará un tiempo darte cuenta de ello. Has pasado mucho”.

Sonaba exactamente como lo haría un pretendiente preocupado, lo que hacía que Estefanía se fiara menos de él.

“Piensa por un rato en todo lo que he dicho”, dijo Lucio. “Piensa en todo lo que podría ofrecerte un matrimonio conmigo. Sin duda, comparado con ser la mujer que estuvo casada con un traidor. Puede que todavía no me quieras, pero la gente como nosotros no toma decisiones basadas en este tipo de tonterías. Las tomamos porque somos superiores y reconocemos a los que son como nosotros solo con verlos”.

Estefanía no era en absoluto como Lucio, pero sabía que era mejor no decirlo. Solo quería que se marchase.

“Mientras tanto”, dijo Lucio al ver que no contestaba, “tengo un regalo para ti. Aquella doncella tuya pensó que lo necesitarías. Me contó todo *tipo* de cosas sobre ti mientras suplicaba por su vida”.

Sacó un botellín de la pequeña bolsa que llevaba en el cinturón y lo dejó encima de la mesa que había al lado de la ventana.

“Me habló de la razón por la que tuviste que irte corriendo del festival de la luna de sangre”, dijo Lucio. “De tu embarazo. Evidentemente nunca podría criar al hijo de Thanos. Bébetelo y no habrá ningún problema. En ningún sentido”.

Estefanía deseaba arrojarle el botellín. Lo cogió para hacerlo, pero él ya había salido por la puerta.

Se disponía a lanzárselo de todos modos, pero se detuvo, se sentó junto a la ventana y miró fijamente a través de ella.

Estaba despejado, el sol brillaba a través de ella de un modo que hacía que pareciera más inocente de lo que era. Si bebía aquello, sería libre para casarse con Lucio, lo que era un pensamiento horrible. Pero que la situaría en una de las posiciones más poderosas dentro del Imperio. Si bebía aquello, el último resto de Thanos desaparecería.

Estefanía estaba allí sentada, sin saber qué hacer y, lentamente, las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas.

Quizás acabaría bebiéndoselo, después de todo.

# CAPÍTULO TRES

Ceres luchaba desesperadamente por recuperar la conciencia, abriéndose camino entre los velos de oscuridad que la acorralaban, como una mujer que se está ahogando y agita brazos y piernas para salir del agua. Incluso ahora, podía escuchar los gritos de los que estaban muriendo. La emboscada. La batalla. Debía obligarse a despertar, o todo estaría perdido...

Abrió los ojos de golpe y se levantó, dispuesta a continuar con la lucha. Al menos, lo intentaría. Algo le sujetaba las muñecas y los tobillos, reteniéndola. Finalmente el sueño desapareció y Ceres vio donde estaba.

La rodeaban paredes de piedra, que trazaban una curva que apenas dejaba un espacio lo suficientemente grande para que Ceres se tumbara. No había cama, solo un suelo duro de piedra. Una pequeña ventana con barrotes dejaba entrar la luz. Ceres sentía el restrictivo peso del acero alrededor de sus muñecas y tobillos, y vio el pesado soporte donde las cadenas la conectaban a la pared, la gruesa puerta amarrada con bandas de hierro que la proclamaban prisionera. La cadena desaparecía a través de una ranura que había en la puerta, lo que sugería que podían tirar de ella desde fuera, directa hacia el soporte, hasta dejarla pegada a la pared.

Ceres se llenó de ira al verse atrapada de aquella manera. Tiró del soporte, simplemente para intentar arrancarlo con la fuerza que sus poderes le concedían. No pasó nada.

Era como si tuviera niebla dentro de su cabeza e intentara ver a través de ella hacia el paisaje que había más allá. La luz del recuerdo parecía abrirse camino a través de la niebla por aquí y por allí, pero era algo fragmentado.

Recordaba las puertas de la ciudad abriéndose, los “rebeldes” haciéndoles señales con la mano para que entraran. Yendo al ataque, entregándolo todo en la que pensaban que sería la batalla clave para la ciudad.

Ceres se desplomó hacia atrás. Se hizo daño y algunas de las heridas eran más profundas que las físicas.

“Alguien nos traicionó”, dijo Ceres en voz baja.

Habían estado a punto de alcanzar la victoria, y alguien lo había revelado todo. Por dinero, o miedo, o por la necesidad de poder, alguien había revelado todo por lo que habían estado trabajando y los había dirigido hacia una trampa.

Entonces Ceres lo recordó. Recordó ver al sobrino de Lord West con una flecha sobresaliendo de su garganta, la mirada de impotencia e incredulidad que había asomado en su rostro antes de caer de la silla.

Recordaba las flechas bloqueando el sol, las barricadas, el fuego.

Los hombres de Lord West habían intentado disparar a los arqueros que los atacaban. Ceres había visto sus habilidades como arqueros a caballo durante su viaje a Delos, eran capaces de cazar con arcos pequeños y disparar a todo galope si era necesario. Al disparar sus primeras flechas como respuesta, Ceres incluso se había atrevido a tener esperanza, porque parecía que aquellos hombres serían capaces de superar cualquier cosa.

Pero no lo hicieron. Con los arqueros de Lucio escondidos por los tejados, se habían encontrado en clara desventaja. En algún momento del caos, ollas de fuego se habían unido a las flechas, y Ceres había sentido el horror de ver que los hombres empezaban a arder. Solo Lucio podía haber usado el fuego como arma en su propia ciudad, sin importarle si las llamas se extendían a las casas de los alrededores. Ceres había visto a los caballos encabritarse, lanzando a los hombres que los montaban presos por el pánico.

Ceres debería haberlos podido salvar. Había ido en busca del poder que había en su interior y solo encontró vacío, un oscuro hueco donde debería haber habido la fuerza y el poder dispuestos para destruir a sus enemigos.

Incluso lo había buscado cuando su caballo corcoveó y la hizo caer...

Ceres forzó a su mente a volver al presente, porque había algunos lugares de su memoria donde no quería detenerse. Aunque el presente no era mucho mejor, porque fuera Ceres escuchaba los gritos de un hombre que era obvio que estaba muriendo.

Ceres se dirigió hacia la ventana, luchando hasta los límites que sus cadenas le permitían. Incluso aquello era un esfuerzo. Sentía como si algo la hubiera rastreado por dentro, eliminando toda fuerza que hubiera tenido. Parecía que apenas podía estar de pie, mucho menos librarse de las cadenas que la sujetaban.

Consiguió llegar hasta allí, agarrándose a las barras como si pudiera arrancarlas. En realidad, casi era lo único que la sujetaba entonces. Cuando miró hacia el patio que había más allá de su nueva celda, le hizo falta aquel apoyo.

Ceres vio allí a los hombres de Lord West, en fila ante una hilera de soldados. Algunos todavía llevaban lo que quedaba de su armadura aunque, en algunos casos, algunas piezas se habían roto o habían sido arrancadas y ninguno tenía sus armas. Tenían las manos atadas y muchos estaban de rodillas. Aquella visión era triste. Hablaba de su derrota más claramente de lo que cualquier otra cosa podría hacerlo.

Ceres reconoció a otros de los que estaban allí, rebeldes, y ver aquellos rostros le trajo una reacción aún más visceral. Los hombres de Lord West habían venido con ella voluntariamente. Habían arriesgado sus vidas por ella, y Ceres se sentía responsable por ello, pero ella conocía a los hombres y mujeres que había allá abajo.

Vio a Anka. Anka estaba atada en el centro de todo aquello, tenía los brazos atados detrás de ella con una correa a un palo, lo suficientemente altos para que no pudiera sentarse o arrodillarse para descansar. Una cuerda a la altura de la garganta amenazaba con empezar a ahogarla cada vez que se atreviera a descansar. Ceres vio sangre en su cara, que se había quedado allí con indiferencia, como si a ella no le importara en absoluto.

Aquella visión fue suficiente para hacer que Ceres se sintiera mal. Ellos eran amigos, en algunos casos gente a la que Ceres hacía años que conocía. Algunos de ellos estaban heridos. Una ráfaga de ira recorrió a Ceres ante aquello, porque nadie estaba intentando ayudarlos. En cambio, estaban de rodillas o de pie, tal y como hacían los soldados.

Entonces estaba la visión de las cosas que estaban allí a la espera. Ceres no sabía para qué eran muchas de ellas, pero a partir de las demás lo podía imaginar. Había palos para ensartar y bloques para decapitar, horcas y braseros con hierros calientes. Y más. Tanto que Ceres apenas podía ni empezar a entender la mente que podía decidir hacer todo aquello.

Entonces vio que Lucio estaba entre ellos, y lo supo. Aquello era culpa suya y, de alguna manera, culpa de ella. Si hubiera sido más rápida para cazarlo cuando él lanzó su reto. Si hubiera encontrado alguna forma de matarlo antes de aquello.

Lucio estaba encima del soldado que estaba gritando, haciendo girar una espada que tenía clavada hasta provocarle un nuevo sonido de agonía. Ceres vio una pequeña multitud de torturadores y verdugos con capuchas negras a su alrededor, que observaban como si estuvieran tomando nota, o posiblemente solo apreciando a alguien con un retorcido don para su profesión. Ceres deseaba poder ir hasta allí y matarlos a todos.

Lucio alzó la vista y Ceres notó el instante en que sus ojos se encontraron con los de ella. Era algo parecido al tipo de cosas sobre las que cantaban los poetas, cuando las miradas de los amantes se cruzaban en una habitación, solo que en ambos lados solo había odio. En aquel instante, Ceres hubiera matado a Lucio como hubiera podido, y veía lo que Lucio le tenía guardado.

Vio que su sonrisa se extendía lentamente por su rostro, y le dio un último giro a la espada, con la mirada todavía puesta en Ceres, antes de ponerse derecho y secarse distraídamente sus manos

ensangrentadas en un trozo de tela. Estaba de pie como un actor que está a punto de soltar un discurso a un público que espera. Para Ceres, simplemente parecía un asesino.

“Todo hombre y mujer que hay aquí es un traidor”, manifestó Lucio. “Pero creo que todos sabemos que no es culpa vuestra. Habéis sido engañados. Corrompidos por otros. Corrompidos por una en particular”.

Ceres vio que lanzaba otra mirada en su dirección.

“Por eso voy a ofrecer clemencia a los mediocres que estéis aquí. Arrastraos hasta mí. Suplicad que os esclavice y se os permitirá vivir. El Imperio siempre necesita más burros de carga”.

Nadie se movió. Ceres no sabía si sentirse orgullosa o gritarles para que aceptaran la oferta. Al fin y al cabo, tenían que saber lo que les venía encima.

“¿No?” dijo Lucio, con un toque de sorpresa en su tono. Ceres pensó que, quizás, él verdaderamente esperaba que todos se entregaran por propia voluntad a la esclavitud para salvar sus vidas. Quizás él no comprendía de qué iba la rebelión, o que había algunas cosas peores que la muerte. “¿Nadie?”

Ceres vio que la pretensión de sosegado control desaparecía entonces de él como una máscara, dejando al descubierto lo que había debajo.

“¡Esto es lo que sucede cuando los estúpidos como vosotros empiezan a escuchar a la escoria que os quiere engañar!” dijo Lucio. “¡Olvidáis cuál es vuestro lugar! ¡Olvidáis que hay consecuencias para todo lo que vosotros, los campesinos, hacéis! Bien, os voy a recordar que hay consecuencias. Vais a morir, hasta el último de vosotros, y lo haréis en modos sobre los que la gente hablará cada vez que piensen en traicionar a sus superiores. Y, para asegurarme de ello, voy a traer aquí a vuestras familias para que miren. ¡Voy a quemar sus míseras chozas para hacerlos salir y voy a hacer que presten atención mientras vosotros gritáis!”

También lo haría; Ceres no tenía ninguna duda de ello. Vio que señalaba a uno de los soldados, y a continuación a uno de los aparatos que estaban a la espera.

“Empezad con este. Empezad con cualquiera de ellos. Solo aseguraos de que todos sufren antes de morir”. Señaló con el dedo hacia la celda de Ceres. “Y aseguraos de que ella es la última. Haced que vea morir hasta al último de ellos. Quiero que esto la vuelva loca. Quiero que comprenda simplemente lo inútil que es realmente, sin importar toda la sangre de los Antiguos de la que presume ante sus hombres”.

Entonces Ceres se echó hacia atrás y se apartó de las barras, pero debía haber hombres esperando al otro lado de la puerta, porque las cadenas de sus muñecas y tobillos se tensaron, arrastrándola hasta la pared y tumbándola de tal modo que no podía moverse ni unos milímetros en ninguna dirección. En absoluto podía apartar la mirada de la ventana, a través de la que vio a uno de los verdugos comprobando si un hacha estaba afilada.

“No”, dijo, intentando llenarse de una seguridad que en aquel momento no sentía. “No, no dejaré que esto suceda. Encontraré la manera de pararlo”.

Entonces no se limitó a buscar su poder en su interior. Se sumergió en el lugar donde normalmente hubiera encontrado la energía que la estaba esperando. Ceres se obligó a perseguir el estado mental que había aprendido del Pueblo del Bosque. Fue en busca del poder que había ganado con la misma seguridad que si estuviera persiguiendo a un animal escondido.

Pero continuaba tan esquivo como si lo fuera. Ceres probó todo lo que se le ocurría. Intentó calmarse. Intentó recordar las sensaciones que había tenido antes de usar su poder. Intentó forzarlo para que fluyera a través de ella con el esfuerzo de la voluntad. A la desesperada, Ceres incluso intentó rogárselo, convencerlo como si realmente fuera un ser separado, más que un simple fragmento de ella.

Nada de aquello funcionó, y Ceres se lanzó contra las cadenas que la sujetaban. Sintió que se clavaban en sus muñecas y tobillos mientras se lanzaba hacia delante, pero no pudo ganar más espacio que la distancia de un brazo.

Ceres debería haber sido capaz de romper el acero con facilidad. Debería haber sido capaz de

liberarse y salvar a todos los que estaban allí. Debería, pero en aquel instante no podía, y lo peor es que ni tan solo sabía por qué. ¿Por qué los poderes que tanto había usado ya la abandonaban tan de repente? ¿Por qué había llegado a esto?

¿Por qué no podía hacerle hacer lo que ella quería? Ceres notó que unas lágrimas tocaban el filo de sus ojos mientras ella luchaba desesperadamente por poder hacer algo. Por poder ayudar.

Fuera empezaron las ejecuciones y Ceres no pudo hacer nada por detenerlas.

Lo que era peor, sabía que cuando Lucio acabara con los que había allí fuera, a continuación le tocaría a ella.

# CAPÍTULO CUATRO

Sartes despertó, dispuesto a luchar. Intentó ponerse de pie, renegó al no poder y una figura de aspecto duro que estaba delante de él lo empujó con su bota.

“¿Crees que tienes espacio para moverte aquí?” dijo bruscamente.

El hombre llevaba la cabeza afeitada y tenía tatuajes, le faltaba un dedo por alguna que otra pelea. Hubo un tiempo en el que Sartres seguramente se hubiera estremecido por el miedo al ver a un hombre así. Pero esto era antes del ejército y la rebelión que le había seguido. Era antes de ver el aspecto real que tenía el mal.

Allí había otros hombres, embutidos en un espacio con las paredes de madera, con la única luz que entraba de unas pocas grietas. Fue suficiente para que Sartres pudiera ver y lo que vio distaba mucho de ser esperanzador. El hombre que había delante de él era el que tenía un aspecto menos duro de los que había allí, y solo la cantidad de ellos bastó para que, por un instante, Sartres sintiera miedo, y no solo por lo que pudieran hacerle a él. ¿Qué se podía esperar si estaba atrapado en un espacio con hombres como aquellos?

Tuvo la sensación de que estaban en movimiento, y Sartres se arriesgó a dar la espalda a la multitud de matones para poder mirar a través de una de las grietas de las paredes de madera. Fuera, vio que pasaban por un paisaje polvoriento y rocoso. No reconocía la zona, pero ¿a qué distancia podían estar de Delos?

“Una carreta”, dijo. “Estamos en una carreta”.

“Escuchad al chico”, dijo el hombre de la cabeza afeitada. Representó una escandalosa aproximación de la voz de Sartres, alejada de ser en absoluto reconocida. “Estamos en una carreta. El chico es un verdadero genio. Bueno, genio, ¿y si cierras la boca? Sería una pena que continuáramos nuestro viaje hacia las canteras de alquitrán sin ti”.

“¿Las canteras de alquitrán? dijo Sartres y vio que una ráfaga de ira cruzaba el rostro del otro hombre.

“Creo que te dije que te callaras”, dijo bruscamente el matón. “Quizás si hago que te tragues unos cuantos dientes de una patada, lo recordarás”.

Otro hombre se desperezó. El espacio limitado apenas parecía suficiente para albergarlo. “Al único que oigo hablar aquí es a ti. ¿Por qué no cerráis los dos el pico?”

La rapidez con que lo hizo el hombre de la cabeza afeitada le dijo mucho a Sartres de lo peligroso que era aquel otro hombre. Sartres dudaba de que pudiera encontrar algún amigo en un momento así, pero del ejército sabía que los hombres así no tenían ningún amigo: tenían parásitos y tenían víctimas.

Era difícil mantenerse en silencio ahora que sabía hacia donde se dirigían. Las canteras de alquitrán eran uno de los peores castigos que tenía el Imperio; tan peligroso y desagradable que aquellos a los que enviaban allí tenían suerte si sobrevivían un año. Eran lugares calurosos, mortales, donde se podían ver los huesos de dragones muertos sobresaliendo del suelo, y los guardias ni siquiera se lo pensaban cuando arrojaban a un prisionero enfermo o a punto de desmayarse en el alquitrán.

Sartes intentaba recordar cómo había llegado allí. Había estado explorando para la rebelión, intentando encontrar una puerta que permitiera entrar a Ceres a la ciudad con los hombres de Lord West. La había encontrado. Sartres recordaba el júbilo que sintió entonces, porque era perfecta. Había vuelto corriendo para intentar contárselo a los demás.

Estaba muy cerca cuando aquel tipo oculto con una capa lo agarró; tan cerca que casi podía sentir que tocaba la entrada del escondite de la rebelión si estiraba el brazo. Se había sentido como si estuviera por fin a salvo, y se lo habían arrebatado.

“*Lady Estefanía le manda saludos*”.

Las palabras resonaban en la memoria de Sartres. Habían sido las últimas palabras que escuchó antes de que lo golpearan hasta dejarlo inconsciente. A la vez le estaban diciendo quién hacía aquello y qué

había fracasado. Le habían dejado tenerlo muy cerca para después quitárselo.

Había dejado a Ceres y a los demás sin la información que Sartre había conseguido encontrar. Estaba preocupado por su hermana, por su padre, por Anka, y por la rebelión, sin saber qué sucedería sin la puerta que él había logrado encontrar para ellos. ¿Conseguirían entrar en la ciudad sin su ayuda?

Lo *habían* conseguido, se corrigió Sartre, porque entonces, de un modo u otro, ya estaría hecho. Habrían encontrado otra puerta, o un camino alternativo para entrar en la ciudad, ¿verdad? Seguro que sí, porque ¿cuál era la alternativa?

Sartre no quería pensar en ello, pero era imposible evitarlo. La alternativa era que podrían haber fracasado. En el mejor de los casos, puede ser que pensarán que no podrán entrar sin tomar una puerta, y quedarán atrapados allí mientras el ejército avanzaba. En el peor de los casos... en el peor de los casos, puede que ya estuvieran muertos.

Sartre negó con la cabeza. No iba a creer aquello. No podía. Ceres encontraría el modo de superar todo aquello, y ganar. Anka era más ingeniosa que cualquier persona que jamás hubiera conocido. Su padre era fuerte y firme, mientras que los otros rebeldes tenían la determinación que les daba el saber que su causa era honrada. Encontrarían la manera de vencer.

Sartre debía pensar que lo que le estaba sucediendo a él también era temporal. Los rebeldes ganarían, lo que significaba que capturarían a Estefanía y ella les contaría lo que había hecho. Irían a por él, como su padre y Anka hicieron cuando se había quedado atrapado en el campamento del ejército.

Pero a qué lugar tendrían que venir. Sartre echó un vistazo mientras la carreta avanzaba dando tumbos a través del paisaje, y vio que la llanura daba paso a canteras y a un entorno rocoso, a charcos burbujeantes de oscuridad y calor. Incluso desde donde él estaba, sentía el olor penetrante y amargo del alquitrán.

Había gente allí, trabajando en filas. Sartre vio que estaban encadenados por parejas mientras excavaban el alquitrán con cubos y lo recogían para que otros pudieran usarlo. Vio que los guardias estaban encima de ellos con látigos y, mientras Sartre miraba, un hombre se desplomó a causa de la paliza que estaba recibiendo. Los guardias le quitaron la cadena y de una patada lo arrojaron al hoyo de alquitrán más cercano. El alquitrán tardó un buen rato en tragarse sus gritos.

Entonces Sartre quiso apartar la vista, pero no pudo. No podía desviar la mirada de todo aquel horror. De las jaulas que había al aire libre y que evidentemente eran las casas de los prisioneros. De los guardias que los trataban como si fueran poco más que animales.

Observó hasta que la carreta se detuvo de forma abrupta, y los soldados la abrieron con armas en una mano y cadenas en la otra.

“Prisioneros fuera”, gritó uno. “¡Fuera, o prenderé fuego a la carreta con vosotros dentro, escoria!”

Arrastrando los pies, Sartre salió a la luz con los demás, y ahora pudo internalizar aquel horror por completo. Los gases de aquel lugar eran casi abrumadores. Las canteras de alquitrán que los rodeaban burbujeaban con unas combinaciones extrañas e impredecibles. Mientras Sartre estaba mirando, un trozo de tierra que estaba cerca de una de las canteras cedió y cayó dentro del alquitrán.

“Estas son las canteras de alquitrán”, anunció el soldado que había hablado. “No os molestéis en acostumbraros a ellas. Habréis muerto mucho antes de que esto suceda”.

Lo peor, intuía Sartre mientras le colocaban un grillete en el tobillo, era que era posible que tuviera razón.

# CAPÍTULO CINCO

Thanos deslizó su pequeña barca por la pizarra de la playa, apartando la vista de los grilletes que estaban allí colocados bajo la línea de la marea. Se dirigió hacia la playa, sintiéndose expuesto a cada paso que daba sobre la roca gris del lugar. Sería demasiado fácil que lo vieran allí, e indudablemente Thanos no quería ser visto en un lugar como aquel.

Subió con dificultad por un camino y se detuvo, sintiendo rabia e indignación a la vez al ver lo que había a lo largo de cada lado del camino. Allí había artefactos, horcas y pinchos, ruedas y patíbulos, evidentemente todos destinados a dar una muerte desagradable a aquellos que estaban allí dentro. Thanos había oído hablar de la Isla de los Prisioneros, pero aún así, lo perverso de aquel lugar hacía que deseara eliminarlo.

Continuó subiendo por el camino, pensando en lo que supondría para cualquier persona que la llevaran allí, acorralado por paredes rocosas y sabiendo que lo único que le aguardaba era la muerte. ¿Realmente Ceres había terminado en aquel lugar? Solo pensar en ello, hacía que a Thanos se le encogiera el estómago.

Más adelante, Thanos escuchaba aullidos, gritos y lloros que tanto podían proceder de un animal como de un humano. Había algo en aquel ruido que lo paralizaba, su cuerpo le decía que estuviera preparado para la violencia. Se apartó a toda prisa del camino y sacó la cabeza por encima del nivel de las piedras que le obstruían la visión.

Lo que vio más allá le hizo fijar la mirada. Un hombre estaba corriendo, sus pies descalzos dejaban manchas de sangre sobre el suelo de piedra. La ropa que llevaba estaba rasgada y rota, una manga le colgaba del hombro, un gran jirón en la espalda mostraba la herida que había debajo. Tenía el pelo despeinado y la barba todavía más. Solo el hecho de que su ropa era de seda daba a entender que no había vivido en estado salvaje toda su vida.

El hombre que lo perseguía, de todos modos, parecía todavía más salvaje y había algo en él que hacía sentir a Thanos como la presa de un gran animal con solo mirarlo. Llevaba una mezcla de pieles que parecía que hubiera robado de una docena de sitios diferentes, y tenía el rostro manchado de barro con un dibujo que hacía sospechar a Thanos que estuviera pensado para permitirle camuflarse en el bosque. Llevaba un garrote y un puñal corto, y los alaridos que emitía mientras perseguía al otro hombre hacían que a Thanos se le erizara el vello.

Por instinto, Thanos fue hacia delante. No podía quedarse quieto y ver cómo asesinaban a alguien, incluso aquí, donde todos habían sido enviados por cometer algún crimen. Fue a toda prisa por la cuesta, y bajó a toda velocidad hacia un lugar donde los dos pasarían corriendo. El primero de los hombres lo esquivó. El segundo se detuvo mostrando sus dientes afilados al sonreír.

“Parece que hay alguien más a quien cazar”, dijo, y se lanzó sobre Thanos.

Thanos reaccionó con la velocidad que le permitía un largo entrenamiento, moviéndose para evitar el primer golpe de cuchillo. El garrote le alcanzó el hombro, pero ignoró el dolor. Giró el puño de forma brusca y rápida, sintiendo el impacto al tocar la mandíbula del otro hombre. El hombre salvaje cayó, inconsciente, antes de tocar el suelo.

Thanos echó un vistazo alrededor, y vio que el primer hombre lo estaba mirando fijamente.

“No te preocupes”, dijo Thanos, “no te haré daño. Me llamo Thanos”.

“Herek”, dijo el otro hombre. Para Thanos, su voz sonaba oxidada, como si no hubiera hablado con nadie durante mucho tiempo. “Yo...”

Se escuchó otra voz procedente de atrás, de la zona arbolada de la isla. Esta parecía ser el conjunto de muchas voces unidas en algo que incluso Thanos pensó que era aterrador.

“Rápido, por aquí”.



El otro hombre agarró a Thanos por el brazo y tiró de él hasta llevarlo a una serie de rocas más grandes. Thanos lo siguió, se agachó en un sitio en el que no podía ser visto desde el camino principal, pero desde donde todavía podían detectar las señales de peligro. Thanos sentía el miedo del otro hombre mientras estaban agachados, e intentaba estar lo más tranquilo posible.

Thanos deseaba haber cogido el cuchillo del hombre que había derribado, pero ahora ya era demasiado tarde para ello. En cambio, solo podía quedarse allí mientras esperaban que otros cazadores bajaran al lugar donde ellos habían estado.

Vio que se acercaban en grupo, y no había dos iguales. Todos llevaban armas que evidentemente habían hecho con lo que tenían a mano, mientras que los que aún llevaban algo más que simples trozos de ropa vestían una extraña mezcla de cosas que era obvio que habían sido robadas. Allí había hombres y mujeres, que parecían hambrientos y peligrosos, medio muertos de hambre y violentos.

Thanos vio que una de las mujeres daba un golpe con el pie al hombre que estaba inconsciente. Sintió escalofríos por el miedo, porque si el hombre despertaba, podría contarles a los demás lo que había sucedido y aquello haría que se pusieran a buscar.

Pero no despertó, pues la mujer se arrodilló y le cortó el cuello.

Thanos se puso tenso ante aquello. Herek, que estaba a su lado, le puso una mano sobre el brazo.

“Los Abandonados no tienen tiempo para flaquezas de ningún tipo”, susurró. “Asedian a todo el que pueden, porque los que hay en la fortaleza no les dan nada”.

“¿Son prisioneros?” preguntó Thanos.

“Aquí todos somos prisioneros”, respondió Herek. “Incluso los guardias son simples prisioneros que llegaron arriba del todo, y que disfrutaban de la crueldad lo suficiente para hacer el trabajo del Imperio. Pero tú no eres un prisionero, ¿verdad? No tienes el aspecto de alguien que ha pasado por la fortaleza”.

“No lo soy”, confesó Thanos. “Este lugar... ¿esto lo hacen unos prisioneros a otros prisioneros?”

Lo peor era que podía imaginarlo. Era el tipo de cosa que el rey, su padre, podía pensar. Poner prisioneros en una especie de infierno y darles la oportunidad de evitar más dolor solo si eran ellos los que lo provocaban.

“Los Abandonados son los peores”, dijo Herek. “Si los prisioneros no se rinden, se enojan muchísimo o se ponen muy tozudos, si no trabajan o contraatacan demasiado, los arrojan aquí sin nada. Los carceleros los persiguen. La mayoría suplican que los devuelvan”.

Thanos no quería pensar en aquello, pero debía hacerlo, porque Ceres podía estar allí. Seguía con la mirada al grupo de prisioneros salvajes mientras continuaba susurrando a Herek.

“Estoy buscando a alguien”, dijo Thanos. “Podrían haberla traído aquí. Se llama Ceres. Luchó en el Stade”.

“La princesa combatiente”, respondió Herek con un susurro. “La vi luchar en el Stade. Pero no, si la hubieran traído aquí, lo hubiera sabido. Les gusta hacer desfilar a los recién llegados delante nuestro, para que vean lo que les espera. Me acordaría de *ella*”.

El corazón de Thanos se hundió como una piedra lanzada en un estanque. él había estado muy seguro de que Ceres estaría aquí. Había puesto todo su empeño en llegar aquí, solo porque era la única pista que tenía de su paradero. Si no estaba allí... ¿dónde podía haber ido?

La esperanza que tenía había empezado a irse gota a gota, con tanta certeza como que había sangre en los pies de Herek, donde las piedras se los habían cortado.

La sangre que los Abandonados estaban mirando con atención en ese preciso instante, siguiendo su rastro...

“¡Corre!” exclamó Thanos, la prisa venció a su sufrimiento mientras arrastraba a Herek con él.

Fue con dificultad por el suelo de piedras roto, en dirección a la fortaleza simplemente porque imaginaba que los que los perseguían no querrían ir en esa dirección. Sin embargo, los siguieron y Thanos tuvo que arrastrar a Herek para que continuara corriendo.

Una lanza pasó rápidamente cerca de su cabeza y Thanos se encogió, pero no se detuvo. Echó una mirada hacia atrás y vio que las delgadas siluetas de los prisioneros se estaban acercando, que iban a por ellos como si fueran una manada de lobos. Thanos sabía que debía dar la vuelta y luchar, pero no tenía armas. Como mucho, podía coger alguna piedra.

Unas figuras con pieles oscuras y cotas de malla salieron de detrás de unas rocas que había más adelante, sosteniendo unos arcos. Thanos reaccionó instintivamente y tiró a Herek, junto con él, al suelo.

Las flechas pasaron volando por encima de sus cabezas, y Thanos vio que un grupo de prisioneros salvajes caían como maíz cortado. Uno dio la vuelta para escapar, y una flecha le alcanzó en la espalda.

Thanos se puso de pie y tres hombres se acercaron a ellos caminando. El que iba delante tenía el pelo canoso y era flaco, se colocó el arco en la espalda al acercarse y sacó un cuchillo largo.

“¿Eres el príncipe Thanos?” preguntó mientras se acercaba.

En aquel instante, Thanos supo que lo habían traicionado. El capitán contrabandista había revelado su presencia, ya fuera a cambio de oro o simplemente para evitar problemas.

Hizo un esfuerzo por mantenerse erguido. “Sí, soy Thanos”, dijo. “¿Y tú quién eres?”

“Yo soy Elsio, el carcelero de este lugar. Antes me llamaban Elsio el Carnicero. Elsio el Asesino. Ahora aquellos a los que mato merecen ese destino”.

Thanos había oído hablar de aquel nombre. Era un hombre que aquellos niños con los que había crecido usaban para asustarse entre ellos, el de un noble que había matado y matado hasta el punto que incluso el Imperio pensaba que era demasiado cruel para estar libre. Inventaban historias sobre las cosas que había hecho a aquellos que atrapaba. Por lo menos, Thanos esperaba que fueran inventadas.

“¿Vas a intentar matarme ahora?”

Thanos intentó sonar desafiante, aunque no tenía armas.

“Oh no, mi príncipe, tengo planes mucho mejores para usted. Sin embargo, su compañero...”

Thanos vio que Herek intentaba ponerse de pie, pero no fue lo suficientemente rápido. El líder se acercó y lo apuñaló con una rápida eficiencia, la espada salía y entraba una y otra vez del hombre. Sujetó a Herek, como para evitar que muriera antes de que él hubiera acabado.

Finalmente, dejó caer el cadáver del prisionero. Cuando miró a Thanos, su cara era un rictus que apenas tenía nada de humano.

“¿Qué se siente, Príncipe Thanos, al convertirse en prisionero?”, preguntó.

# CAPÍTULO SEIS

A Lucio le encantaba el olor de las casas ardiendo. Había algo reconfortante en ello, algo que hacía crecer en él la emoción ante todo lo que estaba por llegar.

“Esperémoslos”, dijo, desde encima de su gran caballo de guerra.

A su alrededor, sus hombres estaban esparcidos rodeando las casas que estaban quemando. En realidad, apenas eran casas, solo chozas de campesinos tan pobres que no valía la pena ni saquearlas. Quizás después buscarían entre las cenizas.

Pero, de momento, tocaba divertirse.

Lucio vio un destello de movimiento cuando las primeras personas salían gritando de sus casas. Señaló con su mano cubierta con un guantelete, la luz del sol caía sobre el oro de su armadura.

“¡Allí!”

Dio un golpe con el talón a su caballo para que corriera, levantó una lanza y la arrojó hacia una de las figuras que escapaban. A su lado, sus hombres atrapaban a hombres y mujeres, les daban hachazos y los mataban, solo los dejaban vivir de vez en cuando, cuando parecía evidente que valdrían más en los mercados de esclavos.

Lucio había descubierto que quemar una aldea era un arte. Era importante no limitarse a entrar como una tromba a ciegas y prenderle fuego a todo. Eso era lo que hacían los aficionados. Entrar a toda prisa sin preparación, y la gente simplemente escapaba. Si quemaban las cosas en el orden equivocado, cabía la posibilidad de que se olvidaran los objetos de valor. Si dejaban demasiadas rutas de escape, las filas de esclavos serían más cortas de lo que deberían ser.

La clave estaba en la preparación. Había hecho que sus hombres se colocaran formando un cordón fuera de la aldea justo antes de que él entrara luciendo su, oh, visible armadura. Algunos campesinos habían escapado tan solo verlo, y a Lucio aquello le había encantado. Estaba bien que le temieran. A él le tocaba que lo hicieran.

Ahora estaban en la siguiente fase, en la que quemaban algunas de las casas menos valiosas. Evidentemente, desde arriba, arrojando antorchas al techo de paja. La gente no podía correr si quemabas sus escondites a ras del suelo y, si no corrían, no había diversión.

Más tarde, habría más saqueo tradicional, seguido de tortura para aquellos que eran sospechosos de simpatizar con los rebeldes, o que simplemente podrían estar escondiendo objetos de valor. Y después, por supuesto, las ejecuciones. Lucio sonreía al pensarlo. Normalmente, solo daba ejemplos. Sin embargo, hoy iba a ser más... exhaustivo.

Pensaba en Estefanía mientras atravesaba a caballo la aldea, desenfundando su espada para dar hachazos a diestro y siniestro. Normalmente, no hubiera reaccionado bien ante alguien que lo rechazara del modo en que ella lo hizo. Si alguna de las mujeres jóvenes de la aldea lo intentaba, Lucio probablemente haría que les arrancaran la piel vivas, más que simplemente llevarlas a las canteras de esclavos.

Pero Estefanía era diferente. No solo porque era hermosa y elegante. Cuando pensaba que no era más que eso, tan solo pensaba en la idea de meterla en cintura como si se tratara de una espectacular mascota.

Ahora que había resultado ser más que eso, Lucio vio que sus sentimientos estaban cambiando, se estaban convirtiendo en algo más. No era tan solo el ornamento perfecto para un futuro rey; era alguien que comprendía cómo funcionaba el mundo, y que estaba preparada para conspirar con tal de conseguir lo que quería.

Esto era por lo que, en gran medida, Lucio la había dejado marchar; disfrutaba mucho del juego que había entre ellos. La había puesto contra las cuerdas y ella había deseado hundirlo junto con ella. Se preguntaba cuál sería su próxima jugada.

Despertó de sus pensamientos al ver que dos de sus hombres estaban reteniendo a una familia a punta de espada: un hombre gordo, una mujer mayor y tres niños.

“¿Por qué respiran todavía?” preguntó Lucio.

“Su alteza”, suplicó el hombre, “por favor. Mi familia siempre hemos sido los súbditos más leales a su padre. No tenemos nada que ver con la rebelión”.

“¿Así que está diciendo que me equivoco?” preguntó Lucio.

“Somos leales, su alteza. Por favor”.

Lucio inclinó la cabeza a un lado. “Muy bien, en vista de vuestra lealtad, seré generoso. Dejaré que viva uno de vuestros hijos. Incluso dejaré que escojáis cuál. De hecho, os lo ordeno”.

“P-pero... no podemos escoger entre nuestros hijos”, dijo el hombre.

Lucio se dirigió a sus hombres. “¿Lo veis?” Aunque se lo ordene, no obedecen. Matadlos a todos y no me hagáis perder más el tiempo de este modo. Todos los que están en este aldea deben ser asesinados o puestos en filas de esclavos. No hagáis que tenga que repetirlo.

Se dirigió cabalgando hacia donde vio más edificios en llamas mientras se empezaban a oír gritos tras él. Realmente, aquella estaba resultando una hermosa mañana.

# CAPÍTULO SIETE

“¡Trabajad más rápido, pandilla de vagos!” gritó el guardia, y Sartes hizo un gesto de dolor por el escozor del látigo en su espalda. Si hubiera podido, hubiera dado la vuelta y se hubiera enfrentado al guardia, pero sin un arma, era suicida.

En lugar de un arma, tenía un cubo. Estaba encadenado a otro prisionero, debía recoger el alquitrán y verterlo en grandes barriles para llevárselo de las canteras, donde se pudiese usar para sellar barcos y tejados, forrar los adoquines más lisos y para impermeabilizar las paredes. Era un trabajo duro, y tener que hacerlo encadenado a otra persona lo hacía más complicado.

El chico al que estaba encadenado no era más grande que Sartes y se veía mucho más delgado. Sartes todavía no sabía su nombre, porque los guardias castigaban a todo el que hablaba demasiado. Sartes pensó que probablemente pensarían que estaban tramando una revuelta. Viendo a algunos de los hombres que había a su alrededor, quizás tenían razón.

Las canteras de alquitrán eran un lugar al que se mandaba a las peores personas de Delos y eso se notaba. Peleaban por la comida, o simplemente para ver quién era el más duro, aunque ninguno de ellos duraba mucho tiempo. Siempre que los guardias vigilaban, los hombres agachaban sus cabezas. A los que no lo hacían rápidamente, los azotaban o los arrojaban al alquitrán.

El chico que estaba ahora encadenado a Sartes no parecía tener nada en común con muchos de los otros que estaban allí. Era delgado como un palo y larguirucho, parecía que podía romperse por el esfuerzo de arrastrar alquitrán. Tenía la piel sucia por ello y cubierta de quemaduras donde el alquitrán la había tocado.

Una nube de gas salió descontrolada del hoyo. Sartes consiguió aguantar la respiración, pero su compañero no tuvo tanta suerte. Empezó a escupir y toser, y Sartes notó el tirón en la cadena mientras se tambaleaba antes de ver que empezaba a caer.

Sartes no tuvo ni que pensarlo. Tiró su cubo y se lanzó hacia delante con la esperanza de ser lo suficientemente rápido. Sintió que sus dedos se cerraban alrededor del brazo del chico, tan delgado que los dedos de Sartes lo rodeaban por completo como si fueran un segundo grillete.

El chico cayó hacia el alquitrán y Sartes lo apartó de él de un tirón. Sartes sintió la temperatura que había allí y estuvo a punto de retroceder al sentir que le ardía la piel. Pero en cambio, siguió sujetando al otro chico, sin soltarlo hasta que consiguió dejarlo en suelo firme.

El chico tosía y balbuceaba, pero parecía estar intentando formar palabras.

“Ya está”, le aseguró Sartes. “Estás bien. No intentes hablar”.

“Gracias”, dijo. “Ayúdame... a... levantarme. Los guardias...”

“¿Qué pasa por ahí?” vociferó un guardia, enfatizándolo con un golpe de látigo que hizo gritar a Sartes. “¿Por qué estáis haciendo el vago?”

“Fue por los gases”, dijo Sartes. “Por un instante lo debilitaron”.

Esto le valió otro azote. Entonces Sartes deseaba tener un arma. Algo con lo que pudiera contraatacar, pero tan solo tenía su cubo, y había demasiados guardias para aquello. Desde luego, Ceres probablemente hubiera encontrado un modo de luchar contra todos con él, y pensar en ello le hizo sonreír.

“Cuando quiera que hables, te lo diré”, dijo el soldado. Dio una patada al chico que Sartes había salvado. “Tú, arriba. Si no puedes trabajar, no sirves para nada. Si no sirves para nada, puedes meterte en el alquitrán como todos los demás”.

“Puede estar de pie”, dijo Sartes y rápidamente ayudó al otro chico para que lo hiciera. “Mire, está bien. Solo fueron los gases”.

Esta vez no le importó que el soldado le golpeará, porque al menos quería decir que no estaba azotando al otro chico.

“Entonces volved al trabajo, los dos. Ya habéis perdido suficiente tiempo”.

Volvieron a recoger alquitrán y Sartre hizo lo posible por recoger todo el que podía, porque evidentemente el otro chico no estaba lo suficientemente todavía para hacer mucho.

“Me llamo Sartre”, dijo con un susurro, sin dejar de mirar a los guardias.

“Bryant”, le contestó con un susurro el otro chico, aunque parecía nervioso al hacerlo. Sartre lo oyó toser otra vez. “Gracias, me salvaste la vida. Si alguna vez te lo puedo devolver, lo haré”.

Se quedó callado cuando los guardias volvieron a pasar por allí.

“Los gases son malos”, dijo Sartre, sobre todo para hacer que continuara hablando.

“Se comen tus pulmones”, respondió Bryant. “Incluso algunos de los guardias mueren”.

Lo dijo como si fuera algo normal, pero Sartre no veía nada normal en ello.

Sartre miró al otro chico. “No pareces un criminal”.

Vio una mirada de dolor en el rostro del chico. “Mi familia... el Príncipe Lucio vino a nuestra granja y la quemó. Mató a mis padres. Se llevó a mi hermana. A mí me trajo aquí sin ninguna razón”.

A Sartre le sonaba mucho aquella historia. Lucio era malvado. Usaba cualquier excusa para provocar desgracia. Destrozaba familias solo porque podía hacerlo.

“Entonces ¿por qué no buscas justicia?” sugirió Sartre. Siguió sacando alquitrán del hoyo, para asegurarse de que ningún guardia se acercaba.

El otro chico lo miró como si estuviera loco. “¿Cómo voy a hacer eso? Solo soy una persona”.

“La rebelión son muchos más que una persona”, puntualizó Sartre.

“Como si les importara lo que me pase a mí”, replicó Bryant. “Ni siquiera saben que estamos aquí”.

“Entonces tendremos que ir hasta ellos”, respondió Sartre con un susurro.

Sartre vio que el pánico se apoderaba del rostro del otro chico.

“No podemos. Solo por hablar de fuga, los guardias nos colgarán por encima del alquitrán y nos irán metiendo en él poco a poco. Lo he visto. Nos matarán”.

“¿Y qué pasará si nos quedamos aquí?” preguntó Sartre. “Si hubieras estado encadenado a otro hoy, ¿qué hubiera pasado?”

Bryant negó con la cabeza. “Pero están los hoyos de alquitrán y los guardias, y estoy seguro de que hay trampas. Los otros prisioneros tampoco ayudarían”.

“Pero estás pensando en ello, ¿verdad?” dijo Sartre. “Sí, habrá riesgos, pero un riesgo es mejor que la certeza de que vas a morir”.

“¿Y cómo se supone que lo haríamos?” preguntó Bryant. Durante la noche nos meten en jaulas, y durante todo el día nos encadenan juntos”.

Por lo menos, Sartre tenía una respuesta para aquello. “Entonces escapemos juntos. Busquemos el momento adecuado. Confía en mí, sé cómo salir de situaciones malas”.

No dijo que aquello sería peor que cualquier cosa con la que hubiera tenido que lidiar antes, ni tampoco le contó que apenas tenían posibilidades. No tenía por qué asustar a Bryant más de lo que ya estaba, pero debían marcharse.

Si se quedaban más tiempo, ninguno de ellos sobreviviría.

# CAPÍTULO OCHO

Thanos se sentía tan tenso como un animal a punto de saltar mientras caminaba en medio del trío de prisioneros, de nuevo en dirección a la fortaleza que dominaba la isla. Buscaba una ruta de escape a cada paso que daba, pero a campo abierto, y con los arcos que llevaban sus captores, no había ninguna.

“Vamos a ser sensatos”, dijo Elsio tras él. “No te diré que tu destino será mejor si vienes con nosotros, pero durarás más tiempo. No puedes escapar hacia ningún sitio en la isla excepto hacia los Abandonados, y yo te atraparé mucho antes de eso”.

“En ese caso, debería hacerlo, y hacerlo rápido”, dijo Thanos, intentando ocultar su sorpresa porque el otro hombre le había leído con tanta facilidad las intenciones. “Una flecha por la espalda no será para tanto”.

“Ni peor que un golpe de espada”, dijo Elsio. “Oh sí, hemos oído hablar de ello, incluso aquí. Los guardias nos dan noticias cuando nos traen gente nueva para que los castigemos. Pero créeme, si te cazo, no será nada rápido. Ahora, sigue caminando, prisionero”.

Así lo hizo Thanos, pero sabía que no podía llegar hasta la parte de la isla donde estaba la fortaleza. Si lo hacía, nunca volvería a ver la luz del sol. El mejor momento para escapar siempre era pronto, cuando todavía tenía fuerza. Por eso, Thanos continuó mirando a su alrededor, para intentar evaluar el terreno, y su momento.

“No funcionará”, dijo Elsio. “Conozco a los hombres. Sé lo que harán. Es sorprendente lo que aprendes mientras los estás hiriendo. Creo que entonces ves sus verdaderas almas”.

“¿Sabes lo que pienso?” preguntó Thanos.

“Cuéntame. Estoy seguro de que el insulto me alegrará el día. Y a ti te causará dolor”.

“Creo que eres un cobarde”, dijo Thanos. “He oído hablar de tus crímenes. Unos pocos asesinatos de personas que no podían defenderse. Eres patético”.

Thanos escuchó una risa detrás de él.

“Oh, ¿eso es lo mejor que puedes hacer?” dijo Elsio. “Estoy ofendido. ¿Qué intentabas hacer, conseguir que me acercara para poder atacar? ¿De verdad crees que soy tan *estúpido*? Vosotros dos, sujetadlo. Príncipe Thanos, si te mueves, te atravesaré algún lugar doloroso con una flecha”.

Thanos sintió los brazos de los dos guardias alrededor de los suyos, sujetándolo con fuerza para que no se moviera. Eran hombres fuertes, que evidentemente estaban acostumbrados a tratar con prisioneros rebeldes. Thanos sintió cómo se ponía de cara a Elsio de un giro, que sujetaba su arco completamente a su altura, preparado para disparar.

Tal y como Thanos esperaba.

Entonces Thanos intentó escapar de los guardias que lo sujetaban y escuchó que Elsio se reía.

“No dirás que no te lo advertí”.

Escuchó la vibración de la cuerda del arco, pero Thanos no intentó liberarse del modo en que podrían haber esperado. En cambio, dio un giro, arrastrando a uno de los guardias hasta la trayectoria de la flecha, sintiendo que la conmoción se apoderaba del otro hombre cuando una punta de flecha aparecía al otro lado de su pecho.

Thanos notó que el guardia lo soltaba para agarrar la flecha, y no lo dudó. Se lanzó contra el otro guardia, le arrebató el cuchillo que llevaba en el cinturón y se lo clavó a Elsio. Con los dos enredados entre ellos, agarró el arco del guardia moribundo para arrebatarse todas las flechas que pudo mientras escapaba.

Thanos fue haciendo zigzag por encima de las piedras rotas, yendo a toda velocidad hacia el refugio más cercano. Probablemente, le salvó la vida el no volver corriendo en dirección a su barco todavía e ir, en cambio, hasta los árboles.

“¡En esa dirección solo están los Abandonados!” exclamó Elsie tras él.

Thanos se agachó cuando una flecha pasó como un soplo por su cabeza. Se acercó lo suficiente para despeñarlo. El asesino que lo perseguía dio un buen tiro.

Thanos atacó, sin apenas mirar. Si paraba durante mucho tiempo para apuntar bien, no tenía ninguna duda de que pronto lo mataría una de las flechas que pasaban como un destello mientras corría. O peor, podía resultar tan herido que Elsie podría alcanzarlo y arrastrarlo hasta el lado fortificado de la isla.

Thanos se metió detrás de una roca, al escuchar que una flecha se escapaba. Disparó de nuevo, echó a correr para detenerse después, el instinto le hizo esperar a que una flecha pasara a toda velocidad.

Ahora corría a toda velocidad hacia los árboles. Intentaba que su carrera fuera impredecible, pero sobre todo, se concentraba en la velocidad. Cuanto más rápido pudiera llegar para cubrirse bajo los árboles, mejor. Disparó otra flecha sin mirar, se apartó a un lado por instinto y evitó otra flecha y, a continuación, se lanzó detrás del árbol que estaba más cerca justo cuando una vara perforó su tronco.

Thanos se detuvo por un momento a escuchar. Por encima del latido de su corazón, podía oír a Elsie dando órdenes.

“Id a buscar más carceleros”, ordenó. “Yo continuaré buscando al príncipe”.

Thanos empezó a arrastrarse entre los árboles. Sabía que tenía que ganar terreno ahora, antes de que vinieran más guardias armados. Unos cuantos de ellos podrían rodearlo fácilmente. Entonces no podría escapar, por muy bien que luchara.

Pero todavía debía ser cauteloso. Escuchaba que Elsie estaba en algún lugar tras él, entre el crujido de ramas y alguna que otra ramita que se rompía. El hombre todavía tenía su arco y ya había demostrado que estaba deseando usarla.

“Sé que puedes oírme”, dijo Elsie detrás de él. Su tono era familiar, como si hablar así con el hombre al que estaba intentando matar fuera lo más normal del mundo. “Tú eres un príncipe y habrás cazado, por supuesto”.

Thanos no respondió.

“Oh, ya sé”, dijo Elsie. “No quieres revelar tu posición. Quieres quedarte perfectamente escondido y esperar a perderme de vista. Todos aquellos a quienes perseguí lo intentaban. Tampoco les funcionó”.

Una flecha salió de entre los árboles, Thanos se agachó y no le tocó por poco. Él disparó también y echó a correr entre los árboles.

“Aún mejor”, respondió Elsie. “Asegúrate de que los Abandonados no te cogen. A mí me temen. Tú... tú solo eres una presa”.

Thanos lo ignoró y siguió corriendo, dando vueltas y giros aleatorios hasta estar seguro de que había suficiente distancia entre él y su perseguidor.

Se detuvo. Ya no escuchaba a Elsie. Sin embargo, oía el ruido de alguien que lanzaba insultos, medio enfadado y medio lloroso. Avanzó con cuidado, desconfiado. No se fiaba de nada allí.

Llegó al límite de un pequeño claro. Para su sorpresa, en él había una mujer colgada del revés por el tobillo, atrapada en un lazo. Su pelo oscuro estaba recogido en una trenza que colgaba por debajo de ella, rozando el suelo. Vestía unos rudos calzones cortos y la túnica de un marinero, atada con un cinto. Y, desde luego, blasfemaba como un marinero mientras intentaba desenredarse de la cuerda que la sujetaba, sin éxito aparente.

Todo su instinto le decía a Thanos que aquello era parte de alguna trampa mayor. O era una estratagema intencionada para hacerle perder velocidad o, como poco, los insultos de la mujer atraerían rápidamente a los Abandonados.

Pero él no podía dejarla de aquel modo. Thanos entró en el claro, con el cuchillo que llevaba alzado.

“¿Quién eres tú?” preguntó la mujer. “¡No te acerques, escoria espantacabras de los Abandonados! Si tuviera mi espada...”

“Será mejor que te calles antes de que atraigas a todos los prisioneros hasta aquí”, dijo Thanos



mientras le cortaba su lazo. “Me llamo Thanos”.

“Felene”, respondió la mujer. “¿Qué estás haciendo aquí, Thanos?”

“Escapando de unos hombres que quieren matarme, intentando volver a mi barco”, dijo Thanos. Una idea le asaltó y empezó a recolocar el lazo.

“¿Tienes un barco?” dijo Felene. Thanos se dio cuenta de que mantenía las distancias. “¿Una manera de fugarse de esta roca del demonio? Entonces creo que vendré contigo”.

Thanos negó con la cabeza. “No creo que quieras quedarte cerca de mí. La gente que me está persiguiendo pronto estará aquí”.

“No será peor de lo que me he encontrado aquí hasta el momento”.

Thanos negó con la cabeza de nuevo. “Lo siento, pero no te conozco. No estás en esta isla por nada. Por lo que yo sé, me apuñalarás por la espalda tan pronto como tengas la oportunidad”.

Parecía que la mujer quería discutir, pero un ruido le hizo alzar la vista como un cervatillo sorprendido y se adentró en los árboles a toda velocidad.

Thanos siguió su ejemplo y se escondió detrás de unos árboles. Vio aparecer a Elsio en el claro, con el arco desfundado. Thanos echó mano del que había cogido y se dio cuenta de que no le quedaban flechas. Al no tener ninguna opción mejor, salió del árbol detrás del que estaba escondido.

“Pensaba que serías mejor presa”, dijo Elsio.

“Acércate más y verás lo peligroso que puedo ser”, respondió Thanos.

“Oh, esto no funciona así”, respondió Elsio, pero dio un paso adelante de todos modos.

Thanos escuchó el chasquido del nudo al atraparlo, y vio que Elsio caía hacia atrás. Las flechas cayeron de su aljaba. Thanos las cogió y marchó en dirección a los árboles. Ya podía escuchar el ruido de los otros al acercarse: los Abandonados o los carceleros, eso daba igual.

Thanos iba a toda velocidad entre los árboles, ahora que no lo seguían y podía dirigirse hacia su barca. Le pareció entrever siluetas entre el follaje y, tras él, Thanos escuchó un grito que solo podía venir de Elsio.

Uno de los Abandonados apareció de los árboles que había cerca de Thanos y se lanzó hacia delante. Thanos debería haber imaginado que no podía esperar esquivarlos a todos. El hombre blandía un hacha que parecía estar hecha del hueso de la pierna de un enemigo muerto. Thanos consiguió meterse dentro de su oscilación y lo apuñaló, lo empujó y continuó corriendo.

Ahora escuchaba a más, a través de los árboles se oían gritos de caza. Apareció en campo abierto y vio a un grupo de carceleros de Elsio que se acercaban por la otra dirección. El corazón de Thanos daba golpes cuando, tras él, al menos una docena de figuras con armaduras hechas pedazos aparecieron de entre los árboles. Thanos golpeó a la derecha, esquivó a una figura que iba a por él, y continuó corriendo mientras los dos grupos chocaban entre ellos.

Algunos continuaban persiguiéndole, pero Thanos vio que más estaban luchando entre ellos. Vio a los Abandonados colisionar con los carceleros y quebrarse contra ellos. Ellos tenían la bravura, pero los que venían del lado fortificado de la isla tenían armaduras de verdad y armas mejores. Thanos dudaba que tuvieran alguna posibilidad de ganar, y no estaba seguro de querer que lo hicieran.

Rodeó las rocas de la isla como un rayo, intentando encontrar el camino de vuelta a su barca. Si pudiese llegar hasta allí... bien, sería difícil, pues los contrabandistas lo habían traicionado, pero encontraría la manera de salir de la isla.

La parte difícil era intentar encontrar su camino. Si hubiera corrido de vuelta directo por la ruta que había tomado al principio, retrocediendo sobre sus pasos, hubiera sido fácil encontrarla, pero no hubiera habido modo de burlar a los hombres que lo perseguían. Thanos tampoco se atrevía a parar completamente, aunque los ruidos de caza tras él habían dado paso a ruidos de batalla.

Le pareció reconocer el principio del camino que llevaba a la playa y fue a toda prisa por él, con los ojos bien abiertos ante posibles emboscadas. Allí no parecía haber nadie. Solo un poco más adelante y

estaría de vuelta en su barca, podría...

Giró la esquina que llevaba a la playa y se detuvo. Uno de los Abandonados, enorme y musculoso, estaba allí. Estaba de pie sobre la barca de Thanos o, al menos, sobre lo que quedaba de ella. Mientras Thanos miraba, el prisionero le dio un golpe con una espada que parecía un palillo en sus manos, destrozando algunas de las tablas que quedaban.

A Thanos se le encogió el corazón.

Ahora no había salida.

# CAPÍTULO NUEVE

Cuando Lucio volvió al castillo, todavía continuaban las ejecuciones. Así debía ser. No quería que sus hombres acabaran muy rápido con eso. Quería estar allí para disfrutarlo.

Pero deseaba aún más que Ceres estuviera allí para verlo cuanto más tiempo mejor. Lucio se aseguró de alzar la vista hacia su ventana, donde sabía que estaría quieta y encadenada, obligada a contemplar la escena todo el tiempo posible. Había cierta satisfacción en ello.

Mucha más de la que había en mirar al patio donde iban a tener lugar las ejecuciones. Allí, los hombres y las mujeres estaban arrodillados en claras filas, mientras los verdugos se movían entre ellos con hachas. Mientras estaba mirando, vio que uno empujaba a un hombre contra el suelo, levantaba el hacha en alto por encima de su cabeza y la blandía dibujando un arco limpio que acabó con la cabeza rodando por el suelo.

“¿Esto qué es?” preguntó Lucio, levantando la voz por la rabia. Como mucho había estado fuera una o dos horas. Pero parecía que una fila entera de los hombres de Lord West ya había sido asesinada, prácticamente todos ellos decapitados.

“Solo estamos haciendo lo que usted nos dijo, su alteza”, dijo el verdugo. “Ejecutar a estos hombres”.

“¡Y no lo podéis hacer peor!” dijo Lucio bruscamente. O más bien, lo estaban haciendo *bastante* mal. “¿Decapitándolos? ¡Quiero que sufran! Quiero que seáis ingeniosos. ¿No os dije que usarais todos los métodos de ejecución que se os ocurrieran?”

“Muchos de los hombres de Lord West han remarcado que son nobles”, explicó el verdugo. “Y que como tales, tienen el derecho de escoger la muerte por espada o hacha en lugar de...”

Entonces Lucio le golpeó, hundiendo su mano cubierta de armadura en el estómago del hombre. El verdugo era un hombre grande, pero Lucio parecía ser el doble que él tras el golpe tan fuerte que le dio. Lucio le arrebató el hacha de las manos con un movimiento rápido y, a continuación, la clavó en la espalda del verdugo. Cuando cayó, entre gritos, Lucio la arrancó de un tirón.

“¡No tienen derechos más allá de los que yo diga que tienen! E incluso con un hacha, deberíais ser capaces de darles una muerte horrorosa. ¡Así, dejad que os lo muestre!”

Volvió a golpearlo, una y otra vez, dando hachazos al verdugo hasta asegurarse de que los demás entendían a qué se enfrentaban si no obedecían.

Cuando hubo acabado, miró a su alrededor en busca de un blanco adecuado con el que empezar. Quizás si les daba un ejemplo, esos cretinos finalmente comprenderían lo que les exigía.

“Quiero que hagáis de esto algo de lo que la gente hable durante mil años”, dijo. “¿Es tan difícil entender esto? Quiero que estos hombres duren días antes de dar su grito final. Quiero que a todo el que oiga a su hijo hablar de sublevarse se le corte el cuello, pues la alternativa sería terrible. Ahora, traedme a Lord West. Empezaremos por él”.

El silencio que reinaba en el patio no ayudó mucho al humor de Lucio.

“No me digáis que ya lo habéis decapitado”. Lucio vio que empujaban a uno de los torturadores hacia delante. “Bien, ¿qué sucede?”

“Hum.. discúlpeme, su alteza, pero el rey mandó que le trajeran a Lord West. Quería hablar con él”.

Por supuesto que quería. Su padre no podía limitarse a apartarse de su diversión. Un día, no tendría este problema. Un día, él gobernaría, y no habría nadie que le complicara las cosas. Todos los traidores estarían muertos y la gente comprendería cuál es su lugar.

Como esclavos.

Lucio asintió para sí mismo ante aquel pensamiento. El problema más grande de Delos era que había perdido las categorías claras. Los débiles habían llegado a creer que había un conjunto entero de escalones graduados entre el siervo más bajo y el rey, y el problema con los escalones era que daban la

impresión de que se podían subir. Bien, Lucio lo simplificaría cuando fuera el rey. Aquellos que no fueran de la clase noble serían propiedad de la clase noble, tal y como debía de ser. Aquellos que replicaran sufrirían por ello.

Lo que le recordó la *otra* cosa que tenía que hacer hoy.

“Que empiecen de nuevo las ejecuciones”, ordenó Lucio. “Y esta vez, hacedlo bien. Si veo más decapitaciones misericordiosas, significará la horca para todos vosotros. ¿Me explico?”

Se escuchó un coro de asentimiento.

“Bien. Ahora, abrid las puertas. Dejemos que el pueblo común lo vea. Tengo que hacer un comunicado”.

Los guardias hicieron lo que les ordenó, y la gente entró en masa en el patio. Lucio intentó no mostrar su desprecio. Uno o dos días atrás, hubiera aniquilado a esa gente por atreverse a venir juntos de ese modo. Lo hubiera tomado como prueba de que intentaban una revuelta, o una sublevación, o marchar sobre el castillo.

Incluso ahora, miraba a su alrededor para asegurarse de que sabía dónde estaban los guardias. Con discreción, evidentemente. No quería insinuar a aquellos campesinos que, de algún modo, le asustaban.

“¡Príncipe Lucio!” dijo una voz, y Lucio se encogió de forma automática, llevando la mano a la empuñadura de la espada.

Al ver a una chica adelantándose con una corona de ganador hecha de hojas de laurel, imaginó que uno de sus sirvientes lo había preparado. Lucio se puso erguido al recibirla, deseando por un instante que fuera una corona de verdad. Más tarde, averiguaría quién había planeado aquel momento y lo castigaría por no contárselo.

Lucio estaba de pie ante la multitud e intentaba esconder en parte su repulsión. ¿No le podían haber encontrado un grupo más decente a quien dirigirse? Pero imaginaba que de lo que se trataba era de que su mensaje llegara a cuantos más mejor, así que pasó por alto este aspecto.

“Pueblo de Delos”, empezó y, por una vez, se alegró de que su padre le hubiera obligado a tomar lecciones sobre la manera adecuada de hablar y estar ante una multitud. En su momento, pensó que era una pérdida de tiempo. Al fin y al cabo, él era un príncipe y la gente tenía que escucharlo. Pero ahora, agradecía que su voz llegara a la audiencia. “Mis ciudadanos. Mi pueblo”.

Después de todo, eran indudablemente *suyos*.

“Habéis visto todo el caos que la rebelión ha traído a nuestra ciudad en los últimos días. Buscaron aliados de los lugares más lejanos de nuestras tierras para intentar destrozarnos el legítimo gobierno del Imperio. Trajeron un ejército hasta nuestras puertas. Subvirtieron a aquellos hombres cuyo honor normalmente les hubiera hecho luchar y morir por vosotros: los combatientes”.

Lucio escuchó que unos pocos en la multitud hacían ruidos de disconformidad ante aquello. Imaginó que su gente había infiltrado allí a personas fieles al régimen para mostrar a la gente cómo deberían reaccionar. Quizás no los castigaría después de todo.

“Hoy ha terminado la amenaza de la rebelión. Yo y mis soldados pudimos enfrentarnos y derrotar al enemigo incluso cuando intentaban entrar en nuestra gran ciudad. Los traidores están sufriendo ahora sus destinos, mientras mis hombres están dirigiéndose a destruir los últimos bastiones de esta maldición sobre el Imperio”.

Lucio se golpeó la mano con el puño bruscamente. “Los hemos aplastado. Mis antepasados derrocaron la tiranía de los Antiguos. Reivindicaron el Imperio y nosotros lo conservaremos. Si hay alguien que dude de nuestra determinación, que mire los cuerpos de los traidores que estamos ejecutando. Mirad cuál será vuestro destino si actuáis contra nosotros”.

Lucio vio que miraban a su alrededor, a los hombres que estaban siendo torturados allí hasta la muerte.

“Pero no quiero que este sea un momento triste. Es el momento de celebrar nuestra victoria. Dejad que

el rey vea la alegría que hay en nuestros corazones ante su actuación. Esperamos veros en las calles celebrándolo. Esperamos escuchar vuestras voces alzadas en canciones que alaben la fuerza del Imperio”.

De nuevo, aquellos que habían sido infiltrados en la multitud hicieron su parte, gritando en aprobación aunque los demás se quedaran en silencio.

“Y nosotros jugaremos nuestra parte en estas celebraciones”, continuó Lucio. “Sabemos que la gente de Delos ama el Stade. ¡Igual que lo hago yo! Por eso tengo pensado celebrar el mayor acontecimiento que haya visto el Stade durante su existencia. Los combatientes que nos traicionaron llevarán a cabo una actuación que jamás se ha visto antes, luchando hasta su último suspiro en honor al Imperio. ¡Al final de este grandísimo Stade, no sobrevivirá ninguno!”

Lucio medio esperaba que corearan su nombre al acabar aquel anuncio. En cambio, vio que la multitud lo miraba de manera más cercana al terror, mientras tras él continuaban los gritos de los que estaban muriendo.

Pero él sabía que vendrían. Vendrían.

Y el miedo, bien, con el miedo le bastaría -cuando finalmente gobernara él el Imperio.

# CAPÍTULO DIEZ

Ceres se lanzaba frustrada contra las cadenas, luchando por liberarse de su cautividad. Cada grito y cada lloro de allí abajo era como si cada vez le apuñalaran en el corazón, para recordarle lo indefensa que estaba.

No podía ayudar. Ya hacía casi un día que hombres y mujeres estaban muriendo y ella no podía pararlo. Estaban muriendo por ella y estaban muriendo de las formas más horribles que Ceres podía imaginar. Desde que Lucio asesinó a uno de los verdugos, casi parecía que estos estaban compitiendo para ver cuál de ellos podía encontrar el modo más cruel de matar a los rebeldes.

Abajo, los guardias estaban metiendo a uno de los hombres de Lord West en una tina ardiendo mientras él gritaba y luchaba por escapar. Ceres hubiera apartado la vista si hubiera podido, pero las cadenas la mantenían quieta. Y aún más, no sentía que mereciera apartar la vista. Ella había llevado al hombre hasta aquello. Ella había sido la que había convencido a Lord West y a sus hombres para que vinieran a Delos. Ella había sido la que había dirigido el ataque por la puerta abierta que los invitaba a entrar.

Era culpa suya y tener que verlos morir era su penitencia.

Ceres buscaba los poderes que sabía que tenía dentro desesperadamente. Bueno, que ella esperaba que estuvieran allí. Ya los había buscado muchas veces, hasta gastar el último destello de energía que tenía intentando sacar alguna respuesta del poder que allí había, pero parecía estar más lejos que nunca.

Fuera, pararon los gritos de los soldados, y Ceres se sintió débil y cayó, sintiendo que las cadenas se le clavaban en las muñecas. Deseaba que aquello terminara o, por lo menos, tener la posibilidad de descansar, pero siempre parecían venir más gritos, más tortura, más muerte.

Todavía estaba allí colgando cuando los guardias vinieron a por ella; media docena de ellos, todos hombres fuertes. Parecía ser que aunque ella no pudiera encontrar los poderes que tenía por su sangre de Antigua, el Imperio no iba a correr ningún riesgo.

“¿Qué estáis haciendo?” preguntó Ceres. “¿A dónde me lleváis?”

No contestaron. En su lugar, cogieron las cadenas y la hicieron caminar entre ellos, tirando de las cadenas para guiarla como hubieran hecho con un animal peligroso. Ceres se acordó del omnigato que había matado en el Stade, parecía que hacía ya toda una vida. ¿Lo habrían llevado a él de ese modo?

Pero no la llevaron al Stade. En su lugar, la llevaban a tirones por el castillo y la gente se apartaba de un salto de Ceres como si tuvieran miedo de lo que pudiera hacer, aunque estuviera encadenada de aquella manera.

La llevaron hasta unos aposentos cuya opulencia solo hacía que evidenciar el vacío de su propia celda. Aquel era un lugar de luz y bañado de oro, con muebles de mármol elegantemente trabajados y cortinas de seda.

A un extremo había una puerta abierta, que llevaba a un balcón. Cuando los guardias la empujaron hacia él, vio dos cosas: vio que el balcón tenía vistas al patio, de modo que no escapaba de ver las ejecuciones, y vio a la otra ocupante del balcón.

Estefanía.

Ceres se enfureció al verla. Puede que Estefanía no fuera Lucio, pero se le parecía bastante. Cada vez que se habían encontrado, Estefanía había intentado hacerle daño. Ceres se tiró de golpe hacia delante, pero vio que no podía moverse del sitio por los esfuerzos de los guardias. Fijaron sus cadenas a los barandales de piedra del balcón, reteniendo a Ceres de tal manera que no podía hacer mucho más que mirar. Estaba tan indefensa como había estado en la celda.

“¡Oh, qué aspecto tan andrajoso tienes!” dijo Estefanía. Evidentemente, ella tenía un aspecto impecable. Ceres sospechaba que probablemente había pasado más tiempo del habitual preparándose

para aquel encuentro, pues no tenía ni un solo pelo fuera de lugar. Ella iba cubierta de oro y joyas, mientras sus sedas de un azul profundo acentuaban la frialdad de su mirada. “Un sucio animal, traído de las calles”.

“¿Qué es lo que quieres, Estefanía?” preguntó Ceres.

Estefanía hizo un gesto y a Ceres le resonó en el cráneo el golpe que le dio un guardia con la palma de la mano.

“Todavía no sabes cómo debes hablar a tus superiores”, dijo Estefanía.

“¿Debería estar agradecida de que hayas decidido hacerte cargo de mi educación?” replicó Ceres. Esperaba que le cayera el siguiente golpe pero, ante su sorpresa, Estefanía alzó la mano para detenerlo.

“No queremos dejarle muchas marcas”, dijo Estefanía. “Al fin y al cabo, solo se la hemos cogido prestada a Lucio”.

Ceres forzó una sonrisa. “¿Es por eso por lo que no me arrojas por este balcón?”

Vio que la mirada de Estefanía se endurecía. “¿Realmente piensas que permitiría que las cosas acabaran de manera tan sencilla para ti? Para cuando termine, vas a ser tú la que quiera tirarse por aquí para acabar con esto.

“¿Crees que no he sufrido?” preguntó Ceres. “¡Me mandaste a la Isla de los Prisioneros!”

“Y todo hubiera ido mucho mejor si te hubieras quedado allí, en lugar de regresar”. Estefanía se sentó junto a una pequeña mesa y dio sorbos a un cuenco humeante. “Pero lo has hecho, y ahora me llegan rumores que dices tener la sangre de los Antiguos. Oh, no te sorprendas. Todavía escucho cosas”.

“No digo tener su sangre”, dijo Ceres, desafiando a Estefanía con la mirada. “La tengo”.

Estefanía hizo girar el cuenco del que estaba bebiendo entre sus manos. Se lo lanzó a Ceres casi con desinterés. Ceres sintió que el líquido caliente se derramaba por su cara cuando le golpeó el cuenco. Escuchó que la cerámica se hacía añicos al impactar contra el suelo. Por instinto, Ceres cayó sobre una rodilla, agarrando con fuerza el lugar donde le había golpeado. Bajó su otra mano y, sigilosamente, se hizo con uno de los fragmentos.

Vio que Estefanía se acercaba.

“Mírate”, dijo, avanzando a cada palabra. “Das lástima. No se por qué me preocupo por ti. ¿Sangre de los Antiguos? Tu sangre es la que siempre ha sido”. Clavó el dedo en el pecho de Ceres. “La de una ruda y horrible campesina”.

Entonces Ceres arremetió, usando la pequeña distensión de sus cadenas para colocarse detrás de Estefanía, presionándole el cuello con el trozo de cerámica.

En aquel instante sintió la tensión de Estefanía, inmóvil, pero inmóvil solo porque estaba allí sujeta. Tenía la tensión de un arco encordado o de un ciervo a punto de echar a correr.

Enfrente de ella, vio que los guardias se separaban, evidentemente para intentar encontrar un modo de ayudar. Ceres tenía a Estefanía entre ella y los guardias.

“Baja esto, o te matarán”, dijo Estefanía.

“Aún puedo deshacerme de ti”, dijo Ceres. “¿Por qué no, si voy a morir de todos modos?”

“Porque...” Escuchó que Estefanía hablaba jadeando. “¡Porque matarías al hijo de Thanos!”

Ceres la soltó por pura conmoción, y Estefanía se alejó de ella de un salto, mientras se frotaba el cuello. Ceres vio que había una línea de sangre donde la afilada punta del trozo de cerámica le había arañado.

Entonces los guardias fueron a toda prisa hacia delante, la agarraron y uno le golpeó en el estómago. Arrodillada, alzó la vista hacia Estefanía.

“No”, dijo Ceres. “Mientes”.

“Entonces ¿no te enteraste de la noticia?” dijo bruscamente Estefanía. “Está claro que no. A una pequeña estúpida como tú no le preocupan las cosas importantes”.

“¿Qué noticia?” exigió Ceres. “¿Que eres una embustera? Eso ya lo sabía”.

Vio que Estefanía hacía una amplia sonrisa. “Que Thanos y yo estamos casados”.

Ceres pensó que ningunas palabras podrían hacerle más daño. Estaba allí, sin saber qué contestar. No se le ocurría nada que decir. No podía creer que aquello fuera cierto. Finalmente, encontró el aliento para responder.

“No”, dijo. “Es una mentira. ¡Thanos jamás haría eso!”

“¿En serio?” replicó Estefanía. “Pregunta a cualquiera de los sirvientes que hay aquí. Pregunta a quien quieras. Los convoco. Haz llamar a cualquiera de los guardias. Fue el mayor acontecimiento de la temporada. Todos estaban allí”.

Ceres pensaba en qué modo podría tratarse de una mentira, pero no había ninguno. Si fuera una mentira, Estefanía hubiera intentado controlarla. Aún así, era casi imposible de creer.

“Thanos nunca se hubiera casado contigo”, dijo. “A no ser que alguien le obligara”.

“No solo se casó conmigo”, dijo Estefanía, “él fue el que me lo pidió. Sin ti, éramos muy felices. *Él* era feliz”.

“Entonces ¿dónde está?” contraatacó Ceres. “Tráelo aquí. Haz que me lo diga él”.

Entonces la ira se dibujó en el rostro de Estefanía. “Se ha ido, gracias a ti. Gracias a todo lo que provocaste. Tuvo que marcharse, y si tú hubieras tenido la elegancia de continuar muerta, de no... traer *esto* a la ciudad, entonces él estaría todavía aquí conmigo y nuestro hijo”.

Entonces Ceres casi, *casi* sintió un momento de lástima por Estefanía, pero la dureza en el gesto de Estefanía lo cambió rápido.

“Por eso vas a pagar”, dijo Estefanía. Ceres vio que echaba un vistazo abajo al patio. “Oh, mira, creo que han llegado a alguien que te importa. Mira, vengá”. Alzó la voz. “*Mira*, o haré que los guardias te obliguen a hacerlo”.

Ceres se puso de pie y miró. Lo que vio allí le rompió el corazón. Anka todavía estaba sujeta al palo de madera que estaba al principio. Era evidente que esfuerzo por estar atada allí de pie durante tanto tiempo era una agonía.

Y ahora uno de los verdugos se estaba acercando a ella.

Tenía un trozo de madera largo, y Ceres no podía entender qué tenía pensado hacer hasta el instante en que lo colocó en la cuerda que sujetaba a Anka al palo por el cuello.

“No”, dijo Ceres.

“Sí”, respondió Estefanía.

“Tú...”

“Esto no tiene nada que ver conmigo”, dijo Estefanía. “Es cosa de Lucio, pero de vez en cuando, sirve de algo. ¿Sabes que *él* me pidió matrimonio? Oh, no le diré que sí, pero está bien saber cómo piensa, ¿verdad?”

Estuvo farfullando acerca de eso como si se tratara de una agradable conversación, en lugar de la antesala a que una de las amigas de Ceres fuera asesinada.

Mientras tanto, el verdugo empezaba a girar la palanca de madera, a dar vueltas a la cuerda, para tensarla más. Lo hacía como si nada, sin ni siquiera parpadear.

“Páralo”, suplicó Ceres. “Páralo. Haré lo que sea”.

“No hay nada que yo quiera que hagas”, dijo Estefanía.

Allá abajo, Ceres veía que Anka luchaba por deshacerse de sus ataduras. Una vez más, Ceres intentó reunir sus poderes. Seguramente por esto, por su amiga... pero no, no había señal de la fuerza o la energía que habían estado antes allí.

“Además”, dijo Estefanía, “como te dije, esto es cosa de Lucio. Nosotros somos meros espectadores. Debo confesar que al principio los gritos me causaban cierto rechazo, pero cuando pensé que tú sufrirías, se me pasó”.

Ceres se lanzó en dirección a Estefanía, pero la noble se había colocado a propósito fuera de su



alcance. Lo único que podía hacer Ceres era quedarse allí y observar mientras Anka luchaba por respirar y daba patadas, para intentar escapar.

Se quedó inmóvil y Ceres se desplomó sobre el barandal del balcón.

En aquel instante no podía respirar. Ceres sentía que el mundo había dejado de girar; como si nada de aquello tuviera sentido. No debería de ser tan fácil perder a alguien. La culpa y la pena luchaban en su interior, cada uno buscando su espacio para llenarla. Ceres había sido la que los había convencido para sublevarse de aquella forma, al fin y al cabo. Si no lo hubiera hecho...

Pero no se podía hacer nada. Anka se había ido. Sin más, una de las pocas personas a las que había podido llamar amiga estaba muerta, se la habían arrebatado como si aquello no tuviera importancia. Había sido tan enérgica, tan importante para la rebelión, y el Imperio la había matado. Lucio la había matado.

Y Estefanía había permitido que sucediera.

“Te mataré”, prometió Ceres. “Pase lo que pase, te mataré por esto”.

“¿Y dejarás a Thanos desconsolado?” contraatacó Estefanía. “No lo harías”.

Pero lo haría. Mirando allá abajo a la forma inmóvil de Anka, lo haría. La peor parte era que el verdugo la dejó allí, la abandonó mientras se dirigía a otro miembro de la rebelión. Para él, matar a alguien tan especial como Anka no era más que un trabajo que debía realizar.

En el transcurso, Estefanía llamó a los guardias que habían traído hasta allí a Ceres. Ceres ni siquiera se dio cuenta de que lo hiciera. Estaba demasiado ocupada mirando a la escena que había allá abajo.

“Ya te lo decía yo”, dijo Estefanía. “Puede que Lucio sea un matón estúpido, pero cuando se trata de hacer sufrir a la gente, es muy útil”.

Los guardias cogieron las cadenas de Ceres, arrastrándola hasta que se puso de pie como si se tratara de una marioneta.

“Matadme”, dijo Ceres. “Acabad con... esto”.

“Oh, creo que todavía no”, respondió Estefanía, y Ceres escuchó la maldad que había detrás de su dulzura. “En primer lugar, estoy segura de que Lucio tiene todo *tipo* de cosas que querrá hacer con una prisionera como tú, y no estoy dispuesta a quitarle sus juguetes. Además...” el gesto de Estefanía se endureció. “Quiero que sufras. Quiero que sufras hasta que no quede nada de ti. Hasta que no recuerdes cómo era ser libre, o estar a salvo, o ser feliz. Después de todo lo que has hecho, te lo mereces”.

Hizo una señal y Ceres notó que los guardias empezaban a arrastrarla hasta la puerta. Si se hubiera podido liberar entonces, lo hubiera hecho, para matar a Estefanía o para matarse a sí misma, no sabía para qué. Quizás para ambas cosas, agarrándola y tirándose juntas por el balcón en una especie de última caída.

No importaba. Ver a Anka morir de aquella manera parecía haberle consumido los últimos vestigios de fuerza que le quedaban, así que Ceres apenas podía mantenerse de pie, sin hablar de luchar para liberarse. Se sentía como un peso muerto, sujeta solo por los esfuerzos de sus captores.

“Oh, una última cosa”, dijo Estefanía, e hizo que sonara casi como una ocurrencia tardía. Quizás para ella lo era. “Tu hermano”.

“¿Sartes?” dijo Ceres. “¿Qué le habéis hecho?”

“Lo iba a hacer yo discretamente, solo para deshacerme de los últimos recuerdos tuyos”, continuó Estefanía, como si Ceres no hubiera dicho nada. “Pero al volver tú, esto proporciona otra maravillosa manera de hacerte daño. Tus amigos están muriendo, tú estás encarcelada, Thanos se casó conmigo, y ahora tu hermano... bien, tu querido Sartes pronto estará hirviendo dentro del alquitrán. Disfruta de este pensamiento, Ceres. Sé que lo harás”.

Desesperada, Ceres deseaba gritar, más que cualquier otra cosa.

Pero ni siquiera tenía la fuerza para ello mientras se la llevaban arrastrándola, su boca se quedó abierta en un llanto silencioso de angustia.

# CAPÍTULO ONCE

El Rey Claudio se obligaba a sí mismo a estar sentado inmóvil como una estatua en el trono de sus aposentos, reprimiendo la rabia, la confusión, el dolor que sentía de manera que podría haber sido otra de las estatuas de sus antepasados, que estaban situadas tras él como jueces fantasmas.

El Rey Claudio había pasado mucho tiempo pensando dónde debería llevar a cabo esta audiencia. Su esposa había sugerido la sala del trono principal, pero Athena siempre tenía un don para lo dramático. Lucio probablemente se hubiera opuesto a ello si Claudio se hubiera molestado en preguntarle, porque el chico no comprendía la idea de respetar a los enemigos de uno.

Pero Thanos...

“No pensaré en él”, se dijo a sí mismo el rey Claudio. “No lo haré”.

Pero tener la intención de hacer una cosa y conseguirlo eran dos cosas diferentes, incluso para él. Una vez uno de sus maestros le había hecho leer la obra del filósofo Felekon, del antiguo Imperio. ¿Qué es lo que había escrito?

*Existen algunas cosas que incluso un rey no puede controlar, y su propio corazón es la primera de ellas.*

En aquel momento, Claudio había dado por sentado que era una especie de mofa disimulada dirigida a él. Ahora lo comprendía.

Cuando las puertas de la sala se abrieron, se agarró con fuerza a los brazos del trono. Entonces entró Lord West, con las muñecas encadenadas, flanqueado por una pareja de guardias reales de Claudio. Parecía agotado, muy lejos de su mejor aspecto, su pelo canoso estaba manchado de barro, su ropa manchada de sangre. Aún así, el hombre consiguió hacer una nítida reverencia.

Uno de los guardias se disponía a empujarlo para hacerlo caer de rodillas, pero Claudio lo detuvo alzando la mano.

“Ya es suficiente. Más que suficiente. Os dije que me trajerais al Señor de la Costa Norte, no que lo arrastrarais encadenado como si fuera un esclavo. Quitádselas”.

“Su majestad”, dijo el otro guardia, “puede resultar peligroso si...”

“Os di una orden”, dijo el rey, dejando que su tono sonara frío como el hielo. “Sacadle los grilletos y dejadnos solos. Vigilad que no nos molesten. Nadie. Si tenéis que retener a mi hijo, hacedlo”.

Ahora, los guardias se apresuraron a obedecer. Esta era la gracia de la fuerza. De ser temido. El Rey Claudio observaba cómo Lord West se mantenía impasible mientras los hombres le quitaban las cadenas. Incluso derrotado, incluso a su edad, se quedó de pie con la posición erguida de un soldado hasta que se marcharon los hombres y cerraron la puerta tras ellos.

Claudio señaló hacia una silla que había colocado cerca del trono. Era más pequeña y más baja, pero aún así era elegante. Aún así era cómoda. Había una mesa entre los dos, con un decantador encima y dos copas.

“Siéntate”, dijo. “Creo que tenemos mucho de lo que hablar”.

“¿Es eso una orden, mi rey?” preguntó Lord West, todavía de pie totalmente erguido.

“Una petición”, respondió Claudio. “Los acontecimientos de los últimos días hacen pensar que ya no te tomas las órdenes reales tan en serio.”. Al ver que Lord West todavía dudaba, Claudio suspiró. “Maldita sea, siéntate, West. Me duele el cuello de mirar hacia ti para arriba, y si tengo que levantarme, sospecho que mis rodillas estarán peor. Sirve vino, ya que estás aquí. Sé que lo necesitaré”.

Al menos, aquello provocó una sonrisa en el otro hombre. Se sentó, y Claudio esperó a que lo sirviera. No pudo evitar darse cuenta de que Lord West tenía tantas arrugas en las manos como él tenía en las suyas.

Dudaba, tenía un nudo en el estómago.

Entonces, finalmente, lo dijo.

“Sabes que no te puedo perdonar la vida”, dijo Claudio.

Sus palabras colgaban en el aire, resonando en la sala.

Era muy difícil tener que decirle esto a un amigo, incluso después de todas las muertes que había ordenado durante el transcurso de su mandato. Era mejor sacárselo de encima. Acabar con ello rápidamente.

Lord West asintió, solemne, noble, resignado.

“Ya lo sé. Sabía lo que significaba cuando acepté atacar Delos”.

Claudio asintió.

“Y aún así lo hiciste”.

“Y aún así lo hice”, coincidió West.

No parecía estar dispuesto a ofrecer más que eso. ¿No podía sincerarse el hombre solo por una vez? Claudio estaba allí sentado, no quería quitarse aquello de encima ahora. Había muchas cosas que solo su viejo amigo comprendería.

“¿Cuándo envejecimos, West?” preguntó Claudio.

“Creo que es un proceso progresivo”, respondió Lord West. “La parte que veo difícil es la división entre lo que mi cabeza me dice que debería ser capaz de hacer y el ritmo que puede seguir mi cuerpo”.

Claudio asintió. Lo comprendía igual que cualquiera. “A veces me miro en los espejos y me pregunto quién es el anciano que hay allí. En mi cabeza, todavía soy un veinteañero, que va corriendo por los límites lejanos del Imperio, luchando contra los invasores de Kauthli”.

“Y cayéndose del caballo”, dijo Lord West.

“Dijimos que nunca más íbamos a hablar de aquello”, remarcó Claudio, pero rio junto al otro hombre, porque incluso los recuerdos embarazosos eran buenos. Eran recordatorios de lo que parecían tiempos más sencillos. “Para ser sincero, me sorprende que te sientas igual. Incluso entonces, tenía la impresión de que en secreto eras de mediana edad, y que solo estabas esperando a que tu cuerpo se pusiera al día. Siempre estabas muy serio”.

Lord West arqueó una ceja. “Lo que, está claro, significa que yo era el que estaba lo suficientemente sobrio para devolvernos a los dos a las tiendas por la mañana de vez en cuando”.

“Eso también”, confesó Claudio. ¿Cuántas veces había pasado? Más que suficientes para que se mezclaran los recuerdos de West guiándolo y, de vez en cuando, llevándolo. Hizo un gesto con la cabeza hacia el vino de West. “Todavía no has bebido”.

¿Seguro que su viejo amigo no pensaba que lo envenenaría?

“Te estoy esperando”, dijo West. “A no ser que se trate de un catador de comida, un hombre no bebe antes que su rey, o su anfitrión”.

“Siempre tan obsesionado con la manera correcta de hacer las cosas”, dijo Claudio, pero tomó un sorbo de su vino de todas maneras. “¿Mejor?”

“Mucho mejor”, dijo West. Claudio observaba mientras disfrutaba del olor de su vino y, a continuación, bebió con ganas. “Un Tinto Elphrim. Un muy bueno Tinto Elphrim. Me trae recuerdos”.

“Sobre todo de ti reteniendo a todo tu batallón, mientras aquellos sacerdotes bailarines completaban su ceremonia para dejarnos entrar en la llanura de sal sin una *maldición*”, respondió Claudio. “Aquello casi nos cuesta los bandidos que estábamos persiguiendo”.

La imagen estaba todavía tan clara como el día en que sucedió. “¿Por qué hoy en día el pasado parecía mucho más vivo que el presente?”

“Casi, pero no fue así”, respondió West. “Sabía que tú nos meterías prisa y no podíamos permitirnos ofender a los nómadas que había allí. Además, era la manera correcta de hacer las cosas. Uno no deshonor a los sacerdotes de tierras extrañas, o a sus dioses”.

“Juro que si los Antiguos estuvieran por aquí hoy en día, construirían un monumento en tu honor y sé

que no caería”.

“Hubo un tiempo en el que podrías haber dicho lo mismo de ti, viejo amigo”, argumentó West.

El Rey Claudio apretó con fuerza su copa por un instante mientras asimilaba el insulto escondido dentro del cumplido. Lo que escocía más era pensar que podía ser verdad. “Así no es como yo lo recuerdo. Yo era el práctico. Tú eras el que nos reprimías para que no hiciéramos lo que no estaba bien”.

“¿Práctico?” Esta vez, la risa de Lord West fue más fuerte. “Eras un soñador. Un caballero andante de sangre caliente que había leído todas las historias de los grandes héroes y quería recrearlos a todos. Pasamos dos semanas de caza por valles cubiertos de nubes con Baryn y su escudero tras la hija de un pastor, que había desaparecido y nos calamos hasta los huesos porque tú habías escuchado muchas historias sobre princesas a las que la gente de piedra robaba en los viejos tiempos”.

Por un instante, Claudio no lo recordaba, después le vino en una ráfaga. Incluso podía sentir la lluvia si pensaba en ella. “Resultó que se había escapado con el hijo de un granjero, ¿verdad?”

“Y alguien insistió para que les diéramos la mitad del dinero que llevábamos en nuestras faltriqueras como dote para que así pudieran volver y enfrentarse a sus padres”, le recordó Lord West.

Recordaba el peso en su mano y pasárselo a la chica, que probablemente nunca había visto tanto dinero en su vida, aunque para ellos solo había sido una miseria.

“Lo había olvidado”, dijo Claudio. “¿Cómo pude olvidar esto? Por cierto ¿cómo le fue al viejo Baryn?”

“Murió hace cinco veranos”, respondió West. “El corazón”. Claudio había descubierto que había un tipo de tristeza especial que viene cuando oyes hablar de la muerte y eres mayor. Cuando eres joven, la muerte es una tragedia lejana. Cuando eres mayor, la muerte está tan cerca que podrías considerarla una amiga. La pérdida de aquellos a quien conoces traía tristeza, pero también la sensación de que uno mismo se está dirigiendo hacia la puerta oscura. En aquel momento, esto y el pensamiento de lo que le esperaba a West se apoderaron de él.

“Yo no sabía esto”, dijo Claudio. Volvió a suspirar. “Quizás en esto consiste la edad. Darse cuenta de forma constante de que has empezado a sobrevivir a los hombres que eran tus amigos”.

“Muy pronto también me sobrevivirás a mí”, puntualizó West y dio otro trago.

Claudio frunció el ceño ligeramente.

Dejó que un largo y pesado silencio llenara la sala. El silencio de la mortalidad. De la inevitabilidad. Del destino.

“Hay hombres que, llegados a este punto, suplicarían por sus vidas”, dijo Claudio. “Creo que esto es lo que tenían en mente algunos de los que me rodean. El gran Señor de la Costa Norte, rebajado a suplicar clemencia”.

“Los que te rodean son idiotas”, manifestó Lord West, levantando su copa como si quisiera proponer un brindis por ello.

“Lo son si creen que tú te deshonrarías a ti mismo suplicando de este modo”, Claudio estaba de acuerdo con él, pero no levantó su copa. Muchos de los que le rodeaban *eran* unos estúpidos. “Lo que nos lleva a la gran pregunta, West. “¿Por qué deshonrarte *de este modo*? ¿Por qué traicionar a tu rey? Diste tu palabra, y hubo un tiempo en el que hubiera apostado el mundo por ello”.

“Di mi palabra”, afirmó West, “pero mi familia también juró cosas. Cosas más grandes y profundas que mi juramento personal. Juramos que protegeríamos la Costa Norte hasta que los Antiguos regresaran. Servir al Imperio era la manera de hacerlo, pero aquello cambió. Mi juramento al servicio de mi familia tomó prioridad”.

Claudio bebía lentamente, considerando todas las consecuencias de aquello. Si lo hubiera dicho otro hombre, hubiera pensado que estaba loco, pero West era tan serio, tan precavido, que Claudio sabía que lo decía en serio. “¿Verdaderamente piensas que esta chica, esta *campesina*, es uno de los Antiguos?”

“No es una campesina”, respondió West. “Y aún si lo fuera, hubo un tiempo en que no lo hubieras

usado como un insulto. Hubo un tiempo en el que pensabas que valía tanto la pena encontrar a una campesina como a una princesa”.

“De esto hace mucho tiempo”, dijo Claudio. Hoy en día parecía que hacía mucho tiempo de todo. Dijo que no con la cabeza. “Las cosas han cambiado”.

“Mucho”, dijo West. “Para empezar, el Imperio. ¿Recuerdas el juramento que *tú* hiciste, la noche antes de que te coronaran?”

Aquel recuerdo volvió afilado como un cuchillo. “Estaba bebido”.

“Ahora estás trabajando en ello”.

Aún así, las cosas que dijo un hombre cuando estaba bebido apenas pueden reprochársele. ¿O sí? “¿A dónde quieres llegar, West?”

“Juraste que serías un rey que protegería a la gente del Imperio. Que serías el hombre a quién todos podrían estar orgullosos de obedecer”. Claudio oyó que hacía una pausa antes de las siguientes palabras. “Ceres no fue la única razón por la que no podía quedar más a la espera, Claudio”.

“Siempre he hecho lo que era necesario hacer”, replicó Claudio. Se lo había dicho a él mismo tantas veces que ya le salía solo. Los ideales debían romperse ante el mundo real, por el bien de todos. “Tú has gobernado tierras. Sabes que no hay decisiones fáciles”.

Incluso a él, las palabras le sonaron huecas. Era evidente que no tenían ningún peso para su antiguo amigo.

“Hay decisiones difíciles”, aceptó West. “Algunas veces un gobernante tiene que ser duro, pero siempre debe ser justo. Lo que ha estado haciendo tu hijo con tu consentimiento dista mucho de ser justo”.

“¡Hay que educar al pueblo!” dijo Claudio con brusquedad. “¡Deben saber quién les gobierna!”

¿Quién se creía que era West, para decirle cómo debía gobernar? A él, que había gobernado durante tanto tiempo.

“Hubo un tiempo en que lo sabían”, dijo West. “¿Recuerdas algunas de las aldeas por las que pasamos cabalgando cuando éramos jóvenes, donde coreaban tu nombre? No lo hacían porque alguien les había obligado a hacerlo, Claudio. Lo hacían porque el valiente y joven rey había venido a ellos, porque sabían que los protegería. Lo hacían porque tú te habías enfrentado a los bandidos que había por allí, o habías insistido al señor del lugar para que hiciera regresar a las criaturas de los viejos tiempos que quedaban. Lo hacían porque tú hacías del mundo un lugar mejor”.

“El Imperio todavía lo hace”, insistió Claudio. “Mantenemos el orden. Los protegidos de los Antiguos no molestan al pueblo. Los bandidos huyen de nosotros para unirse a los rebeldes...”

“Los bandidos se unen a tu ejército porque saben que tu hijo les dejará saquear todo cuanto deseen”, dijo West. “¿Sale el pueblo a la calle por tus hombres, o esperan escondidos en sus sótanos esperando a que pasen?”

Entonces Claudio se quedó sentado en silencio. Había bebido demasiado para aquello, o quizás no lo suficiente. La verdad es que el vino le sabía rancio entonces. O quizás era otra cosa lo que le hacía sentir así. El pasado de un hombre siempre se colaba sigilosamente, por mucho que intentara negarlo.

“Piensa en el hombre joven que fuiste”, dijo West. “O mejor aún, si dices que todavía está dentro de ti, sácalo. ¿Qué pensaría de lo que tu hijo ha ordenado que hicieran a mis hombres? Incluso a los peores bandidos, tú simplemente los decapitabas, hacías que fuera limpio”.

Entonces Claudio frunció el ceño. “¿En comparación a qué?”

“¿Ni siquiera te has enterado?” dijo West. “Debes ser la única persona en la ciudad que no oye los gritos. Lucio está torturando nobles hasta la muerte en el nombre del Imperio. Lo que significa que lo hace en el tuyo.”

“Es de mi hijo de quien estás hablando”, dijo Claudio. Lo hizo de forma automática, más que por instinto paternal. Con los años, Lucio había conseguido que aquello cada vez tuviera menos relevancia.

“Lo es”, asintió West. “Y también es el próximo gobernante del Imperio. Ahora, *este* pensamiento hace

que uno desee beber”.

Claudio se le unió, pero solo bebió la mitad de su copa. Miraba al vino que quedaba como si pudiera ver en él el futuro. Pero en aquel momento, el presente le estaba dando más que suficientes problemas. ¿Cómo podía no saber lo que estaba haciendo su hijo?

“Me siento viejo, West. Hubo un tiempo en el que podía haberte tumbado bebiendo y aún así continuar”.

“Ahora veo que te falla la memoria”, dijo Lord West, con una sonrisa que restó muy poco al escozor de sus anteriores palabras. “¿Cuándo me viste bebido por última vez?”

“Creo que fue tras la victoria en Thornport”, dijo Claudio. “Según recuerdo, había aquel asunto con los gemelos a los que no podías diferenciar”.

Era difícil verlo como algo gracioso cuando sabía que su viejo amigo pronto estaría muerto.

“Buenos tiempos”, dijo Lord West. “¿Qué pasó con aquellos tiempos?”

“La edad es lo que pasó”, dijo Claudio. “La edad y el mundo”.

Bebió el vino que no había podido terminar un instante atrás y, a continuación, hizo girar su copa vacía con las manos.

“Me gustaría poder perdonarte la vida”, dijo. “Pero no puedo. Sean cuales sean tus razones, a pesar del pasado que tenemos juntos, eres un traidor del Imperio. Atacaste Delos. Me hubieras derrocado. Hay algunas cosas que no puedo pasar por alto”.

“Lo sé”, dijo Lord West. “Desde el principio sabía lo que sucedería si perdía. Pero hagamos que sea una muerte digna. Esto me lo he ganado”.

“Esto y más”, afirmó Claudio. Asintió con la cabeza. “Mis hombres te llevarán a la horca. Allí habrá una espada esperándote. Te prometo que estará lo suficientemente afilada para que apenas la sientas”.

Lord West asintió. Miró hacia el decantador. “Probablemente también estoy a punto de perder la cabeza. Todo este vino y yo tendríamos una resaca verdaderamente *horrible*. ¿Qué pasa con mis hombres?”

“Me encargaré de ello”, dijo Claudio. “Lucio ha ido demasiado lejos”.

Lord West sonrió al escuchar aquello. “¿Tenemos tiempo para un último brindis?”

Claudio vertió el vino que quedaba. “¿En qué estabas pensando?”

Lord West levantó su copa. “Por los hombres que fuimos”.

Claudio negó con la cabeza. “Por el honor”.

“Por el honor”, coincidió Lord West. Se bebió su vino de un solo trago largo.

Claudio intentó hacer lo mismo, pero escupió cuando iba por la mitad.

“Y esto es lo que me da pie a marchar”, escuchó que decía West. “Mientras todavía te gano en la apuesta por la bebida”. Hizo una última y definida reverencia. “Su majestad”.

Claudio observó cómo los guardias esperaban a su viejo amigo en la puerta. Dio las órdenes necesarias. Entonces se recostó con lo que le quedaba de vino, y pensó en Lucio, en Thanos y en lo que él mismo de joven hubiera hecho en un momento como este.

“Por el honor”, repitió Claudio y bebió lo que le quedaba de vino.

Ya podía notar que le caían las lágrimas y no distinguía si eran por su viejo amigo, por él mismo o por el Imperio.

## CAPÍTULO DOCE

Thanos estaba consternado, contemplando los restos de su barca. Se había dado el peor de los casos: estaba encallado en la Isla de los Prisioneros, sin salida.

El prisionero que la había destruido dio un giro, la locura era evidente en su mirada.

“¡Nadie escapa!” exclama. “¡Nunca escapan!”

Thanos apenas escuchaba sus palabras. Su ruta para escapar de la isla, su única manera de continuar la búsqueda de Ceres, había desaparecido, se la habían quitado con la misma rapidez que vino. Thanos estaba allí mirando fijamente, apenas alcanzaba a comprender aquel sinsentido. Si el prisionero hubiera robado la barca, podría haberlo entendido. Aquello era destrucción gratuita.

El prisionero se dirigió hacia él con un rugido, y Thanos fue a su encuentro a toda velocidad. Chocaron el uno con el otro, Thanos consiguió dar media vuelta y tiró al hombre al suelo. El prisionero rodó por el suelo, se levantó y Thanos hizo presión, pues no quería que el otro tuviera espacio para usar la espada.

El hombre era más grande e intentó levantar su arma y dirigirla hacia abajo. Thanos le cogió el brazo, sin apenas poderlo sostener y le apuñaló una vez, y después otra con el puñal que había robado. Por un instante, parecía que incluso aquello no sería suficiente para derribarlo, pues el prisionero rugía de rabia. Thanos lo apuñaló por tercera vez, y esta vez parece ser que tocó algo vital. El prisionero jadeó y pareció perder la fuerza de golpe.

Thanos lo dejó caer, y de nuevo se quedó mirando los restos de su barca, sentía dolor no tanto por su pérdida como por lo que representaba. La oportunidad de continuar. La oportunidad de encontrar, quizás, a Ceres. Todo aquello parecía haber desaparecido ahora, parecía que el prisionero y lo que había aprendido en la isla lo habían roto en pedazos.

“Piratería, asesinatos, peleas, el trabajo de los mercenarios contra el Imperio, algún que otro robo para ir tirando. Oh, y rechazar las insinuaciones del noble equivocado cuando paré en el puerto una vez. Eso realmente fue lo principal”.

Thanos dio un giro rápido al escuchar las palabras y levantó el cuchillo. Ante su sorpresa, vio que Felene estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una roca no muy lejos detrás suyo.

“¿Cómo?” consiguió decir.

Vio que encogía los hombros. “Antes dijiste que yo podía estar aquí por cualquier cosa. Bien, por eso es por lo que estoy aquí. Más o menos. La lista completa es bastante larga. También dijiste que no podías fiarte de darme la espalda. Bien, Thanos, un rebaño de reses podría haberte pasado por encima hace dos minutos y ni siquiera te hubieras enterado. Y, sorprendentemente, no veo ningún cuchillo clavado en tu espalda”.

Como para dar énfasis a lo que decía, puso una espada sobre sus rodillas.

“¿Dónde la conseguiste?” preguntó Thanos.

“Alguien”, dijo con una sonrisa, “empezó una gran pelea donde era probable que se dejaran armas olvidadas. Añade saqueo también a la lista de antes. Casi se me olvida esta”.

“¿Por qué me sigues?” exigió Thanos. “No tengo nada para ti. Ya ves que mi barca está destrozada”.

Felene encogió los hombros. “¿Y qué pasa si te digo que sé dónde podría haber otra barca?”

“¿Y por qué íbamos a ir a por ella?” preguntó Thanos.

“Porque *aquella* está bien guardada. Demasiado bien guardada para llevármela yo sola. Pero entre los dos...”

“¿Quieres que trabaje con una criminal confesa?”

“Lo último que escuché, *Príncipe* Thanos, es que eras un traidor. Además, quiero largarme de este islote. ¿Tú no?”

Sonaba peligroso. También sonaba ridículo confiar en alguien así, pero a Thanos no se le ocurrían mejores opciones.

“De acuerdo”.

“Bien”, dijo Felene. “Ah, y Thanos, si intentas dejarme atrás de nuevo, te *cortaré* el cuello”.

La sensación de que los perseguían no abandonó a Thanos mientras él y Felene cruzaban la isla. Cada vez que pasaban por una peña miraba a su alrededor, con la certeza de que los carceleros, los Abandonados, o ambos se les echarían encima.

“Tienes que aprender a relajarte”, dijo Felene. “Sé cuando el peligro está cerca”.

“¿Es por eso que te encontré boca abajo cogida por una trampa?” replicó Thanos.

“Bueno, nadie es perfecto. Y hacía unos doce días que corría para escapar de los Abandonados, que me seguían peligrosamente de cerca. Vamos. Debe estar allá arriba”.

“¿El qué?” preguntó Thanos, y la respuesta vino cuando subieron hasta un peñasco para observar desde el borde de un acantilado.

Allá abajo había una cala, llena de rocas que parecían tener los cantos afilados. La pizarra y la arena oscura daban paso a unas olas agitadas, pero a Thanos le dio un vuelco el corazón de todos modos.

Allí había una barca.

Era más grande de lo que Thanos había imaginado. Pensaba que era una barca de remos como la suya. En cambio, era un esquife completo con un pequeño mástil. Todo él inclinado hacia un lado. La parte difícil eran los guardias que estaban junto a ella, evidentemente guardándola mientras la limpiaban. Había media docena de ellos. No era extraño que Felene no quisiera enfrentarse a ellos sola.

“Mi noble *cliente* me dijo que se podía hacer dinero trayendo los bienes adecuados a la isla”, dijo. “Quizás ayudando a alguien a escapar también. Hizo que sonara a misión de rescate. No me dijo que me esperaba todo esto”.

Aquello le sonaba mucho a Thanos. “Los contrabandistas me hicieron lo mismo”.

Vio que Felene asentía. “Solo espero que no se lo hayan llevado todo aún. El Imperio apenas les manda nada, así que ellos cogen todo lo que tienen cerca. Hace días que busco un camino que esté bien para bajar. Hay un camino, pero está tan cerca que es imposible que no me vean si voy por allí”.

“Así que tendremos que pelear”, supuso Thanos.

Vio que Felene asentía. “Solo espero que seas tan bueno con esa espada como pareces”.

La siguió cuando empezó a bajar por el camino que estaba a un lado del acantilado y por el que apenas podía ver. Bajaba con la misma agilidad que una cabra montesa, mientras Thanos hacía lo que podía para mantener el equilibrio. Se colocaron detrás de un peñasco, a muy poca distancia del resto de la playa.

“Nos verán en cuanto nos quedemos al descubierto”, supuso Thanos. Colocó una flecha en el arco que había robado.

“Puedo acercarme más”, le aseguró Felene. “Si tú me respaldas.”

Thanos vio que tenía dudas. Estaba claro que no quería arriesgarse a pelear sola, a pesar de su aparente confianza, y de todos los crímenes que tan descaradamente declaraba haber cometido. Thanos lo comprendía. Ya lo habían traicionado una vez en esta isla.

“No te preocupes”, le aseguró Thanos. “Yo no traiciono a mis amigos.”

“Ah, ¿ahora somos amigos?” Felene desenfundó su espada. “Es bueno saberlo”.

Thanos observaba cómo avanzaba arrastrándose por el suelo sobre su barriga, casi en silencio. Thanos esperaba con el arco preparado. Ante su asombro, Felene consiguió arrastrarse directo hasta uno de los guardias. Hizo un barrido con su espada a la altura del tobillo y este cayó, gritando.

Entonces los demás se giraron y Thanos se estremeció por el miedo al darse cuenta de la rapidez con la que se podía torcer su plan. Vio que uno de los guardias cogía un cuerno que tenía en el cinturón, mientras otro estaba sobre Felene empuñando una pequeña hacha, mientras ella intentaba levantarse.



Thanos solo tuvo un instante para elegir, pero aunque acababa de conocer a la prisionera, no le quedaba elección. Soltó la flecha y esta se clavó en el pecho del hombre que estaba encima de Felene.

Entonces tiró el arco y embistió hacia delante mientras su nueva compañera se enfrentaba a otro con su espada. Él desenfundó su espada, dando golpes contra el grupo de guardias y eliminando al hombre del cuerno. Pero, mientras lo hacía, el cuerno sonaba con un tono bajo y sonoro que se escuchaba por encima del ruido de la refriega.

Thanos daba golpes a derecha y a izquierda, esquivó el golpe de un guardia y le clavó una estocada a un segundo. Se agachó para evitar el balanceo de una espada y derribó a otro hombre.

El último hombre ya estaba muerto y Felene estaba encima de él.

“Parece que sabes luchar tan bien como dijiste que sabías. Rápido, tenemos que poner lo que podemos dentro de la barca y ponerla en marcha. Gracias al cuerno que permitiste que tocaran, todos los que nos persiguen sabrán dónde estamos”.

“Quizás debería haber dejado que te mataran”, sugirió Thanos, pero Felene ya se había puesto en marcha para cargar de provisiones el barco.

Thanos se quedó helado al oír otro cuerno que sonaba en algún lugar por allí arriba, entonces alzó la vista y vio a unos hombres en lo alto del acantilado.

“Deprisa”, dijo Felene. “No queda más tiempo. Tenemos que empujar”.

Thanos empujó con su peso contra la barca y, por un instante, no se movió. La arena que tenía alrededor parecía restringirla tan fuerte como unas cadenas.

“¡Empuja con más fuerza!” insistió Felene, que estaba empujando a su lado.

Thanos protestó por el esfuerzo al intentar cambiar el peso, pero ahora sentía que se movía. Una flecha se clavó en la barca, y aquello fue suficiente para empujarlo a sacar las últimas fuerzas. Notó el momento en que la barca empezaba a flotar fuera de la arena y vio que Felene se metía dentro de un salto.

Seguían diluviando flechas, pero aún así, Thanos agarró todas las provisiones que pudo de la playa. No llegarían muy lejos sin ellas y los carceleros todavía tardarían en llegar a la playa. Se cargó un barril de agua al hombro y fue corriendo hacia el agua, empujando el barril, que tenía delante de él, mientras nadaba hacia la barca. Ya estaba más lejos de lo que esperaba.

Las flechas caían en el agua cerca de él, metiéndose en ella sin apenas salpicar. Lo único que podía hacer Thanos era continuar nadando.

¿Lo iba a dejar atrás Felene? Thanos no quería pensar en ello, pero apenas la conocía. El miedo se apoderó de él cuando pensó en lo que le podía suceder si ella se marchaba y lo dejaba con los carceleros. Podía incluso creerlo, pues él la había dejado atrás cuando buscaba su barca.

Entonces vio que Felene le lanzaba una cuerda desde la popa de su barco. Thanos la agarró agradecido, cargó con el barril y trepó hasta cubierta.

Seguían cayendo flechas en forma de diluvio y los guardias iban a toda prisa a la orilla para continuar disparando. Thanos agarró una caja y la levantó por delante de Felene justo a tiempo para que una flecha se clavara en la madera. Justo cuando iba a ponerse de pie, ella lo empujó a un lado mientras más astas se iban clavando en la madera de cubierta.

“Gracias”, dijo, sintiendo como iba goteando agua de él sobre la cubierta.

Vio que ella encogía los hombros. “Bueno, no podía dejar que se echara a perder agua buena. Bueno, príncipe, ya que eres tú el que me saca de esta isla, me imagino que te toca a ti decir dónde vamos a continuación. ¿Quieres volver a casa?”

Thanos negó con la cabeza. Si Ceres no estaba aquí, solo podía ayudar a arreglar las cosas allí.

“A Haylon”, dijo. “Nos vamos a Haylon”.

## CAPÍTULO TRECE

El mundo de Sartre estaba lleno de calor, dolor y odio casi a partes iguales. Se cerraba hasta parecer que no había nada más, y apenas podía hacer que su cuerpo continuara moviéndose.

“¡Más rápido, vosotros dos!” dijo bruscamente un guardia, mientras le golpeaba con una vara. Había llegado un punto que Sartre apenas sentía ya los golpes, después de tantos.

Aún así, se esforzaba por llenar su cubo de alquitrán más rápido. A su lado, veía que Bryant hacía lo mismo, aunque el chico al que estaba encadenado casi era delgado como un esqueleto y ahora estaba débil. Sartre no sabía cuánto tiempo podría sobrevivir allí su amigo.

Tampoco sabía cuánto tiempo podría durar él. Las canteras de alquitrán eran el peor infierno que podía imaginar, y más que eso. Allí el trabajo empezaba tan pronto la luz tocaba las jaulas donde los metían para pasar la noche, embutidos juntos, donde la proximidad era maloliente y violenta. No acababa hasta que era demasiado oscuro para ver y los prisioneros eran obligados a encontrar el camino entre los hoyos alquitrán con la luz de los quinqués de los guardias.

Entremedio, solo había crueldad y trabajo sin fin, tanto que Sartre apenas podía creer que alguien sobreviviera allí tanto tiempo como ellos. Al ser joven, los guardias le obligaban a cargar barriles de alquitrán caliente, alzarlos para meterlos en cubos de metal y trabajar hasta que su piel brillaba con una combinación de sudor y alquitrán frío. Ahora estaba cubierto de quemadas, así que cada vez que rozaba con la roca o con otras personas sentía dolor por ello.

Tosió cuando un estallido de gases salió del alquitrán y, a su lado, escuchaba que Bryant tosía como si los pulmones le fueran a estallar. Cuando alzó la vista, allí estaba el guardia, con la cara marcada y preparado con un látigo.

“No queda mucho para que vayáis a parar al alquitrán”, dijo el guardia. “Uno o dos días, si no me equivoco.”

Se alejó, riendo para sí mismo, y Sartre no pudo evitar sentir una ráfaga de odio por ello. Nadie debería sentir placer por una crueldad así.

“Tiene razón”, consiguió decir Bryant entre toses. “Yo no sobreviviré mucho más”.

“Entonces tenemos que encontrar una manera para salir de aquí”, le susurró Sartre.

“¿Escapar? No, ni tan solo podemos hablar de ello. ¡Si los guardias nos oyen, nos matarán!”

“¿Y eso es peor que lo que nos va a suceder de todos modos?” preguntó Sartre. “Bryant, si nos quedamos, moriremos. Si nos pillan, moriremos. Así que lo único que se puede hacer es que no nos pillen”.

“Eso es fácil de decir”, dijo Bryant. “Pero aquí vigilan a los peores criminales. Están acostumbrados a que la gente intente escapar. Estamos vigilados y encadenados durante el día, así que nunca podríamos salir de aquí. Por la noche, nos meten en jaulas y, de todos modos, tampoco veríamos los hoyos de alquitrán”.

Sartre hacía todo lo que podía para disimular el presentimiento que tenía de que el otro chico tenía razón. “Algo se nos ocurrirá” prometió. “Solo tenemos que mantenernos juntos y...”

“¡Vosotros dos!” exclamó el guardia de la cara marcada en su dirección. “¡Venid aquí! Tengo un trabajo para vosotros”.

El modo en que lo dijo hizo pensar a Sartre que a él y a Bryant no les gustaría, pero no tenían elección. Cojeando juntos, se dirigieron hacia donde estaba el guardia, que los llevó hasta donde había una carreta llena de barriles de alquitrán y el conductor esperaba impaciente con su grupo de bueyes preparados para tirar.

“Hay espacio para dos barriles más”, dijo el guardia, “así que, vosotros dos, disfrutad del placer de llenarlos y traerlos de vuelta. Y rápido. ¡Si no habéis acabado en una hora, vuestros huesos irán a parar a

los hoyos!”

Tan solo mirando los barriles, Sartes sabía lo difícil que sería aquel trabajo. Eran tan grandes que llevarlos vacíos hasta los hoyos de alquitrán ya sería un trabajo duro. Traerlos de vuelta llenos de alquitrán caliente sería casi imposible. Era un trabajo para un cuarteto de prisioneros de los más fuertes, no para dos de los más débiles.

“Intenta matarnos”, dijo Bryant, pálido al lado de Sartes.

El guardia les golpeó. “No quiero que habléis más, chico. Poneos a trabajar”.

Como era de esperar, el barril pesaba tanto que tuvieron que llevarlo entre los dos en dirección hacia el hoyo de alquitrán que el guardia seleccionó, mientras este no dejaba de sonreír. Por supuesto, no había escogido el que estaba más cerca. En su lugar, había elegido el más remoto. Estaba disfrutando con aquello.

“Poneos a trabajar”, exclamó cuando se detuvieron sin aliento en el borde. “No dije que pudieseis descansar”.

Entonces golpeó a Sartes, este golpe le escoció a pesar de la insensibilidad que tenía ante aquello. Sartes quería pelear entonces, pero no podía, no encadenado como estaba. En su lugar, se puso a trabajar, encorvándose para recoger el primer alquitrán. Pero Bryant no había empezado. A Sartes le parecía que el otro chico apenas podía respirar.

“¡A trabajar, he dicho!” dijo con brusquedad el guardia y esta vez golpeó a Bryant. “Oh, ya es suficiente. Te ha llegado la hora de ir a parar al alquitrán. A ver si tu amigo trabaja más rápido cuando vea lo que les pasa a los que fingen estar enfermos.

“¡Déjalo en paz!” exclamó Sartes mientras el guardia se dirigía hacia ellos.

“No intentes decirme lo que tengo que hacer”, respondió el guardia, clavándole el dedo a Sartes. “A no ser que quieras ir dentro tú también”.

Sartes no tenía respuesta para aquello. Y lo que era peor, vio como aparecía una sonrisa de maldad en el rostro del guardia.

“Tengo una idea mejor”, dijo. “A ver qué os parece, chicos. Uno de los dos va a ir a parar al hoyo de alquitrán y tenéis que luchar para decidir quién lo hará. Si no lucháis, iréis los dos”.

Sartes consideró las opciones, intentando pensar cómo salir de aquello.

“¡Ahora, escoria!” ordenó el guardia, y no hubo tiempo para más.

Sartes saltó sobre Bryant, peleando con él de cerca. El guardia era demasiado grande para pelear con él. Demasiado fuerte para realizar una pelea justa y siempre podía llamar a más. También iba armado con su látigo y una espada corta, lo que significaba que, aunque lucharan juntos los chicos, no podían estar a su altura. Parecía ser que la única elección que les quedaba era obedecer, pero Sartes no quería hacer daño a su amigo.

Puede que Bryant estuviera pensando en lo mismo, pero aún así seguía peleando, a pesar de ser más pequeño y más débil. Sartes sintió un rodillazo en el muslo y un puñetazo en el estómago. Quizás fue por la conmoción ante aquello, pero entonces a Sartes se le ocurrió una idea.

“Confía en mí”, le susurró a Bryant. “Y prepárate para cuando llegue el momento”.

Continuó luchando con el chico, usando su fuerza superior y empujándolo. Escuchaba cómo se reía el guardia a la vez que daba un paso atrás para que aquel par siguieran peleando. Aquella era la mejor oportunidad que iban a tener.

Sartes rodeó a toda velocidad al guardia y, como Bryant todavía continuaba inmóvil, rodeó rápidamente las piernas del hombre con las cadenas que tenía en el tobillo. Sartes saltó entonces sobre la espalda de aquel hombre grande y le tapó la boca con la mano para que no pudiera pedir ayuda. Fueron a parar todos al suelo por el impulso.

Sartes aguantaba con todas sus fuerzas, aunque aquello le costó un codazo en las costillas y un cabezazo en la cara. El mundo se limitaba a intentar resistir, ahogando las llamadas de ayuda del guardia.

Pero no podría hacerlo por mucho tiempo. Solo era un chico, intentando luchar contra un hombre. Solo el hecho que estaba concentrado en una sola cosa significaba que, hasta el momento, había salido bien. Si Bryant no veía la oportunidad...

La vio. De un vistazo, Sartres vio que el otro chico estaba de pie con la determinación escrita en su rostro y, entonces, Sartres notó que el guardia se quedaba flácido encima de él.

Parecía haber pasado una eternidad cuando consiguieron quitar aquel peso de encima suyo, pues el lío creado por las cadenas no ayudaba. Cuando consiguió ponerse de pie, Sartres respiraba como si realmente hubiera estado transportando aquel barril lleno. Vio que Bryant sujetaba la espada, mirando hacia abajo como si no supiera qué iba a hacer a continuación.

“El guardia tendrá llaves”, dijo Sartres. “Dijo que tiraría solo a uno de nosotros al alquitrán. Eso significa que tiene una llave. Ayúdame a buscar, Bryant”.

La instrucción fue útil porque, al menos, significaba que el otro chico tenía algo que hacer aparte de concentrarse en lo que acababa de hacer. Sartres recordó la primera vez que mató a alguien y, aunque había sido en defensa propia, todavía le perseguía en sueños.

“Todo saldrá bien, Bryant”, le aseguró al otro chico al encontrar la llave y desatar sus cadenas.

“No, no será así”, dijo Bryant. “He matado a uno de ellos. No sé incluso ni lo que hacen si matas a uno de ellos. Nadie se atreve a hacerlo”.

“Nosotros nos atrevimos”, dijo Sartres. “Igual que vamos a atrevernos a escapar de aquí. Rápido, ayúdame con su túnica”.

“¿Qué?” dijo Bryant. “¿Por qué?”

“Necesitamos algo que podamos bañar con alquitrán”. Algo lo suficientemente grande para tapar la boca de uno de los barriles”. Sartres intentaba pensar en la seguridad que mostraba Anka cuando daba instrucciones. En la seguridad que tenía Ceres. “Ayúdame, Bryant. Tenemos una oportunidad, pero no tenemos mucho tiempo para hacer este trabajo”.

De algún modo, Sartres consiguió inyectar suficiente seguridad en su tono para que Bryant se pusiera a ayudar, cortando la tela y untándola de alquitrán a pesar de lo que pudiera sentir. Cubrió la boca del barril con ella. No estaba perfecto, pero aún así, cualquiera que mirase dentro solo vería alquitrán y por debajo nada. Con suerte, aquello sería suficiente.

“¿Qué hacemos con... con él?” preguntó Bryant, mirando hacia el cuerpo del guardia. “Si lo encuentran sabrán lo que hicimos”.

“En ese caso, asegurémonos de que no lo encuentran”, respondió Sartres. Tuvo que hacer un esfuerzo para mover el peso del guardia él solo, pero no quería pedirle a Bryant que lo hiciera. Empujó el peso muerto del cuerpo hacia el alquitrán y soltó un gemido por el esfuerzo de empujarlo. Desapareció con el ruido mojado del alquitrán al tragárselo.

Si se hubiera tratado de otra persona, Sartres probablemente se hubiera horrorizado por lo que estaba haciendo, pero el guardia los hubiera arrojado allí vivos sin pensárselo dos veces. Esto le dio a Sartres otra idea.

Colocó con cuidado los grilletes que había llevado en los tobillos, hundiendo los extremos en el alquitrán y dejando la parte del medio enganchada en una piedra que había en el borde, donde se pudiera ver. Con suerte, sería suficiente para convencer a los vigilantes que habían ido a parar al alquitrán, suficiente para hacerles ganar algo de tiempo.

“Ahora tenemos que devolver el barril”, dijo Sartres. “Esconde allí esta espada para que no la vean”.

Era un riesgo. Sartres lo sabía. Si alguien sospechaba de ellos, necesitarían la espada para defenderse. Y, a lo mejor, si se diera el caso, una espada podría no ser suficiente. Quizás nada lo sería.

“Podemos hacerlo”, dijo Sartres, intentando tranquilizar a Bryant y probablemente a él mismo. “Solo tenemos que mantener la calma”.

Levantaron el barril entre los dos. No pesaba tanto como si estuviera lleno, pero el tener que vigilar

que no se moviera la cubierta, hacía que la llevaran mucho más despacio de lo que lo hicieron al ir.

El conductor los miraba con la mirada aburrida.

“Traed la que está allí”, dijo. “No tengo todo el día”.

La levantaron, y Sartes esperó a que el conductor mirara en otra dirección para hacer una señal. Levantó la cubierta del barril, ignorando el dolor por el alquitrán todavía caliente. Bryant pareció entenderlo y se metió dentro. Sartes se metió dentro tras él.

Cabían justos. Dos de los prisioneros más grandes no lo hubieran podido hacer, pero Sartes no era grande y Bryant estaba tan flaco después de haber trabajado casi hasta morir que apenas ocupaba espacio. Sartes puso la cubierta improvisada en su sitio con la esperanza de que tuviera el aspecto que ellos le habían querido dar.

Esperó, y el silencio provocaba una tensión que no hacía más que crecer a cada latido de su corazón. Solo podía distinguir la forma de Bryant delante de él, temblando en la oscuridad. Sartes quería tranquilizarlo, pero no podían permitirse hacer ningún ruido, ningún movimiento.

Escuchó ruidos fuera, distinguió los pasos del conductor, refunfuñando y maldiciendo mientras comprobaba la carga.

“Chavales estúpidos. Ni siquiera llenaron el último barril. Haré que los azoten cuando vuelva. Si es que todavía respiran para entonces”.

Sartes notó que Bryant se ponía tenso y le puso una mano sobre el hombro para calmarlo. Estaban a la espera en la semioscuridad del barril. Finalmente, Sartes oyó el chasquido de un látigo, el crujido de la madera y, a continuación, el retumbo de las ruedas de la carreta al girar. Sintió el movimiento por debajo cuando la carreta se puso en marcha.

Pero el miedo no lo provocaba solo que la carreta se estuviera moviendo. Sartes esperaba que, en cualquier momento, la carreta se detuviera porque los guardias se habían puesto a buscarlos. Pero no fue así. Siguió moviéndose. Continuó sin parar, durante minutos, durante más tiempo, hasta que a Sartes no le quedó más remedio que bajar la cabeza.

Vio una raja en el barril, que apenas dejaba entrar la luz. Al mirar a través de ella, le pareció ver que pasaban por el campo.

Finalmente, la carreta se detuvo y Sartes escuchó el ruido del conductor hablando con sus animales.

“Sois unos estúpidos. Espero, por lo menos, que no os larguéis mientras estoy haciendo mis cosas entre los arbustos”.

Sartes oyó el ruido del conductor de la carreta al marcharse y supo que aquella era su oportunidad. Agarró la espada, se puso de pie y parpadeó a la luz del sol mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que no estaban rodeados por guardias que estaban a la espera. En su lugar, vio un campo vacío, unos cuantos árboles y la silueta del conductor de la carreta de espaldas a ellos.

Sartes dio un salto hacia delante, al asiento del conductor. Los bueyes esperaban pacientes sin moverse, pero con el chasquido de las riendas, salieron disparados hacia delante. Con este ruido, vio que el conductor se giraba, insultándolos y corriendo hacia ellos. Sartes le pasó las riendas a Bryant y, a continuación, se puso de pie espada en mano, a la espera por si el conductor los alcanzaba. Al verlo, el hombre redujo la velocidad y se detuvo.

“¡Mequetrefes! Haré que os maten por esto”.

Sartes rio y se dispuso a cortar las ataduras que mantenían inmóviles los barriles. Uno a uno, los barriles de alquitrán rebotaron, rodaron por el duro suelo de barro y derramaron el contenido a su paso. Liberados de su carga, los bueyes salieron disparados y la carreta ganó velocidad.

“Lo conseguimos”, dijo Bryant. Sonó como si no pudiera creerlo. “¡Somos libres!”

Sartes también sentía júbilo. Pero sabía que aquel camino aún estaba lleno de horrores y que no podría descansar hasta que llegara a Delos, encontrara un lugar seguro... y encontrara a su hermana.

# CAPÍTULO CATORCE

La última vez que Thanos había llegado al puerto de Haylon, lo había hecho en un barco de guerra del Imperio. Ahora navegaba en un cementerio de sus esqueletos, con cascos quemados y restos medio hundidos que sobresalían del agua casi por todas partes a donde miraba como los huesos de criaturas marinas que hiciera tiempo que habían muerto.

“¿Qué pasó aquí?” preguntó Felene. Guiaba la pequeña barca entre los restos con la misma suavidad que la había traído a Haylon desde el principio. La pequeña barca había ido más rápido incluso que las galeras que el Imperio había traído hasta allí. “¿Quién hizo esto?”

“Yo lo hice”, dijo Thanos, el dolor de aquel recuerdo estaba todavía tan fresco como cuando prendió fuego a los primeros barcos. Si cerraba los ojos, todavía veía a los barcos quemándose y escuchaba los gritos de los hombres a los que había matado. Que aquellos hombres estuvieran allí para asesinar a los habitantes de la isla no había facilitado las cosas.

Se acercaron más a los muelles. A Thanos no le sorprendió ver que se juntaron allí hombres armados con los colores de los rebeldes de Akila. Era evidente que estarían vigilando el agua y que si veían un barco desconocido, lo más normal era que salieran a su encuentro. No querían arriesgarse con los espías.

“Parece que tenemos un comité de bienvenida”, dijo Felene. “Que me ahoguen en las profundidades, me llevas a los mejores lugares. Coge aquella cuerda”.

Thanos se había acostumbrado a Felene durante el tiempo que habían pasado en la barca. Era firme y trataba a Thanos con una especie de franqueza directa que hacía que se sintiera sorprendentemente cómodo. Era mejor que la gente de la corte que hacían reverencias y se agachaban todo el rato.

Acostumbrarse a ella significaba que también podía ver los nervios que había detrás de aquello.

“Irá bien”, dijo Thanos. “Aquí me conocen”.

No parecía convencida. “Si tú lo dices”.

Llevaron su barca hasta los muelles y Thanos vio que allí había otros barcos del Imperio, mucho menos destrozados que los que había en el puerto. Aquellos no quemaban en la memoria de Thanos, junto a los gritos de los marineros, pero imaginaba que él también era el responsable. Aquellos eran evidentemente los barcos del General Haven, de la segunda fuerza invasora.

Thanos sintió el golpe de la barca contra el muelle y saltó a la orilla para atar la barca. Al alzar la vista se encontró con un círculo de armas apuntando hacia él. Esta parte no la esperaba.

“Ya veis quién soy”, dijo. “Las armas no hacen falta. Tengo que hablar con Akila”.

“Él también querrá hablar contigo”, dijo uno de los rebeldes. “Y después decidirá qué hace con vosotros dos”.

Felene se puso al lado de Thanos de un salto. “Entonces ¿cuándo dices que te conocen, es de la misma manera que los cazadores de recompensas de las marchas me *conocen* a mí?”

“Las cosas son complicadas”, dijo Thanos, recordando la vez que Akila había ido hasta Delos. Hizo todo el viaje solo para avisarlo de que no se fiaba de lo que Thanos estaba haciendo. Al fin y al cabo, quizás no había sido tan buena idea venir hasta aquí.

Vio que Felene echaba un vistazo a los rebeldes como si estuviera calculando las oportunidades de escapar. “Mientras no sean tan complicadas como para hacerme perder la cabeza”.

Caminaron entre los rebeldes por Haylon, hasta un espacio abierto rodeado por columnas. Allí había unas mesas, dispuestas al sol y Thanos distinguió a Akila en el centro, hablando con la gente, organizando y dando instrucciones, usando la plaza del modo en que otro hombre hubiera usado una gran sala.

“Hay gente que se hubiera instalado en este castillo”, dijo Thanos mientras se acercaba.

Vio que Akila alzaba la vista y por un instante esperó un reconocimiento amable. En su lugar, Akila lo miró fijamente con una mirada dura.

“Los tiranos tienen castillos”, dijo. “Yo quería un lugar en el que la gente pudiera venir a mí. Pensaba que te había dicho que aquí ya no eras bienvenido”.

“Me dijiste que hiciera más”, respondió Thanos. “Lo hice. Hice tanto que me mandaron en un barco a la Isla de los Prisioneros. Lucio me echó por traidor”.

“Pero escapaste”, dijo Akila, bajando la vista para mirar unos documentos que tenía delante. ¿Contenían información sobre él o simplemente Akila no quería mirarlo?

“Estefanía me mostró una salida”, dijo Thanos. “Alquilé una barca para sacarme de Delos. Ella iba a venir, pero Lucio nos encontró y me contó... cosas que yo no sabía sobre ella”.

“¿Y esta es el capitán?” preguntó Akila, echando una mirada penetrante a Felene.

Thanos negó con la cabeza. “No, esta es Felene, una prisionera que conocí en la Isla de los Prisioneros. De todos modos, yo fui hasta allí porque pensé que podría encontrar a Ceres”.

“Lo último que oí”, dijo Akila, “es que Ceres había muerto”.

Aquello provocó un destello de dolor en Thanos, porque cuanto más tiempo pasaba sin encontrar a Ceres, más posibilidades había de que aquello fuera cierto. Allá donde iba, solo parecía haber la angustia provocada por su ausencia.

“Pensé que podría haber venido aquí”, dijo Thanos. “¿Has escuchado algo?”

“Yo escucho muchas cosas”, dijo Akila. “Pero ninguna sobre Ceres”.

Thanos vio que revolvía entre sus documentos.

“¿Quieres que te diga algunos de los informes que tengo?” preguntó. “Tengo informes del General Haven, que *todavía* está en las colinas, causando problemas. Este estúpido viejo a quien afirmas haber enviado me está dando más problemas de los que nadie podría haberme causado. Tengo informes de que Lord West y la rebelión se unieron para atacar Delos, pero tú no estás con ellos, ayudándolos. Tengo informes de que los traicionaron misteriosamente y de que están muriendo uno a uno mientras hablamos. Al mismo tiempo, tú estás aquí diciendo que estuviste en la Isla de los Prisioneros y que escapaste antes de que te pudieran mandar aquí. Me cuentas que la mayor serpiente de la nobleza de Delos alquiló una barca para que escaparas de allí y tú la abandonaste, que Lucio os pilló y os dejó ir... ¿sabes lo disparatada que suena tu historia?”

“Por lo menos la parte de la Isla de los Prisioneros es cierto”, dijo Felene. “Yo estaba allí. Me sacó de la isla con él”.

“Pero a ti tampoco te conozco”, puntualizó Akila. “Y aunque fuera cierto... ¿qué estás haciendo aquí, Thanos? No es solo por Ceres, ¿verdad? ¿Qué quieres?”

“Quería volver a hablar contigo”, confesó Thanos. “Quería intentar convencerte de que trajeras a tus hombres a Delos. Está muy bien triunfar en Haylon, Akila, pero ¿qué hay de bueno si permites que el Imperio continúe progresando en la puerta de tu casa? ¿Si das por perdida la oportunidad de todos para ser libres?”

Entendía la reticencia del otro hombre, e incluso sus preocupaciones sobre el compromiso de Thanos, pero Thanos también sentía que aquel momento era importante. El Imperio tambaleaba. Otro empujón y podía caer. Si esto salía bien, *todos* podrían ser libres.

“Sé que estás preocupado”, dijo Thanos, “pero esta es nuestra oportunidad. Tienes los barcos. Tienes los hombres. Ven ahora y escribirás tu propia relación con el Imperio como un amigo, más que como el hombre que se quedó quieto para cuidar de él mismo”.

Akila se quedó en silencio. Pero finalmente, dijo que no con la cabeza.

“Pides demasiado, Thanos”, dijo. “Y antes te he dicho que aquí no eres bienvenido. Mis hombres te acompañarán de vuelta a tu barca, pero después tienes que irte. Tengo que encargarme de una rebelión”.

“Una rebelión que no tiene ganas de luchar”, dijo Thanos.

Vio que un destello de ira aparecía en el rostro de Akila. “Márchate, mientras puedas”. Akila se dirigió a Felene. “Si es cierto que escapaste de la Isla de los Prisioneros, entonces aquí hay un lugar para

ti si lo quieres. Tú no tienes que pagar por los errores de Thanos”.

“Oh, yo he cometido mis propios errores”, respondió Felene. Thanos vio que miraba alrededor. “Y si dais la espalda a gente como él, este realmente no es un lugar para aquellos que han hecho las cosas que yo he hecho”.

Regresaron caminando a los muelles.

Thanos estuvo callado casi todo el rato.

“Ya está bien de Haylon”, dijo Felene. “Así que, mi príncipe, ¿a dónde vamos ahora?”

Thanos estaba allí, atónito. No podía creer que le hubieran dado la espalda. Esperaba que lo hubieran recibido como a un héroe y, en cambio, lo habían tratado como a un criminal.

Y sin su ayuda, no había modo de tomar el Imperio. No había ningún lugar al que *podieran* ir. No quedaba ningún lugar en el que pudiera estar a salvo.

Lentamente negó con la cabeza y respiró profundamente. Si no le ayudaban a tomar Delos, entonces tendría que tomarla por su cuenta.

Le echó una mirada dura, sintiendo la decisión firme en su interior.

“Hacia Delos”, dijo, con voz firme. “Saldremos hacia Delos”.



# CAPÍTULO QUINCE

Incluso en sueños, Ceres no podía huir de los muertos. No importaba lo mucho que deseara la paz, no importaba lo mucho que buscara la libertad, la perseguían.

Echó un vistazo y vio que estaba en Delos, en el centro del Stade, la arena que tenía a sus pies le resultaba muy conocida. Solo que ahora la arena era de un gris ceniza y la piedra de las gradas del mármol de las lápidas. Ceres llevaba la armadura que había usado como combatiente, la única cosa que brillaba en la arena.

Los muertos estaban allí sentados fila sobre fila, mirando hacia abajo con la silenciosa impasibilidad de los que están más allá del reino de los vivos. Tenían la boca abierta y, en lugar de los vítores de la multitud, Ceres solo escuchaba los gritos de los muertos. Cada grito le traía recuerdos, de los hombres y las mujeres muertos en la batalla, de aquellos a quienes Lucio había ejecutado.

Ceres reconocía los rostros que había allí. Vio a Anka sentada en el palco real, con las marcas de la ligadura todavía frescas alrededor del cuello. Vio a Rexo a su lado, que parecía que hacía una eternidad que había muerto. Había muchos allí, pero cada rostro traía un destello de dolor a Ceres al verlo. Los ojos se le llenaron de lágrimas al ver a Anka con la mirada fija de aquella manera, y aquellas lágrimas no hicieron más que continuar cayendo con los demás, convirtiendo la ceniza que tenía bajo sus pies en algo parecido al barro.

Apareció una figura enfrente de Ceres. El Último Suspiro blandía las espadas en forma de media luna hacia ella y Ceres apenas tuvo tiempo para dar un salto atrás, y lo atravesó con una espada que parecía estar ya cubierta de sangre. Aquel cayó al suelo y se levantó de nuevo.

Esta vez, era un soldado, que la atacaba con una lanza de cabeza ancha. Ceres se apartó a un lado sin dificultad, pero derribarlo solo significaba que se levantaría con un rostro diferente. Todo el rato, la multitud rugía en señal de aprobación con los gritos de los muertos.

Ahora había más, que no solo venían de uno en uno, sino de dos en dos y de tres en tres. Y lo que era peor, allí había figuras que Ceres no había matado, no directamente. Ahora estaba allí Garrant, con una flecha todavía sobresaliendo de su garganta. Un miembro de la rebelión se le unió, el fantasma que perseguía a Ceres en el sueño.

Ceres no quería luchar con ellos, incluso ni de aquella manera, en un lugar que no podía ser real. Dudaba, quería detener la violencia y el dolor. Aquella duda fue suficiente para que la agarraran.

Ceres chilló cuando los muertos la tiraron al suelo del Stade, sentía que el peso de todos ellos encima suyo podría aplastarla hasta matarla. A Ceres le parecía que no podía respirar, cada esfuerzo por ensanchar sus pulmones se paraba por la presión que tenía encima, pero también por el peso del dolor que la recorría, amenazando con llevarse hasta el último rastro de ella misma.

Ceres alzó la mirada hacia el palco real, donde Anka y Rexo estaban sentados como en una lúgubre parodia del rey y la reina.

“Por favor”, suplicó Ceres. “Ayudadme”.

“Tú no nos ayudaste”, respondió Anka. “Tú me llevaste hasta mi muerte”.

No era la Anka real, porque Ceres sabía que ella nunca diría algo así, pero el dolor por aquellas palabras era real, por una sencilla razón. Las merecía. Lo sabía. merecía cada ápice de dolor con la que le hicieran cargar.

No se sorprendió cuando Anka extendió la mano y giró el pulgar hacia el suelo pidiendo la muerte.

Ceres antes pensó que el peso de los muertos la estaba aplastando, pero ahora estaban amontonados sobre ella en tales cantidades que le tapaban la luz. Entre todos formaban un cielo, sin dejar que Ceres se moviera y le iban robando la vida mientras Ceres luchaba.

El instante se fue tan rápido como vino. Ceres notó que la levantaban, los muertos la alzaban como una

pluma al viento. Entonces la levantó el viento y Ceres empezó a flotar sobre Delos y vio que el Imperio se extendía a su alrededor como una manta de retales formada por campos y asentamientos.

Vio más que eso. Ceres se vio a ella misma en un campo de batalla, vestida con una armadura dorada. Vio un trono, mientras las voces aclamaban su nombre. Vio a gente común allí de pie, que parecían más felices y en paz de lo que Ceres jamás había visto a nadie.

La escena cambió, y aquel mundo era el mismo, pero diferente. Mientras el anterior era verde y dorado, este estaba formado por los colores del arcoíris. Abajo, vio criaturas que al principio le pareció que eran ciervos, pero cuando los volvió a mirar vio que de sus cuerpos salían torsos humanos. Alzó la vista al escuchar un pájaro, para encontrarse con uno que atravesaba el cielo seguido de una nube de llamas.

El mundo que había debajo de ella cambio de nuevo, iba perdiendo el color para dar paso a algo gris y muerto, con gente que se movían como si fueran sonámbulos y guardias en cada esquina. Era un mundo que más bien parecía una prisión. Ceres pensaba que no podía ser peor.

Entonces el mundo volvió a cambiar y vio que por las calles corría sangre y entendió que sí que podía ser peor.

“No lo entiendo”, dijo Ceres al cielo en el que flotaba. “¿Qué sucede? ¿De qué va todo esto?”

“Son posibilidades”.

Ceres reconoció la voz de su madre al instante. El paisaje que había alrededor de Ceres cambió de nuevo y esta vez reconoció el lugar en el que estaba. Hacía poco que había estado allí, observando el mar desde una colina, rodeada por torres de una elegante piedra. Pero en su sueño, las torres no estaban en ruinas. La Isla Más Allá de la Niebla parecía viva y completa de un modo que no lo hacía en la vida real.

Sintió una ola de amor y paz al ver allí a su madre entre los edificios. Había otras personas allí, que iban de las torres a las casas, riendo y bailando por las calles. Ceres no podía distinguir sus rostros, pero el de su madre era prístino y claro.

Ella se quedó quieta y Licina estiró los brazos para abrazarla. Incluso en aquella situación, fue suficiente para hacerle sentir segura y revivirla. Aún más, fue suficiente para convencerla de que al menos en un aspecto aquello no era un sueño.

“¿Qué significa que son posibilidades?” preguntó Ceres.

“Tú tienes un destino y un papel que interpretar”, dijo su madre. “Pero aún así tú decides cómo lo interpretas. En gran parte depende de lo que hagas. El mundo puede acabar de muchas maneras”.

Ceres negó con la cabeza.

“Es demasiado tarde”, dijo. “Ya lo he intentado. Ya he perdido. Intenté tomar Delos y todo salió mal. Mis poderes... no estaban allí cuando los necesitaba. No pude *salvar* a la gente”.

“A veces no puedes”, dijo su madre, y en su voz había el fantasma de algo más. “A veces, procuras mejorar las cosas y solo hay dolor, pero debes ser paciente y confiar en que con el tiempo podrás ayudar”.

“¿Qué es lo que puedo hacer?” insistió Ceres. “Mis poderes han desaparecido, madre”.

La sonrisa de Licina era dulce. “No han desaparecido, Ceres. Simplemente... están cansados. Gastados. Todos tenemos límites. Algunas veces límites en base a quienes somos. A veces límites basados en el destino”.

“¿Quieres decir que mis poderes no vinieron porque no formaba parte de mi destino?” exigió Ceres.

Su madre negó con la cabeza. “Es mejor no especular. Deja que te mire. Sí, estás debilitada. A veces nos sucedía, cuando lo intentábamos demasiado y tú acabas de entrar en posesión de tus poderes”.

Ceres sintió las manos de su madre mientras sonsacaba la energía que había dentro de ella. Corría entre sus manos como si se tratara de una sombra, examinándola como alguien hubiera examinado un trozo de tela por si había agujeros o por si se había escapado algún punto.

“Ahora parece que las cosas estén rotas, pero lo que se rompe puede repararse”, dijo.

“Algunas cosas no”, respondió Ceres, pensando en Anka y en todos los demás que habían muerto.

“Es cierto”, dijo Licina, con otra de aquellas extrañas notas de tristeza, “pero las cosas aún pueden mejorar. Recuerda que este don te protege, pero no es lo único que posees”.

Aquello no parecía ser suficiente.

“Todavía no estoy segura de que pueda hacerlo”, dijo Ceres.

“Puedes”, insistió su madre. “Recuerda que te quiero. Recuerda quién eres. Si tuviéramos tiempo... pero nunca hay suficiente tiempo. Tienes que regresar, hija mía”.

“De vuelta a mis cadenas”, dijo Ceres.

“De vuelta a tu destino. Recuerda lo que viste. Lo que podría ser si lo logras, y si fracasas”.

Ceres quería decir más. Quería quedarse allí, tanto para pasar más tiempo con su madre como para postergar el momento en que se encontraría encadenada de nuevo. Sin embargo, el sueño ya se estaba desvaneciendo. La luz entraba por la ventana de su celda, el sol de la mañana la hacía parpadear mientras empezaba a despertar.

Ceres escuchó el ruido de pies calzados con botas fuera de su celda mientras ella estaba colgada de sus cadenas. Intentó levantar la cabeza para ver lo que sucedía, pero apenas tenía fuerza para hacerlo.

Escuchó el ruido de la madera al golpear contra la piedra cuando se abrió la puerta. Cuatro guardias se apiñaron en la celda, todos con un gesto que prometía violencia, a pesar de las medias capuchas que llevaban.

“Es la hora de morir”, dijo uno.

“Casi”, añadió otro. “Antes tenemos algo de tiempo”.

“Por lo menos, el tiempo suficiente para hacerte gritar”, añadió un tercero.

“El tiempo suficiente para divertirse un poco”, dijo el último. “El Príncipe Lucio dijo que teníamos que matarte, pero no dijo cuánto tiempo teníamos que tomarnos para ello”.

Los cuatro fueron hacia delante y Ceres luchaba contra las cadenas que la sujetaban. Entonces sintió miedo de verdad, no solo por el hecho de que aquellos hombres habían ido allí para matarla, sino por todo lo demás que evidentemente tenían pensado hacer.

“¿Podemos rajarla antes de empezar?” preguntó el primero. “Siempre me gusta cuando sangran un poco”.

“Después”, insistió el segundo. “Después, podemos pegarla, azotarla con el látigo... todo lo que queramos”.

“O simplemente cortarle el cuello”, dijo el tercero.

El segundo negó con la cabeza. “¿Y qué dirá el Príncipe Lucio cuando inspeccione el cuerpo y no encuentre señales en él? No, lo haremos meticulosamente”.

Entonces estiró el brazo hacia Ceres y su mano le rozó la mejilla. Ceres se encogió hacia atrás, empujándose contra la pared como si pudiera atravesarla intentándolo lo suficiente.

Sintió las manos de los demás sobre ella, empujándola para que se quedara quieta contra la pared, sujetándola allí con tanta firmeza como las cadenas, para que no pudiera ni intentar escapar de ellos.

“Dicen que es la favorita del Príncipe Thanos”, dijo uno.

“Todas son iguales cuando gritan”.

Ceres se dijo a sí misma que no gritaría. Que encontraría un modo de luchar, aunque lo único que consiguiera fuera que la mataran más rápido. Quizás incluso sería mejor de aquel modo.

Entonces lo notó: la misma sensación que había tenido cuando su madre estuvo con ella en su sueño. La misma sensación que había tenido cuando su madre había pasado la energía de Ceres a través de sus manos con la misma facilidad con la que respiraba. Ceres sintió la presencia de su madre en aquel instante y, en el mismo instante, su poder cobró vida.

La energía la atravesó como un estruendo, parecía tan conocida como un perro fiel que regresa corriendo tras mucho tiempo fuera. Dio un chasquido como un rayo oscuro a través de las venas de Ceres

y sintió la fuerza que traía consigo, la vitalidad. En aquel instante, todo el cansancio y la debilidad que había en ella se disiparon.

Más que eso, era fácil dar forma a la energía que chisporroteaba en su interior, era fácil emitirla casi sin pensarlo, trazando un arco por el contacto entre ella y las manos de los guardias que buscaban vilmente. Un instante, Ceres se echaba hacia atrás para evitar su contacto, y al otro, ellos se quedaron quietos, totalmente inmóviles.

Tan inmóviles como la piedra que ocupaba ahora el lugar de su carne.

Ceres miró fijamente a las estatuas que había allí, con las expresiones atrapadas, perfecta y permanentemente, entre la crueldad y la conmoción. Intentaba sentir algo de arrepentimiento por lo que acababa de hacer, pero no sentía más que odio por ellos.

Ceres reunió su fuerza para ella. Ahora tenía suficiente para romper las cadenas que la sujetaban, dejando el rastro de sus extremos colgando mientras apartaba las estatuas de su camino con un empujón. Ceres se quedó quieta por un instante, sintiendo que el poder crecía en ella.

Salió corriendo.

No conocía lo suficiente la distribución del castillo para estar segura de cómo salir, pero podía imaginársela. Ceres fue en dirección hacia abajo, y hacia fuera, en dirección a los extremos del castillo, intentando evitar a los sirvientes y a los guardias.

Aún así, empezó a escuchar voces que gritaban detrás de ella.

Ceres continuó corriendo, girando al azar, deducía que si ella no sabía hacia dónde iba, tampoco lo harían los que la perseguían. Corrió a lo largo de un pasillo, que llevaba hasta un pequeño balcón. Por debajo, corría un profundo canal, en un turbio silencio.

“Por aquí no es”, dijo Ceres, y dio la vuelta, pensando en una manera mejor de escapar.

Pero era demasiado tarde para eso. Unos guardias ya se acercaban por el pasillo con las espadas desenfundadas. Una parte de Ceres quería luchar, pero lo cierto era que no sabía si sus poderes resistirían o no. No podía arriesgarse.

Solo podía hacer una cosa.

Con cuidado, casi con delicadeza, Ceres se subió al borde del balcón y miró hacia el canal.

*Espero que sea tan profundo como parece.*

Saltó.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

Por primera vez desde que partió de Delos, Thanos no sabía qué hacer. Al marchar, tenía una misión: iba a encontrar a Ceres. Después, al ver que no estaba en la Isla de los Prisioneros, lo lógico parecía ser ir hasta la rebelión de Haylon.

Ahora, iba a la deriva, sin estar seguro de qué hacer a continuación. La barca hacía lo mismo, Felene pescaba en proa, aparentemente feliz de perder el tiempo con la vela bajada, yendo a la deriva cerca de las pequeñas islas próximas a Haylon. Mientras Thanos observaba, ella sacó un espinoso pez arcoíris, aparentemente despreocupada por todo lo que les rodeaba.

Thanos deseaba que las cosas fueran igual de fáciles para él.

“Eh, príncipe, ¿hacia dónde vamos?” preguntó Felene mientras miraba hacia atrás por encima del hombro. “¿Todavía a Delos, o vamos a la deriva hasta que toquemos tierra?”

“¿Eso es un término náutico?” preguntó Thanos, pero el intento de probar con el humor no disfracó la indecisión que había detrás. Había dicho Delos solo porque era su hogar. No había pensado más allá.

“Podría gritar *tierra a la vista* cuando así sea, si sirve de ayuda”. Felene limpió el pescado con destreza y Thanos vio que las gaviotas se reunían por encima de la barca. “Ahora en serio, ¿tienes un plan que no sea que nos maten a los dos, nos arrojen a una isla o nos metan en la cárcel?”

Thanos notó la preocupación en aquellas palabras. Debía admitir que él también sentía un poco. Haylon era el lugar más seguro al que ir. Delos... bueno, Delos era cualquier cosa menos seguro.

“No tenías por qué venir conmigo”, puntualizó Thanos.

“Esta es mi barca”. Como para que quedara más claro, empezó a alzar la vela, y la barca se puso en movimiento.

“Podría haber encontrado otra”, dijo Thanos. “Akila podría haber ayudado a esto, por lo menos”.

Eso esperaba. Después de todo lo que habían pasado juntos, costaba creer lo poco que Akila confiaba ahora en él. Pensaba que otro hubiera visto la fuga de Delos de Thanos como prueba de su compromiso, pero no había sido así. Thanos había ido en busca de aliados; en cambio, estaba solo, o prácticamente solo.

“¿Por qué me seguiste?” volvió a preguntar Thanos. “Podrías haberte quedado allí. Podrías haber partido sola en tu barco. Podrías haber ido a cualquier lugar, pero elegiste venir conmigo”.

Felene le lanzó una sonrisa. “¿El poderoso príncipe piensa que estoy enamorada de él? Siento ser portadora de malas noticias, pero no eres mi tipo”.

Thanos quería decir que ni lo había pensado, pero pensó cómo podía acabar aquello, dadas las ganas de Felene de ir con él. Debía admitir que le hería un poco el orgullo que lo despreciaran con tanta rapidez.

“Si no es eso, ¿qué es entonces?” preguntó Thanos, y algo debió notar en su tono, pues vio que Felene sonreía con suficiencia.

“Bueno, está la parte en la que estoy en deuda contigo”, dijo Felene, “y yo pago mis deudas. Bueno, cualquier deuda que no sea con vendedores de vino o sastres. Además, ¿cómo iba a encajar en una banda tan bien organizada como esa?”

“¿Estás diciendo que soy desorganizado?” preguntó Thanos.

“Estoy diciendo que habrán muchas más oportunidades de divertirse y de aventura contigo que en una isla intentando acabar con el lapa de algún general”.

¿Realmente fue eso lo que hizo que una antigua prisionera le siguiera?

“Pero ambos nos sentiremos menos incómodos si no vuelves a sacar ese rollo romántico otra vez”, sugirió Felene. “Como te digo, no eres mi tipo. Y tú eres un hombre casado”.

Estefanía. Solo pensar en su nombre, hacía que Thanos se pusiera tenso, atrapado entre lo que había

hecho y todas las cosas que podría haber hecho en cambio. La podría haber llevado con él. Podría haber visto cómo la ejecutaban por lo que había intentado hacerle. La podría haber protegido de Lucio.

Al menos, podría haber intentado proteger a su hijo engendrado.

“Es complicado”, dijo Thanos.

“Bueno, quizás puedes tomarte un tiempo para pensarlo mientras levantas el resto de las velas”, dijo Felene, señalando. “Tenemos que ponernos en marcha, pues tenemos visita”.

Thanos miró en la dirección que le indicaba, y vio un punto que lentamente se iba convirtiendo en un barco.

“¿Nos han visto?” preguntó Thanos.

“Vienen directos hacia nosotros, así que dudo que sea una casualidad”, respondió Felene.

“¿Son piratas?” preguntó.

Más probablemente imperiales acordonando la isla. No son gente con quien queramos encontrarnos en cualquier caso”. Felene hizo un gesto hacia las cuerdas. “No te quedes allí, empieza a tirar”.

Dio la orden con tanta naturalidad como si Thanos fuera un marinero común.

“¿Podemos huir de ellos?” preguntó Thanos.

“¿Huir de lo que parece una galera con dos grandes velas y tres bancos de remos?” dijo Felene. “De ninguna manera. Pero podemos ir a sitios que ellos no pueden. Sujétate”.

Thanos se agarró a la baranda de la barca mientras ella daba un tirón al timón, y apenas tuvo tiempo de agacharse cuando la vela volteó. El mar abierto dio paso a ver tierra cuando la barca señaló a unas pequeñas islas que había por allí cerca.

“¿Vamos a meternos entre medio de ellas?” preguntó Thanos.

“Si no puedes escapar de las cosas, y si no puedes luchar contra ellas, también puedes intentar algo de locos”, dijo Felene.

“¿Así que esto es de locos?” preguntó Thanos. “Eso no me tranquiliza, Felene”.

“Oh, estoy segura de que irá bien”, respondió ella. “Puedo ir por sitios menos profundos y acercarme más a la orilla que aquella monstruosidad. Bueno, probablemente. Y si no, gritaré *tierra a la vista* antes de lo que pensábamos. Venga, relájate. Esto está muy lejos de lo más loco que he hecho”.

Aquello tampoco era particularmente tranquilizador, pero realmente no parecía haber ninguna opción mejor. Su pequeña embarcación se coló cerca de las islas esparcidas más adelante como si fueran las migas de la mesa de un gigante, saltando las olas mientras Thanos se agarraba con todas sus fuerzas.

“¡Aquella cuerda, tira cuando te lo diga!” exclamó Felene. “¡Antes no!”

Thanos se preparó, se agarró y colocó los pies inmóviles contra la cubierta. Tras ellos, la galera iba avanzando. No había manera de escapar de ellos, pero la pequeña barca se coló en un espacio entre rocas afiladas, y Thanos vio que Felene tiraba del timón.

“¡Ahora!” exclamó, y Thanos notó la prisa en sus palabras.

Thanos tiró de la cuerda con toda la fuerza que pudo reunir. Su aspereza le quemaba las manos, pero ignoró el dolor y continuó tirando. Vio que la vela se enrollaba brevemente, la ausencia de viento aplacó la fuerza que los empujaba hacia delante por un instante. Durante aquella quietud, Thanos sintió que la barca daba vueltas, siguiendo una ruta aparentemente imposible entre las rocas.

“No te quedes ahí mirando”, exclamó Felene. “Esto no ha hecho más que empezar. A aquel lado, necesitamos el lastre. Y vuelve a alzar esa vela. No quiero que estemos a su alcance cuando se acerquen”.

Thanos se lanzó al otro lado de la barca, para contrarrestar la brusquedad del próximo giro. Había algo puro, algo limpio en el hecho de actuar simplemente, en no tener que pensar qué vendría a continuación cuando podía limitarse a reaccionar.

“¿Sabes que mi padre nos abandonó cuando solo era una niña?” chilló Felene mientras tiraba de la barca hacia un lugar tan estrecho que si Thanos hubiera estirado el brazo, podría tocar el áspero muro de

roca que estaba más cerca de él.

“¿En serio que este es el momento?” replicó Thanos.

“¡Algunas cosas son importantes!” respondió chillando Felene. “Echando la vista atrás, es evidente que era un vago borracho, pero cuando eres un niño no lo ves. Un día se marchó y nunca supimos por qué. Yo pensé que todo era culpa mía. Rápido, baja la cabeza. El foque otra vez”.

Thanos se agachó cuando el mástil cruzó, lo suficientemente cerca que pensó que podía sentirlo al pasar. Así *no* era como hubiera esperado tener esa conversación.

“¿Así que eso es lo que te llevó a una vida de crimen?” supuso Thanos cuando salieron a lo que parecía ser agua cristalina.

“¿Qué?” dijo la antigua prisionera frunciendo el ceño. “¡No! ¡Lo hice porque *aquello* me divertía! No quería decir eso”.

“Entonces ¿qué querías decir?” preguntó Thanos.

Parecía que Felene iba a responder, pero la galera escogió aquel momento para girar en las pequeñas islas entre las que se habían metido a toda velocidad. Thanos aguantó la respiración cuando vio una catapulta en la parte delantera de la galera, con un bulto en llamas preparado allí para ser disparado. Si aquello tan solo rozaba su barca, se hundiría rápidamente. Por primera vez durante esa persecución, Thanos tuvo finalmente suficiente tiempo para sentir miedo.

“Por allí”, dijo Thanos, señalando a otra colección de pequeñas islas. Allí los espacios eran más anchos, pero quizás aquello sería bueno.

Felene asintió, estaba claro que lo comprendía. Thanos notó que la barca salía disparada hacia delante bajo la guía de ella.

“Bueno, a lo que iba”, dijo ella, como si todo aquello fuera tan normal como pasear por la calle. “Me imagino que lo que sucede es que hay cosas que no se hacen. Pensaba que, al ser noble, lo sabrías todo sobre ellas”.

“No has conocido a los mismos nobles que yo”, dijo Thanos.

Tras ellos, vio que la galera disparaba. El bulto en llamas dibujó un arco en el aire y, por un instante, parecía que el mundo se quedaba inmóvil. Afortunadamente, su pequeña barca no lo hizo, apartándose a un lado mientras el misil emitía un rocío de vapor al impactar contra el agua.

“He conocido a algunos. Niñas atontadas, todas bonitas a su manera, pero sin pizca de gracia cuando piensan que el mundo gira a su alrededor. Chicos que piensan que toman todo lo que quieren y no hay consecuencias”.

Thanos se puso tenso cuando se zambullían en su nuevo escondite, su barca se deslizó hacia una laguna rodeada por afilados peñascos.

“Pensaba que habías acertado al venir hacia este lado”, dijo Thanos.

Al principio, Felene no respondió, en su lugar, miró hacia atrás. Thanos miró a la vez que ella mientras la galera intentaba alcanzarlos. Estaba claro que el espacio más ancho de la laguna había convencido a su capitán de que allí podían dar caza a su pequeña barca, pero las rocas que había bajo el agua eran muy traicioneras.

La galera se zambulló tras ellos, pero aquellas rocas se clavaron en ella como dientes, haciéndola trizas desde abajo. Thanos escuchó el chirriar de la piedra sobre la madera cuando las rocas empezaron a romper en pedazos el barco de sus perseguidores. Vio que se inclinaba a un lado de forma poco natural, sus remos daban marcha atrás.

Se quedó allí, observando el destrozo, observando cómo los hombres corrían por cubierta, intentando recuperarse de lo que acababa de suceder. Mientras observaba, sabía que no lo harían. Lo mejor que les podía pasar era que consiguieran llegar a la isla más próxima.

Sabía que aquellas serían más muertes sobre su conciencia si no lo conseguían. Más para añadir al cómputo que había empezado en Haylon, sino antes.

“Siempre hay consecuencias”, dijo Felene, mientras sacudía el timón para mandar su barca hacia otro hueco. “Siempre se acaban pagando, aunque solo sea contigo mismo. Las deudas, ¿recuerdas?”

Thanos no estaba seguro de si debía seguir el consejo de una criminal confesa. E indudablemente no estaba seguro de si en medio de una persecución como aquella había sido el mejor momento para discutirlo. Solo había un problema:

Felene tenía razón.

Tenía una esposa esperándole en Delos. Una esposa a la que había abandonado mientras estaba gestando a su hijo. Sí, lo que ella le había hecho era imperdonable, pero él había actuado como un cobarde. Había decidido no llevarla con él. Había decidido abandonarla con Lucio. Había permitido que su ira y su indignación se llevaran lo mejor de él. Había abandonado a su esposa para perseguir el sueño de Ceres.

“Por esta expresión”, dijo Felene, “¿deduzco que, después de todo, volvemos a Delos?”

Thanos asintió. “A Estefanía le debo más que eso. Quizás... quizás las cosas no puedan nunca ser como eran, pero puedo hacer que algo funcione”.

“Existe el problema secundario de que te declararon traidor”, señaló Felene. “También que a mí me buscan en relación con... bueno, un montón de cosas. Pero sobre todo el asunto de la traición”.

“Encontraré una manera”, dijo Thanos. “Quizás pueda sacar a Estefanía de allí”.

“¿Viajar con un príncipe y una hermosa princesa?” dijo Felene. “¿Qué tal se le da tirar de las cuerdas?”

“Lo odiaría a cada minuto”, respondió Thanos y, al decirlo, supo que de aquella forma no funcionaría. Estefanía necesitaba comodidad y protección. Sí, era más dura de lo que él había pensado, pero no podían criar a su hijo a no ser que encontraran un lugar seguro al que escapar.

“Bueno”, sugirió Felene, “puede que las cosas se hayan ido apagando. Esto sucede con vosotros los nobles. Una vez conocí a una duquesa, de uno de los principados de más allá de la Espina. Exiliada de su tierra por alguna que otra conspiración, me contrató para hostigar sus puertos. Entonces todo cambió, algún pariente murió o algo así, regresó a casa como una heroína y yo tuve que largarme rápido”.

Thanos dijo que no con la cabeza. “No creo que sea tan simple”.

Estaban pasando demasiadas cosas en el Imperio para ello y, dado quién era su padre, Lucio no lo dejaría escapar.

“¿Pero aún así volvemos?” dijo Felene. “Porque por lo que dices por ahora suena como un plan peor”.

Thanos hizo una pausa. Sabía que Felene tenía razón. No podía tomar rumbo a Delos sin un plan y esperar que todo resultara perfecto. Pero Felene había dicho más que aquello.

“Tengo que hacerlo”, dijo Thanos. “Y como tú dijiste, a veces la locura es necesaria”.

“Regresar es peligroso”, dijo Felene. “La locura es... que no solo vas a regresar, ¿verdad?”

Thanos negó con la cabeza. “Va más allá de eso. Si puedo sacar a Estefanía sin dificultades, lo haré, pero ahora la tendrán vigilada. Así que probablemente tendré que hacer las cosas de otro modo”.

“¿De qué otro modo?” preguntó Felene.

“Iré hasta el rey”, dijo Thanos. “Y ofreceré mi sumisión. Si no la acepta, ofreceré mi vida por la de ella. Como tú dijiste, hay cosas que no se hacen, y dejarla atrás es una de ellas”.

Se sintió mejor al decirlo. Ahora las palabras ya habían salido, de algún modo parecía real. Evidente.

“¿No vas a intentar convencerme de que no lo haga?” preguntó Thanos.

Vio que Felene se encogía de hombros.

“Tal y como yo lo veo, en el peor de los casos, tendré que huir con una princesa e intentar convencerla de los placeres de la vida de pirata”. Hizo una amplia sonrisa. “Además, siempre me gustaron los planes locos”.



# CAPÍTULO DIECISIETE

El Rey Claudio estaba sentado solo, reflexionando sobre la vida. Reflexionando sobre la muerte. Era extraño como, cuanto mayor te hacías, más unidas parecían estar la una con la otra. Estaba en sus aposentos privados, con la espada desenfundada sobre las rodillas, tal y como la tenía cuando Thanos había ido hasta él. En aquel momento, al pensar en lo que le había hecho a su hijo, no podía sentir otra cosa que no fuera vergüenza.

Por entonces, ya haría tiempo que Lord West estaría muerto. Aquel pensamiento traía consigo el oscuro dolor de la tristeza, pues había sido un hombre bueno, honesto. El Rey Claudio siempre había visto en Lord West todo a lo que un noble puede aspirar. ¿Qué decía eso de él?

Ya hacía rato que pensaba en ello, sentado en sus aposentos, con los rostros de sus antepasados mirándolo en piedra esculpida desde sus nichos.

“¿Alguna vez os sentisteis así?” se preguntó en voz alta. “¿Alguna vez mirasteis las cosas que hicisteis y os disteis cuenta de que hacíais más bien que mal?”

No podía imaginarlo. Solo pensar en los nombres de sus antepasados. Cleo Puño de Hierro, el cual destrozó las tierras del bosque de la parte este del Imperio, dejando a los enemigos colgando de todos los árboles y arrasando tanto que ahora los granjeros hacen pastar a sus rebaños allí. Barathon el Violento, que luchó en treinta duelos contra aquellos que lo retaron, perdiendo solo el último, contra el hijo al que no había matado.

“¿Y qué dirán acerca de mí?” se preguntaba Claudio. Quizás que era el peor de todos. Que en su reino teñido de sangre, el Imperio se hizo trizas de tal manera que nunca volvió a ser el mismo. Que nunca hubo un gobernante tan cruel y deshonesto.

Aunque aquello no era cierto, ¿verdad?

“Aunque todavía falta por venir mi hijo”, dijo Claudio a los fantasmas de sus antepasados. Haría que todos ellos queden en nada.

Se puso de pie al oír el ruido de la puerta al abrirse, y vio que el sirviente que entró se encogía de miedo al verlo. Quizás era por la espada, pero Claudio dudaba de que solo fuera eso. Incluso sin ella, ¿cuántas veces se habían encogido los sirvientes y los esclavos? ¿Cuántas veces había llamado a las chicas del servicio, solo para sentir su miedo?

“¿Qué sucede?” preguntó Claudio.

“P-perdone, su majestad. Sé que no quería que le molestaran... se trata de...”

“Suéltalo, hombre”, dijo bruscamente Claudio por instinto, y el sirviente literalmente se encogió contra la pared y no dijo nada.

Aunque Claudio podía imaginar lo que hacía allí. Era el pobre desafortunado, que estaba lo suficientemente abajo en la escalera para que le ordenaran ir a sus aposentos incluso después de que él hubiera dicho que no debía entrar nadie.

Alguien lo había mandado para que comprobara si el rey todavía respiraba y estaba bien. Posiblemente su mujer, o su hijo, aunque en realidad era más probable que se tratara de uno de sus guardias. Athena y Lucio estaban perfectamente felices dedicados a sus propios empeños sin que él estuviera allí. Posiblemente demasiado felices, dado lo que algunos de aquellos esfuerzos suponían.

Solo el hecho de ver allí al sirviente fue suficiente para que Claudio supiera lo que debía hacer. Lo que debería haber hecho hacía años.

“Ve a buscar agua y una jofaina”, le ordenó al hombre. “Haz que me traigan mi ropaje también”.

“¿El de oro, su majestad?”

El Rey Claudio negó con la cabeza. “El de negro de luto. Sin joyas quitando una simple diadema. Después de tanta muerte, este no es momento para la elegancia. Y dile a mi chambelán que anuncie que

hablaré desde mi balcón al mediodía. Al pueblo se le permite salir a las calles a escuchar. Y trae papel. Esto debe decirse bien”.

“Sí, su majestad”, dijo el sirviente, marchándose a toda prisa para poner en práctica las instrucciones.

El Rey Claudio se preparaba, observándose a sí mismo en el espejo probablemente por primera vez en días, realmente *mirándose* a sí mismo como si fuera por primera vez.

El hombre que veía no era el hombre que había esperado ver cuando era más joven. No porque de más joven hubiera concebido la posibilidad de llegar verdaderamente a mayor. Si hubiera pensado en ello, Claudio imaginaba que se hubiera visualizado a sí mismo como un hombre gigante de espalda ancha, con solo unas cuantas canas moteando su barba, más fuerte que nunca y universalmente amado.

El tiempo demostraba la certeza de aquellas cosas como únicas en el mundo.

Claudio hizo lo que pudo con la ropa que tenía, llamó a un barbero para que le recortara la barba hasta dejarla de nuevo pulcra, intentando disimular las bolsas oscuras que tenía alrededor de los ojos. Escogió ropa seria y elegante de entre la que le ofrecieron y sonrió al darse cuenta de que llevaba el tipo de cosa que Lord West prefería. Quizás hoy era lo adecuado, con la muerte de su viejo amigo tan reciente.

También hizo otros preparativos, apuntó sus pensamientos para ordenarlos. Pero, básicamente, ya sabía lo que tenía que decir y hacer.

“Su majestad”, dijo el sirviente que había tenido la suficiente valentía para entrar en la habitación. “Ya queda poco”.

Claudio miró a través de sus ventanas y, en efecto, el sol ya estaba alto en el cielo. Era la hora. Al salir a su balcón, solo esperaba que su pueblo hubiera venido para escucharlo hablar.

Lo habían hecho. Claudio sintió un instante de recelo cuando vio el mar de gente que había allí. Normalmente, ver a tantos campesinos hubiera provocado miedo de verdad ante la expectativa de una revuelta, una rebelión, o algo peor. Desde luego, no hubiera sentido ninguna conexión con ellos o preocupación por ellos.

Pero ahora veía lo delgados y demacrados que estaban algunos de ellos. Veía a los niños que parecía que no habían comido durante días y, por una vez, no sintió el deseo de culpar a sus padres por su indolencia. Ellos no lo habían causado.

“Pueblo mío”, dijo el Rey Claudio y, por una vez, así lo sentía. “Los últimos meses han sido duros para vosotros. Lo sé. Habéis pagado mucho por el conflicto con la rebelión”.

En otro momento, lo hubiera dejado aquí, pero pensó en todas las cosas que había ordenado hacer y en la indulgencia que había demostrado a Lucio ante sus acciones. Veía como miraban fijamente hacia arriba en silencio, a la espera de otro impuesto, otra ronda de reclutamientos y continuó.

“Os *he* hecho daño. He tomado vuestras propiedades para costear nuestros banquetes. Nos hemos llevado a vuestros hijos para que lucharan en nuestras guerras. Os hemos matado como si fuerais los enemigos que deben ser destruidos, no los sujetos que deben ser protegidos. Bien, esto acaba hoy”.

Sintió el cambio en la multitud que había allá abajo. Ahora estaban en silencio, escuchando desde otra cosa distinta al miedo.

“El tiempo de derramar sangre ha pasado”, dijo. “Luchamos contra la rebelión, pero el precio de hacerlo fueron vuestros hogares y vuestras vidas. No podemos recuperar a los muertos, pero os prometo que mis soldados reconstruirán todas las casas quemadas, devolverán cada hogar robado”.

Esto provocó un murmullo en la multitud, como si no pudieran apenas creer lo que estaban escuchando. Aquello, más que cualquier otra cosa, le decía a Claudio lo necesario que era.

“Ya no habrá más tomas arbitrarias de vuestros bienes”, dijo el rey. “De ahora en adelante, se recuperarán los antiguos diezmos y no se os quitará nada más que eso”.

Eso provocó un ruido de aprobación.

“Respecto a lo que queda de rebelión, me he dado cuenta de que cuando se trata de nuestros enemigos,

tenemos que elegir: podemos destruirlos totalmente o podemos hacerlos amigos nuestros. La segunda opción siempre me pareció una señal de debilidad y algo que invitaría a nuestra propia destrucción. Pero ahora creo que lo que nos está destruyendo es continuar esta guerra sin sentido. Todos los rebeldes que se capturaron hasta la fecha, se liberarán y no se buscará venganza por la guerra”.

Aquello trajo un grito de alegría, más grande de lo que Claudio había escuchado en mucho tiempo. Había escuchado ovaciones tras las batallas y ovaciones forzadas de los labios de los ciudadanos obedientes. Pero aquello era más. Era la ovación de un pueblo que veía que les retiraban el pesado yugo que tenían sobre el cuello. Era la ovación de un pueblo al que le acababan de decir que iba a ser libre.

Sin embargo, para que aquello fuera cierto, al menos una cosa más debía cambiar.

“Ven conmigo”, le dijo a su guardaespaldas. “Todavía hay trabajo por hacer hoy”.

“¿Hacia dónde, su majestad?” preguntó el hombre.

“A la sala de los sabios”, respondió Claudio. “El Viejo Cosmas y yo tenemos que hablar”.

Hacía mucho tiempo que no había bajado por el castillo hacia su biblioteca. Cuando era joven, había leído los tomos de todos los sabios ilustrados, desde los estrategas hasta los filósofos. Había mirado con atención los mapas de las tierras que había más allá del mar, preguntándose cómo serían los desiertos de Felldust o las rutas de los piratas de las Ciudades Libres.

Al hacerse mayor, las responsabilidades se habían metido en el camino. Tenía un imperio que gobernar. No le quedaba tiempo para leer o para la clase de estudios a los que el Viejo Cosmas lo había intentado empujar siempre.

Le llevó un rato bajar hasta la sala de los sabios. El tiempo suficiente para que Claudio se hubiera replanteado lo que iba a hacer a continuación, aunque a cada paso estaba más seguro de que era lo correcto. Incluso los gritos de alegría de la multitud que había allá abajo lo decía, resonando como lo hacían todavía en los pasillos del castillo.

“Construí un legado”, se dijo a sí mismo. “Puedo reconstruir otro”.

“¿Su majestad?” dijo su guardaespaldas.

Claudio negó con la cabeza. “No tiene importancia. ¿Cómo te llamas, soldado?”

“Krin, su majestad”.

“¿Y cuánto hace que estás a mi servicio?”

“Cerca de diez años, su majestad”.

Cerca de diez años y Claudio no sabía su nombre. Sí, muchas cosas tenían que cambiar.

Llegó a las puertas de la sala de los sabios, entró y echó un vistazo a su alrededor a los montones de libros y pergaminos. Divisó a Cosmas al fondo, trabajando probablemente en la copia de un pergamino original, o quizás en algún fragmento de su trabajo continuo comparando lenguas que hacía tiempo que habían muerto.

“Espera fuera”, le dijo Claudio a Krin. El guardaespaldas asintió y fue hacia la puerta. Pero el sabio real no alzó la vista. “¿Cosmas? *Cosmas*”.

“Hmmm... oh, disculpe, su majestad. ¿Hace tiempo que se espera?”

No hubiera aceptado eso de nadie más, pero Cosmas siempre había sido así. “No mucho. ¿Estás trabajando en algo en particular?”

“Encontré un tratado breve sobre las pictografías de la gente del valle del Desierto Menor”, respondió Cosmas. “Creo que una vez hablamos de ellos. Tienen unas costumbres fascinantes para sus entierros”.

Posiblemente habían hablado de ellos, en algún punto del pasado que hacía tiempo que había olvidado. Era el tipo de cosas para las que Cosmas tenía buena memoria, mientras que a Claudio le habían sucedido mil y una cosas desde entonces.

“Pero me imagino que esto no es a lo que ha venido”, dijo Cosmas. Claudio lo observaba mientras dejaba a un lado su aguja. “¿Cómo puede ayudarle un viejo sabio, su majestad?”

Claudio cogió aire. “Hace mucho tiempo, vine hasta ti y te ordené que borraras documentos, que se

perdieran, que los reordenaras. Hiciste lo que te ordené, pero imagino que te dolió hacerlo, Cosmas”.

“¿Seguir las instrucciones de mi rey?” respondió Cosmas. Hizo una ligera reverencia con la cabeza. “Sí, fue... poner a prueba mi compromiso con el conocimiento el ayudar a esconderlo”.

“Pero lo hiciste, de todas formas”, dijo Claudio. Ahora era el momento. “¿Y si te pidiera que lo enmendaras?”

“¿Qué me está ordenando exactamente?” preguntó Cosmas, y Claudio pudo escuchar su prudencia. Por supuesto que podía. Le había prohibido a aquel anciano que hablara de eso con nadie.

“He estado pensando mucho desde que Lord West vino a mí”, dijo.

“Cuentan que fue hacia el bloque como un valiente”, respondió Cosmas.

Claudio negó con la cabeza. “Por supuesto que lo hizo, pero no se debería haber llegado nunca a eso. He escondido demasiado, a mí mismo y al mundo. Deseo reconocer a mi hijo”.

Vio que Cosmas levantaba las cejas. “¿A su hijo?”

Claudio comprendía la reticencia, pero aquel era un momento para actuar, no para esperar. “No se trata de jugar a juegos, Cosmas. Quiero que escribas de nuevo a Thanos dentro del linaje del Imperio, donde le toca estar. Deseo que se sepa que es mi hijo. Mi hijo primogénito”.

Cosmas repiqueteó los dedos sobre el escritorio. “¿Es consciente, su majestad, de que esto lo convertiría en... su heredero?”

Un acto que traería consecuencias, sin duda; por no hablar de la disconformidad de Athena. Pero lo cierto era que todas las acciones tenían consecuencias, y las de las acciones que había llevado a cabo desde hacía años habían torcido todo el curso del Imperio desde entonces. Con Thanos como su heredero, quizás no hubiera habido alzamiento. Quizás todo hubiera sido diferente.

“Sé lo que esto significará”, dijo Claudio. “Significará que todo cambiará. Significará que nada volverá a ser lo mismo. Pero, a veces, las cosas tienen que cambiar y aquí hace mucho tiempo que es necesario. Dale a Thanos el lugar que merece en las crónicas del Imperio”.

“Por supuesto, su majestad”, entonó Cosmas, y cogió de nuevo su aguja.

“Gracias”, dijo Claudio, a pesar de que siempre había pensado que los reyes no agradecían a la gente que hicieran lo que se les ordenaba. Quizás también era el momento de cambiar aquello. “Si me necesitas, estaré en mis aposentos, encargándome de la otra mitad de este asunto”.

“¿La otra mitad de este asunto, su majestad?”

Claudio asintió.

“Debo llamar a mi otro hijo y contárselo”.

“¿Contarle qué, su majestad?”

Tras un largo silencio, Claudio finalmente respondió.

“Que ya no es mi heredero”.

# CAPÍTULO DIECIOCHO

Estefanía estaba sentada sola en sus aposentos, observando la ciudad, alzando el pequeño botellín a la luz mientras le caía una lágrima por la mejilla. Reflexionaba sobre aquel líquido claro, haciéndose preguntas, dándole vueltas.

Era el mismo lugar donde estaba cuando Lucio vino hasta ella para ofrecérselo. Si se tomaba esto, dijo, ya no llevaría al hijo de Thanos. Si se tomaba esto, dijo, sería libre para formar la alianza de matrimonio con él que él deseaba.

Pensar en ello le hacía sentir enferma, y no solo de la manera que le había estado fastidiando desde el principio de su embarazo. Sabía en lo que Lucio era mejor que nadie. La idea de casarse con él era abominable, repugnante. El hecho de que la había intentado cortejar en lugar de simplemente obligarla del modo en que habitualmente hacía con las mujeres apenas mejoraba las cosas. Cualquier relación con él no sería entre iguales, dijera lo que dijera.

Pero Estefanía todavía estaba pensando en el botellín.

En parte porque veía en qué dirección soplaba el viento. Lucio prácticamente había ganado la guerra contra la rebelión. Sería el próximo rey y Estefanía sospechaba que su buena voluntad hacia ella solo duraría hasta entonces. Quizás su única opción era apoyarle, a pesar de lo mucho que lo despreciaba.

Después estaba el otro objeto de su odio, de su amor... Estefanía todavía no estaba segura de dónde acababa uno y empezaba el otro. Thanos la había abandonado. ¿Cuánto le dolería saber que había abortado a su hijo? ¿Saber que lo había hecho porque él había marchado?

Estefanía abrió el botellín y lo olió. Ya lo había probado para asegurarse de que era lo que Lucio aseguraba que era. No permitiría que la envenenara y que hiciera ver que se había matado por la pena. Aunque no había razón por la que hiciera eso cuando simplemente podría haber revelado su papel en la fuga de Thanos o dejarla escapar.

Un trago largo y estaría hecho. Estefanía levantó el botellín como en un brindis silencioso. Solo un golpe en la puerta la interrumpió.

“¿Qué sucede?” exigió Estefanía, mientras ponía el corcho al botellín y lo dejaba.

Entró una de sus doncellas. Esta se llamaba... Elethe, ¿verdad? Una chica con la piel suave y tostada, los ojos oscuros y motivos pintados con delicadeza en cada mejilla que variaban según el día. Ella era una viajera de Felldust que había resultado ser muy útil en la corte, y que rápidamente se había hecho un lugar en el séquito de Estefanía. Era una buena sustituta para las que había perdido en sus intentos por liberar a Thanos. No era porque Lucio hubiera ejecutado a ninguna, pero no se podía confiar en las que habían revelado secretos, ¿verdad?

“Mi señora”, dijo la chica. “Están llegando informes que pensé que querría escuchar”.

Estefanía apartó su atención de los pensamientos de venganza. “¿Qué has escuchado?”

“Hay varias cosas, mi señora”, dijo Elethe. Cerró los ojos y Estefanía imaginó que estaba poniendo las cosas en orden. Le gustaban las chicas que guardaban la información en sus cabezas para no dejar rastros. “Primero, debería saber que están llegando mensajes que sugieren que el Príncipe Thanos está regresando a Delos”.

A Estefanía se le cortó la respiración al escuchar aquello y odiaba la manera en que una parte de ella reaccionó con alegría después de todo lo que él había hecho. “¿Estás segura?”

“Algunos de los mensajes vinieron de Haylon, hacia donde él viajó. También hubo un pájaro de los pescadores de las aguas de más allá de la ciudad”.

Así que Thanos iba a regresar. Estefanía intentaba entender qué suponía aquello, tanto para ella como para Delos. Podía imaginar la razón evidente por la que iba a regresar, por supuesto.

“Ceres”, dijo. “Ha vuelto por Ceres”.

Solo pensar en ello le hacía ponerse más furiosa, rabiosa. Solo la frenaba el pensar que Lucio probablemente ya habría matado a Ceres para entonces. Cuando Elethe se aclaró la garganta, Estefanía le lanzó una mirada de furia tan penetrante que la mujer dio un paso hacia atrás.

“¿Qué?” exigió.

“Hay más, mi señora. Evidentemente no tenemos los contactos con los guardias que teníamos...”

Porque Estefanía ya había agotado la mayor parte de sus favores entre los guardias para sacar a Thanos, y porque los guardias ahora eran más cautelosos.

“Pero parece ser”, siguió Elethe, “que Ceres ha escapado. Existe el rumor de que ahora hay cuatro estatuas donde los guardias intentaron matarla”.

“La sangre de los Antiguos”, dijo Estefanía, haciendo que sonara como una maldición aunque no fuera más que una observación. Debería haber imaginado que Ceres no sería tan fácil de retener. El simple hecho de su captura había parecido una prueba de que se podía terminar con esas cosas.

Debería haberlo previsto. Ceres había escapado una vez. Era evidente que escaparía de nuevo. Debería haberse asegurado.

Pero al mirar a Elethe, supo que aquello no era todo lo que la chica tenía que decir.

“¿Hay más?” dijo.

La doncella asintió. “El rey... el rey ha hecho un anuncio. En público, ha dicho que tiene la intención de enmendar muchas de las duras medidas que se pusieron en práctica para contraatacar a la rebelión. No habló de las nuevas Matanzas del Príncipe Lucio en el Stade, pero habló de muchos otros asuntos”.

“¿Y en privado?” preguntó Estefanía.

“Una de las otras estuvo escuchando cerca de la sala de los sabios. Escuchó que el rey le ordenaba a Cosmas que pusiera a Thanos de nuevo en las crónicas... como su hijo primogénito. Tiene la intención de hacerlo su heredero y ha mandado llamar a Lucio”.

De algún modo, aquel hecho fue el que llevó a Estefanía al límite de su rabia. C cogió el botellín que Lucio le había dado, con la intención de bebérselo de un trago, pero se detuvo. Salió al balcón de su habitación, lo arrojó de tal manera que por un instante brilló a la luz del sol antes de caer dibujando un arco hacia los adoquines. Si los sirvientes alzaron la vista sorprendidos, por lo menos tuvieron la sensatez de no decir nada.

“¿Mi señora?” dijo Elethe. “¿Se encuentra bien?”

“¿Bien?” Estefanía dio una vuelta a su alrededor. Le dio un revés a su doncella, sintiendo cómo sus nudillos crujían en la mejilla de la chica. “Me acabas de decir que justo cuando parecía que las cosas finalmente iban a arreglarse, todo ha cambiado. ¿Y me preguntas si estoy *bien*?”

“Yo... perdóneme, mi señora”. Elethe estaba sobre sus rodillas. Bien. Estaba bien saber que al menos alguien recordaría que Estefanía todavía tenía cierto poder.

Estefanía tocó el lugar donde la había golpeado, tan cuidadosamente como pudo. “No, perdóname. Sé que eres leal conmigo, ¿verdad?”

“Completamente. Haré todo lo que solicite, mi señora”.

Algún día, Estefanía probablemente lo probaría. Sin embargo, de momento, tenía encargos más sencillos. Había pasado demasiado tiempo actuando de acuerdo con sus emociones, como si se tratara de un animal, o peor, como Lucio. ¿Cómo se tomaría esta la noticia de que no era el heredero? ¿Lo sabría ya? Dejarse llevar por sus emociones fue el error que había cometido al intentar ayudar a Thanos. Si hubiera sido despiadada con ello cuando tuvo la ocasión, nada de eso hubiera sucedido.

Bueno, ahora era el momento de repararlo.

“Tráeme el material para escribir”, dijo Estefanía.

La chica lo hizo, y Estefanía se puso a trabajar, lo colocó todo delante de ella, metió una pluma en la tinta e intentó pensar en las palabras que tuvieran el mayor efecto. Bien usadas, eran armas muy

perspicaces. No podían cortar la carne o parar corazones, pero podían convencer a la gente para que hiciera ambas cosas y, desde luego, podían romper un corazón.

Solo era cuestión de calcular qué escribir. Estefanía sonrió para sí misma al pensar que la manera más efectiva de abordar aquello sería probablemente la más sencilla. La mayor parte del tiempo, ella hacía su trabajo con secretos y mentiras, pero a veces la gente infravaloraba el arma tan grande que podía ser la verdad, si se exponía bien.

Así que Estefanía la expuso, paso a paso. El hecho de que Thanos iba a volver. La conjetura de que el rey tenía la intención de darle el trono. A partir de allí, solo había un pequeño paso para hacer que pareciera menos una reconciliación y más un intento de destruir el orden natural de las cosas. Evidentemente, no incluyó ninguna sugerencia de qué hacer al respecto. Aquello hubiera sido ir demasiado lejos, y Estefanía había aprendido a las malas que la persona a quien aquello iba dirigido no se tomaba bien que le dijeran qué tenía que hacer.

Además, no le hacía falta. Podía imaginar las reacciones de Lucio, con la misma facilidad que podía imaginar qué sucedería si arrojara un halcón a un palomar. Ya estaba harta de estar atrapada aquí, reaccionando a los sucesos, atrapada primero porque Thanos no se lo había contado todo y después por las maquinaciones de Lucio.

Era el momento de volver a tomar el control de las cosas.

“Toma esta carta y haz que una de las otras se la entregue a Lucio”, dijo Estefanía. “No lo hagas tú, porque cuando la lea se enojará y tengo cosas mejores para que hagas tú que dejar que te haga daño. Envía a una de las chicas que había hablado demasiado. Déjalas que piensen que están recuperando mi confianza”.

Probablemente torturaría a cualquiera que enviara, solo para demostrar que podía hacerlo. O quizás pensaría que la chica era un conducto a sus pensamientos. Sí, aquello tenía posibilidades, y Estefanía estaba disfrutando del hecho que veía de nuevo aquellas posibilidades. Volvía a ser ella, olvidando la flaqueza que le había traído su amor por Thanos.

Si ponía a Thanos y a Lucio el uno contra el otro, con el rey en medio, ella era la única que tenía garantizado salir vencedora. Llevaba al hijo del heredero al trono, pero también era la que advertía a Lucio. Pero quería asegurarse.

“¿Todavía tenemos suficientes vigilantes para decirnos cuándo Thanos se acerca a los muelles?” preguntó Estefanía.

“Sí, mi señora”.

“Entonces tú irás hasta él. Ven aquí, deja que te vea”.

Elethe estaba de pie ante ella y Estefanía pensaba en la imagen que necesitaba. El golpe que le había propinado antes se estaba convirtiendo en un moratón. Estiró los brazos pensativamente y rompió el vestido de la chica de un tirón. Sí, eso estaba mejor. Podía haber hecho más, pero era mejor ser sutil con estas cosas.

“Perfecto”, dijo Estefanía. “El moratón hará que esto funcione bien”.

Mejor que la chica pensara que todo era parte de un plan antes que Estefanía estaba siendo insolente. Aquello aseguraría más su lealtad.

“Hay cosas que necesito que le digas a Thanos”, dijo Estefanía. “Cosas que quiero estar segura que recuerdes”. Se inclinó hacia delante y susurró, aunque podría haber hablado. Aquello reforzaba la idea de lo mucho que confiaba en la chica. Estefanía sonrió por la facilidad con que todo aquello estaba volviendo a ella. No se iba a quedar sentada sin hacer nada. No la derrotarían sin más.

“¿Comprendes?” preguntó Estefanía cuando hubo acabado.

“Recordaré cada palabra”, dijo Elethe.

“Debes hacer más que eso. Debes convencerlo. Puedes hacerlo, ¿verdad? Odiaría pensar que he puesto mi confianza en la persona equivocada”.

“Haré que se sienta orgullosa, mi señora”.

“Estoy segura de que lo harás”, dijo Estefanía.

Ahora solo quedaba el asunto de Ceres. Una parte de ella deseaba no complicarse y ser práctica con eso. Imaginar que el Imperio a la larga se encargaría de ella. Pero era difícil creerlo, cuando ya se había escapado dos veces. Y aquello era práctico. Con todo lo que Estefanía se había burlado de ella, no había duda de que Ceres buscaría venganza. Al fin y al cabo, es lo que Estefanía hubiera hecho.

“Mientras tú no estés”, dijo Estefanía, “necesitaré a otra de las chicas para que me acompañe en mi viaje hasta la ciudad”.

“¿Eso es totalmente seguro, mi señora?” preguntó Elethe.

Si Estefanía no hubiera notado su preocupación, podría haber vuelto a golpear a la chica, solo para recordarle que no cuestionara sus instrucciones. Tal y como estaban las cosas, fue a buscar su capa y dejó que Elethe se la colocara por encima de los hombros mientras ella metía un cuchillo en una funda que tenía en la parte baja de la espalda.

“Si lo que has dicho es cierto, entonces las calles estarán seguras al menos durante los próximos uno o dos días mientras el pueblo intenta averiguar qué significa para ellos el pronunciamiento del rey. Nadie confiará en ello todavía, y no querrán correr ningún peligro”.

A Estefanía le parecía tan evidente, puesto de aquella manera, pero su doncella todavía la miraba sorprendida, como si estuviera memorizando la verdad de su razonamiento. A Estefanía siempre le sorprendía que los demás no entendieran las cosas del mismo modo que ella.

“No te preocupes”, dijo Estefanía, “me llevaré a una chica que es buena con los cuchillos”.

“Como usted diga, mi señora”, dijo Elethe. “Aún así, si sucediera algo, ¿dónde debo buscarla?”

¿Dónde debería *buscarla*? Estefanía sonrió ante ese asomo de actitud protectora. Siempre se le había dado muy bien inspirar confianza. O al menos era lo que pensaba. No había podido inspirarla en Thanos, gracias a Ceres.

Pero muy pronto iba a encargarse de ella.

“Hay una bruja en el Distrito Enredado”, dijo Estefanía. “Cuentan que sabe muchas cosas y pretendo averiguar cuántas”.

“¿Qué puede enseñarle *a usted* una bruja, mi señora?” preguntó Elethe.

“Oh, todo tipo de cosas”, dijo Estefanía con una sonrisa.

Cosas parecidas a cómo matar a un Antigo de manera segura, sin el peligro de convertirte en piedra.



# CAPÍTULO DIECINUEVE

Ceres, todavía empapada por su salto, apenas sentía el agua que goteaba de ella mientras caminaba aturdida por la ciudad. La gente miraba hacia ella al pasar, pero como ninguno de ellos eran guardias, no le importaba. Ni siquiera se preocupaba por el latido de la energía que había en su interior, que estaba allí de nuevo tras haber estado ausente durante mucho tiempo.

Estaba demasiado ocupada mirando los daños de la ciudad, la carnicería que quedó tras su asalto a la puerta.

Debería sentirse feliz por ser libre, pero ¿cómo podía estar feliz cuando había tantos otros que lo habían perdido todo? Su libertad, sus vidas, todos vencidos por su causa.

Ceres cruzó la puerta por la que habían entrado. Evitó las calles principales una vez dentro, pero aparte de eso, no intentaba esconderse. En aquel momento, casi le apetecía tener la ocasión de luchar contra los guardias que con toda seguridad la estarían buscando ahora mismo.

Aquello se filtró cuando empezó a ver el daño los daños en la ciudad.

Empezó con ventanas rotas y yeso agrietado. Una flecha estaba clavada en el tiro de la chimenea de una casa, que seguramente se clavó allí cuando uno de sus jinetes intentaría contraatacar. A Ceres le parecía extrañamente solitaria, menos evidencia de una batalla que la historia de un hombre, al que probablemente habían liquidado instantes más tarde. De algún modo, era más fácil llorar a un hombre que el pensar en un montón de ellos.

Ceres vio más pruebas de violencia al acercarse. Había una mancha de sangre en una de las paredes de allí cerca, ahora seca y oscura contra el cañizo y el barro. Una puñalada de tristeza se disparó entonces dentro de Ceres, mezclada con la culpa y la rabia al pensar que ella los había llevado a aquello. Los había dirigido hasta la ciudad, muy segura de que era su destino. Había sido parte de sus muertes del mismo modo que lo había sido Lucio.

Más adelante vio uniformes del Imperio y se dio cuenta de que *no* quería luchar contra ellos entonces. Habían habido suficientes muertes. En su lugar, Ceres corrió hacia unas escaleras que llevaban hasta un tejado plano, por donde avanzó agachada. Tenía que ver aquello y tenía que verlo todo.

Allá abajo, veía soldados, probablemente reclutas, apartando cuerpos. Incluso después del tiempo que Ceres había pasado encerrada, eran demasiado para contarlos. Mezclados habían unos cuantos uniformes imperiales y algunos cuerpos más que Ceres reconocía como miembros de la rebelión, pero de forma abrumadora, vestían los colores de las fuerzas de Lord West.

Mientras Ceres observaba, un grupo se ocupaba del siguiente cuerpo, despojándolo de todo lo que tenía de valor antes de arrojarlo a una carreta. Lo hacían con tanta indiferencia que lo único que podía hacer Ceres era quedarse quieta, intentando reprimir la ira ante aquella falta de respeto.

Continuó moviéndose y saltó al siguiente tejado. Atisbó una armadura imperial por allí, lo que sugería que al menos uno de los arqueros que había disparado a los hombres de Lord West había sido alcanzado, pero aquello no servía de consuelo.

Allá abajo, veía más soldados desmontando las barricadas que habían construido, la gente común los ayudaba a retirar puertas y mesas, barriles y bancos mientras separaban las juntas que los unían. Algunos más parecían estar reparando sus hogares, reparando el daño causado cuando los soldados desesperados luchaban por escapar. Ceres vio a un hombre contemplando una casa que hacía tiempo que había sido quemada, estaba claro que intentaba encontrarle algún sentido.

Allí había mucha destrucción, pero aquellos que habían muerto aquí en las calles probablemente todavía habían salido mejor parados que los que habían caído en manos de Lucio. Ceres tuvo que apoyarse contra el borde del tejado al recordar la mirada en el rostro de Anka mientras la vida se le escapaba. Pensó en Lord West, que únicamente había estado allí porque creía en el poder que su sangre le

otorgaba.

Poder que no había venido cuando Ceres lo necesitaba.

“¿En qué puedo ser útil si no puedo salvar a nadie?” preguntó Ceres.

Necesitaba saber si alguien había sobrevivido. Al mirar hacia abajo, casi parecía imposible que alguien lo hubiera hecho. Pero debía comprobarlo y aquello suponía encontrar el camino hacia los túneles y los escondites de la rebelión.

Se movía por las sombras, en busca de las entradas que recordaba. Muchas tenían soldados por allí cerca, no las guardaban, pero estaban trabajando allí. Algunos estaban llenando agujeros, tapiando las entradas. Ceres vio que otros llevaban cajas y sacos con posesiones, todo lo que la rebelión había dejado atrás.

Tuvo que moverse lentamente por allí durante al menos media hora hasta encontrar una entrada que parecía no estar vigilada. Era poco más que un grieta con una brusca pendiente tras ella, que llevaba hasta lo que había debajo. Ceres gateó hacia abajo con cuidado, hasta llegar a los túneles que la rebelión se había apropiado.

Allí había un silencio que no estaba antes. La última vez que había estado allí, había habido tanta gente que siempre había algún ruido de fondo, sin importar lo que estuviera sucediendo.

Se dirigió hacia la oscuridad próxima de los túneles, en busca de alguna señal de asentamiento. Pero parecía más un pueblo fantasma que un lugar habitado. Anka se había llevado a muchos de los suyos con ella a luchar, y ahora... ¿qué quedaba? ¿Posesiones abandonadas por dueños que nunca regresarían? Comida olvidada a medio terminar que, en algunos casos, empezaba a ponerse mala.

Ceres escuchó voces en la oscuridad y se dirigió hacia ellas. Vio luz de velas, se acercó a aquel resplandor con cautela y vio a una mujer mayor con dos niños allí en una habitación que parecía que ya habían desvalijado.

Ceres vio que alzaba la vista mientras ella se acercaba, y la mujer mayor empujó a los niños detrás de ella, empuñando un cuchillo.

“No tenéis que preocuparos por mí”, dijo Ceres, levantando las manos. “No estoy aquí para haceros daño”.

“Si eres quien creo que eres”, dijo la mujer, “tú eres la razón por la que este lugar está vacío”.

“No fui yo”, respondió Ceres, aunque sabía que *era* culpa suya. “Nos traicionaron”.

“Eso he oído”, confesó la mujer. “Yo y los niños vinimos aquí abajo porque no había otro lugar al que ir tras la lucha. Como ellos no regresaban, tuve que procurar encontrar un modo de sobrevivir, e imaginé que esto estaría vacío de todos modos. Unos soldados regresaron. Nos mantuvimos alejados de ellos”.

“¿Están los otros aquí?” preguntó Ceres.

La otra mujer encogió los hombros. “Algunos. Me han contado cosas. Al parecer, el rey ha anunciado que todo ha terminado”.

Ceres no sabía qué sentir al respecto. Por un lado, la paz era buena, pero no a cualquier precio. El rey no podía simplemente decidir que había acabado con la rebelión.

“¿Piensa que ya han matado a suficientes?” preguntó.

Volvió a encoger los hombros. “Quizás. La gente ha empezado a volver poco a poco a los túneles. El rey ordenó que los dejaran marchar”.

Un breve destello de esperanza brilló entonces. Aquello no había terminado.

“¿Los hombres de Lord West?” preguntó Ceres. “¿Los combatientes?”

“Dicen que los nobles que soltaron se dirigieron fuera de la ciudad”, dijo la mujer. “Que quieren encontrarse con los amigos que les queden allá fuera e irse a casa. Los combatientes...”

Había algo en el modo en que lo dijo que hizo crecer el miedo en el pecho de Ceres.

“¿Qué sucedió?” dijo.

“Lucio anunció que iba a haber unos grandes juegos en el Stade”, dijo la mujer. “El rey detuvo el

resto, pero esto... yo creo que todavía existe. La gente dice que solo son esclavos, de todos modos, y que para esto están allí”.

“Así que, ¿por qué no matarlos a todos como un gran sacrificio por la paz?” supuso Ceres. Nadie querría detenerlo, por sus riesgos de empezar de nuevo el conflicto. Se quedarían a la espera. Probablemente incluso mirarían.

A no ser que ella hiciera algo.

“¿Usted dijo que los hombres de Lord West están fuera de la ciudad?” dijo Ceres. “¿Sabe cómo ir hasta fuera de la ciudad a través de los túneles?”

\*\*\*

Cuando Ceres llegó por primera vez a la ciudad con Lord West, el campamento de su ejército era una maravilla para contemplar, extendiéndose casi hasta el horizonte, lleno de armaduras relucientes y banderas ondeantes.

Ahora, se veían huesos que estaban en proceso de ser pelados y el contraste era desgarrador. Ceres vio que había hombres allí: jinetes y sus ayudantes, guerreros con aspecto de haber sido maltratados con armaduras abolladas. Muchos estaban heridos, e incluso los que no lo estaban tenían una apariencia atormentada mientras recogían lo que podían del campamento y se preparaban para marchar.

Ceres sintió la hostilidad que había allí desde el momento en que entró al campamento. Estaba allí a cada paso, en las miradas fijas que la seguían, que rápidamente sustituían las miradas de sorpresa.

Un grupo de soldados se adelantó, encabezados por un hombre de barba rojiza, cuya armadura todavía se veía impoluta. Ceres no lo reconocía de la batalla, aunque al principio había habido tantos hombres allí que hubiera sido imposible recordarlos a todos.

“¿Qué estás haciendo tú aquí?” pidió. Su mano reposaba sobre la empuñadura de su espada.

“¿Qué estás haciendo *tú* aquí?” argumentó Ceres. “Mejor aún, ¿*quién* eres tú?”

“Soy Nyel de Langolin, primo tercero de Lord West, guardián de las tierras que hay alrededor de la aldea de Flewt Superior, y segundo jinete en las competiciones de las gramas del noroeste. Yo sé quién eres tú. Tú eres la que llevó a mi primo a la perdición”.

Aquello escoció a Ceres, pero mantuvo la calma, en particular porque a aquel hombre tenía toda la razón para culparla. Ella se culpaba a sí misma, pero no había tiempo para pensar así.

“¿Estáis recogiendo las cosas?” preguntó Ceres, echando una mirada alrededor del campamento. A todos lados a donde miraba, los hombres parecían estar rescatando lo que podían de las tiendas y poniendo lo que quedaba de su arsenal en orden. La mayoría lo estaban empaquetando de un modo que dejaba claro que no se estaban preparando para otra lucha.

“¿Qué otra cosa iban a hacer?” dijo Nyel. “Los llevaste a un ataque suicida contra la ciudad y perdieron. El rey ha declarado que la lucha ha terminado, y solo gracias a su misericordia la mayoría de ellos siguen con vida. Si yo hubiera estado allí cuando viniste a la fortaleza de Lord West, le hubiera advertido de esta insensatez”.

“¿Y dónde estabas?” preguntó Ceres. “¿Dónde estabas cuando todos los demás estábamos marchando hacia aquí? ¿Dónde estabas mientras poníamos nuestras vidas en peligro? Tu armadura está notablemente limpia para haber estado cerca de alguna lucha”.

Vio que se ponía tan rojo como su barba al escuchar aquello.

“¿Cómo te atreves, chica? Recibimos tarde el mensaje de mi primo, y después nos quedamos atrapados en el camino. ¡Si hubiéramos sabido los graves aprietos en los que meterías a nuestras fuerzas, hubiéramos encontrado el modo de salvaros de vosotros mismos!”

En otras palabras, había intentado no destacar, esperando una excusa para no ser parte de aquello. Entonces Ceres lo ignoró, se dirigió a los demás y alzó la voz para que los hombres que estaban

recogiendo sus cosas la escucharan.

“¡Escuchadme, todos! Este no es el momento de partir. No hemos acabado aquí”.

“Acabado”, dijo Nyel. “Por supuesto que habéis acabado. El rey ha declarado el conflicto acabado”.

“El Rey Claudio no decide cuándo nosotros dejamos de luchar”, respondió Ceres. “En especial no cuando su hijo está a punto de masacrar a los combatientes. Puede que el rey lo desconozca, pero cuando Lucio haya terminado, estarán muertos”.

“Esclavos y salvajes”, dijo Nyel. “¿Esperas que estos hombres arriesguen sus vidas por ellos?”

“Espero que hagáis honor a la promesa que me hicisteis a mí, ¡y a Lord West!” contestó Ceres. Entonces una multitud de hombres empezaba a reunirse a su alrededor. Les hablaba a ellos, no al primo de Lord West que oportunamente se había retrasado.

“Todavía tenemos la posibilidad de ganar esto”, dijo Ceres. “Nos derrotaron en la puerta por una traición, pero están desmontando las barricadas que usaron. El ejército no está preparado ahora. Las maldades del Imperio no desaparecen simplemente porque el rey ha declarado la victoria. Con los combatientes y lo que queda de la rebelión, todavía lo podemos hacer. Por lo menos, podemos poner a salvo a los combatientes”.

“Entonces ¿qué quieres que hagamos?” replicó Nyel. “¿Entrar allí en corceles relucientes para asaltar la ciudad? Mira a los hombres que hay a tu alrededor. *Míralos*. Lo han intentado una vez. Pusieron la confianza en ti una vez. Mira lo que les costó”.

Ceres sabía exactamente lo que le había costado a todo el que la había seguido. Sabía lo que le había costado a *ella* la rebelión. Todavía no tenía ni idea si su hermano o su padre estaban a salvo, mientras los pensamientos de Rexo, Anka, Garrant y todos los que habían muerto la perseguían en sus sueños.

“Jurasteis vuestras promesas”, dijo Ceres, pero sabía que aquello no funcionaría. No podía obligar a estos hombres a luchar por ella.

“Lord West puso todo lo que tenía en juramentos”, dijo uno de los hombres que estaban a su alrededor. “Mira lo que sucedió”.

“Y te hicimos la promesa como a una de los Antiguos”, gritó otro. “Pero cuando llegó el momento, tus poderes no hicieron nada”.

Ceres veía el dolor en los rostros de los hombres que habían luchado. Intentó suplicarles una última vez.

“Por favor”, clamó a los soldados que había a su alrededor. “Hombres buenos van a morir en el Stade, cuando podrían estar ayudándonos a poner fin al Imperio. Sé lo que pasó la última vez. Yo estaba allí, en medio de todo aquello, pero esto no es razón para detenerse. ¡Es el momento de actuar!”

Esperaba por lo menos alguna reacción ante aquello. Si no era un grito entusiasta, por lo menos unos cuantos hombres que desearan dar un paso adelante o que proclamaran que estaban con ella. En su lugar, Ceres recibió silencio.

“Parece ser que tienes la respuesta”, dijo Nyel.

Eso parecía, pero Ceres no podía dejar que los hombres del Stade murieran.

Los combatientes iban a morir, y ella no podía dejar que eso sucediera.

Se giró y se marchó, de vuelta a la ciudad, sola, y preparada para enfrentarse con su muerte.

# CAPÍTULO VEINTE

Thanos tenía el corazón en la boca mientras Felene los dirigía hacia el puerto de Delos. También veía la tensión en ella mientras sujetaba el timón y su barca se deslizaba entre las embarcaciones de los comerciantes y las galeras, los barcos de pesca y esquifes más pequeños.

“Hacía mucho tiempo que no venía a Delos tan a la vista”, dijo Felene. “Sigo esperando encontrar una fila de guardias esperándonos en los muelles”.

Thanos sabía perfectamente cómo se sentía. Él regresaba a una ciudad de la que había escapado no sin dificultades y donde, por lo que sabía, podían haber ordenado a los guardias que lo mataran si lo veían. Pero sabía que debía mostrar seguridad. Al fin y al cabo, aquello había sido idea suya.

“Mantén la cabeza agachada”, dijo Thanos. “Todo irá bien”.

“Tienes que trabajar tus mentiras”, le dijo Felene. “Se te da fatal”.

“Mantuve en secreto el hecho de que estaba ayudando a la rebelión”, dijo Thanos. “Mentía a generales y a cortesanos. Mentí a mi propia familia”.

“Todo por esta Ceres”, dijo Felene. “Debe de ser algo especial”.

“Thanos reprimió un destello de enojo porque era cierto. Ceres era especial. Pero él se había involucrado en la rebelión por más cosas aparte de ella.

“Lo hice porque era lo correcto”, dijo Thanos. Del mismo modo que era correcto volver a por Estefanía, a pesar de lo que había hecho. De lo que hubiera pasado desde entonces.

“Hoy en día es raro encontrar a un noble que piense así”, dijo Felene. Me alegro de ser una ladrona y una asesina. Esto simplifica mucho las cosas”.

Thanos dudaba de que fuera tan sencillo para ella. Al fin y al cabo, ella era la que lo había convencido para que lo hiciera.

Vio que hacía una señal con la cabeza hacia los muelles. “Parece ser que al menos hay una persona esperando. He cambiado dos veces la ruta y se han movido de manera que están en la parte del muelle a la que me dirijo”.

Thanos miró y vio una figura tapada con una capa cerca del borde del muelle. Le dio la impresión de que era una figura femenina y, por un instante, se llenó de esperanza. Quizás fuese Estefanía, esperando allí para escapar. Quizás podrían hacerlo y escapar antes de que alguien se diera cuenta. Quizás no sería necesario que tuviera que ofrecer su vida.

Pero, al acercarse, vio que no era Estefanía. Ya conocía su figura, el modo en que estaba de pie, el modo en que hacía las cosas. Estefanía nunca hubiera estado esperando a nadie con ese aspecto tan asustado. Aunque su vida estuviera en peligro, hubiera estado de pie como si le perteneciera el mundo que tenía alrededor. Aquello era otra cosa.

“¿Debo prepararme para luchar?” preguntó Felene. Thanos vio que miraba a los edificios que rodeaban los muelles, evidentemente en busca de posibles atacantes.

Thanos la saludó con la mano. No había nadie más allí. No, aquello era otra cosa.

“Ataré la barca”, dijo Thanos, mientras cogía la cuerda al acercarse. “Prepárate por si sucede algo”.

Notó el momento en que la barca chocó contra la madera del muelle, dio un ligero salto y ató la barca para que no se moviera. En aquel instante había un peligro, pues si la figura tapada con la túnica resultaba ser un asesino, Thanos le estaba ofreciendo la espalda. Debía confiar en que Felene interviniera si eso pasaba.

Pero no fue así. La figura tapada con una túnica todavía estaba allí cuando Thanos se giró hacia ella. Dio un paso adelante y se sacó la capucha de la túnica. Era una mujer joven a la que Thanos no conocía, con la piel suavemente tostada, el pelo oscuro y corto y los ojos oscuros. Thanos vio un moratón que se transformaba en un arcoíris de colores en una de sus mejillas, mientras su vestido aparentemente caro

estaba rasgado como si hubiera huido de alguien que la tenía atrapada.

“Príncipe Thanos”, dijo, y Thanos oyó que se quedaba sin respiración al parecer aliviada. “Gracias a los dioses. No estaba segura de que fuera usted realmente quien estaba llegando, o si solo se trataba de una de las trampas del Príncipe Lucio”.

“¿Lucio?” dijo Thanos con el ceño fruncido. “¿Qué sucede? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Quién eres?”

“¿Y estamos a punto de que cien guardias vengan a por nosotros?” preguntó Felene desde detrás suyo en un tono mucho más duro. Thanos vio que la chica se encogió ante aquello.

“Me llamo... me llamo Elethe. Soy una de las doncellas de Estefanía”.

Thanos vio que Felene saltaba de la barca y rápidamente se ponía de un salto detrás de la chica y le rodeaba el cuello con el brazo. Hurgó con la mano dentro de la capa y sacó un puñal.

“¿Te envían para matar a Thanos y a cualquiera que esté con él? Dame una razón por la que no deba clavarte este cuchillo en las costillas”.

“¡No estoy aquí para eso!” insistió Elethe, intentando liberarse del agarre de Felene.

Thanos levantó una mano. “Es suficiente, Felene. Normalmente los asesinos no vienen con la apariencia de acabar de escapar de algo”.

“No pasaste el tiempo suficiente en la Isla de los Prisioneros si crees eso”, replicó Felene, pero soltó a Elethe.

“Todavía no has dicho qué estás haciendo aquí”, dijo Thanos. Puede que Felene pensara que estaba siendo demasiado confiado, pero no estaba ciego cuando se trataba de Estefanía, o de las conspiraciones que dominaban Delos.

“Yo... yo conseguí escapar”, dijo la chica. “Cuando vinieron en busca de Lady Estefanía, intentaron llevarme a mí también. Me he estado escondiendo desde entonces, escuchando todos los rumores que podía, intentando encontrar el modo de ayudar. Algunos de los antiguos confidentes de Lady Estefanía... me dijeron que usted venía. Lo habían escuchado de la gente... de Haylon”.

Entonces Thanos vio que las lágrimas le brotaban de los ojos. Sin duda parecía temer por su vida, aunque dada la amenaza de Felene, no se podía decir con certeza.

“Está bien”, dijo Thanos. “Cálmate. Relájate. Ahora estás a salvo. Nadie va a hacerte daño”.

La llevaron hasta la barca y la sentaron en ella para poder hablar sin que los cogieran en la calle si resultaba que los guardias la habían seguido. Thanos vio cómo miraba a su alrededor nerviosa, como si esperara que las cosas se torcieran en cualquier minuto.

“Tienes que contárnoslo todo”, insistió Thanos. “¿Qué sucedió con Estefanía? ¿Por qué fueron a por ella los guardias? La última vez que la vi, Lucio dijo que no dejaría que eso sucediera”.

“¿Y tú le creíste?” preguntó Felene.

Tenía razón, por supuesto. Thanos se maldijo a sí mismo por ser un estúpido, por confiar en Lucio incluso en eso. Por decir que no le importaba lo que le pasara a Estefanía, cuando el mismo hecho de estar allí le decía que sí. En parte era por el honor, pero tenía que ser más que eso, ¿verdad?

“El Príncipe Lucio vino a Estefanía con un botellín que destruiría al hijo que llevaba dentro”, continuó Elethe. “Le dijo que continuaría a salvo solo si se lo tomaba, y si le dejaba a usted de lado”.

“Estefanía no haría eso”, dijo Thanos, pero incluso mientras lo decía, se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que Estefanía haría o no haría. Al fin y a l cabo, no hubiera pensado que mandaría a un sicario tras él.

“Estaba enojada después de que usted se fuera”, dijo Elethe, y aquello hizo que sonara a verdad. “Estaba apenada por usted como nunca antes la había visto. Creo... creo que usted era la única cosa que realmente le importaba, y había desaparecido”.

Una ola de culpa golpeó a Thanos al escuchar aquello, porque sabía que era cierto. A pesar de todo lo que fuera, Estefanía lo había amado, y él la había abandonado. Se había marchado en un barco, dejándola con Lucio. Él lo había hecho, tanto como ella.

“Estás diciendo...”, empezó, pero no consiguió preguntarlo.

Sin embargo, Elethe parecía saber lo que él quería saber, pues Thanos vio que asentía. Aquello le provocó un nuevo estallido de dolor, incluso antes de que dijera las siguientes palabras.

“Lady Estefanía... tomó el brebaje. Lo apartó a usted oficialmente. No tenía elección”.

Thanos se tambaleó de un modo que hizo que pareciera que la barca en la que estaba de repente se viera envuelta en una tormenta. Sintió la mano de Felene encima de su brazo, y la sacudió. Aquella era la clase de cosas con las que nadie podía ayudarlo. En aquel momento parecía que el mundo entero había desaparecido de debajo suyo.

De algún modo, lo había hecho. Hacía muy poco, era un hombre casado, con todo por delante y un hijo de camino. Ahora había sido despojado de ambas cosas tan bruscamente que parecía imposible. Era demasiado. Era demasiado pronto.

Aquella era una de las mayores partes del asunto. Thanos apenas había tenido tiempo de acostumbrarse a la idea de estar casado antes de que todo acabara. La idea de ser padre había sido como un sueño que vino a él para arrebatárselo casi con la misma rapidez. No había ni tenido tiempo para pensar en cómo sería.

Ahora lo pensaba, e incluso soñar con ello dolía por la promesa de lo que podría haber sido. Podría haber tenido un hijo y haberlo educado para que fuera la clase de noble que el mundo necesitaba, para mostrarle cómo usar una espada pero también para enseñarle lo que era correcto, y amable, y bueno. Thanos se imaginaba con el chico, enseñándolo a montar, a luchar, pero también a pensar y a alzarse por los que eran más débiles que él. Podría haber tenido una hija y... bien, ¿por qué no enseñarle todas las cosas que le hubiera enseñado a un hijo? Ceres le había demostrado que una mujer podía usar una espada igual de bien que un hombre.

Podía imaginar cómo hubiera sido su hija. Tan hermosa e inteligente como Estefanía, pero con un poco de suerte, con el compromiso de Thanos con los demás, y su necesidad de hacer del Imperio un lugar mejor para aquellos que vivían en él. Imaginarlo hacía que le doliera el corazón, porque sabía que aquello no sucedería ahora, por lo que Lucio había empujado a hacer a Estefanía.

Por lo que él le había empujado a hacer. Si no la hubiera dejado, nada de esto hubiera sucedido. Estefanía le había dicho que las cosas podían ser diferentes, que *ella* podía ser diferente y, preso por la rabia, Thanos había robado a ambos la posibilidad de un futuro.

Cuando alzó la vista hacia las dos mujeres que había con él en la barca, fue como si estuviera volviendo a ser él después de mucho tiempo. Apenas podía recordar qué estaba haciendo aquí, por no hablar de lo que debía preguntar a continuación.

Afortunadamente, Felene lo preguntó por él. “Si Estefanía hizo lo que Lucio le pidió, ¿por qué iban a ir tras ella los guardias? ¿Qué clase de mentira estás tejiendo?”

“Ninguna mentira”, insistió Elethe. “Lady Estefanía hizo lo que Lucio le pidió, pero había otras cosas que no *hizo*. No fue a la cama con él. No fue su amante o se involucró en las... cosas que estaba haciendo. Como venganza, Lucio le contó al rey su parte en ayudarlo a escapar”.

“¿Y el Rey Claudio hizo que la arrestaran?” preguntó Thanos.

Vio que Elethe asentía. “A ella y a algunas de sus doncellas que estaban allí. Lucio las reclamó. Yo conseguí escapar, pero... escuché que el rey iba a encarcelar a Estefanía en una de las torres más seguras del castillo hasta que decidiera qué hacer con ella. Está furioso, Príncipe Thanos. Está *muy* furioso”.

Entonces Thanos sintió algo que nunca hubiera creído que sentiría: pena por Estefanía y miedo por lo que pudiera pasarle. Una parte de él le decía que Estefanía merecía cualquier cosa que el destino le trajera después de todas las personas a las que había matado, de todas las veces que había manipulado a la gente. Pero otra parte más grande le decía que debía encontrar una manera de arreglar aquello. Debía encontrar un modo de salvarla, antes de que sucediera lo peor.

Y sucedería. Thanos era hijo del rey, y el Rey Claudio había pensado en ejecutarlo o mandarlo a la

Isla de los Prisioneros. Estefanía sufriría lo mismo por lo menos, sino algo peor.

“¿Estás segura de que no está muerta ya?” preguntó Thanos. Aquello sería lo más cruel de todo: saber que había venido hasta allí, sin ninguna esperanza de salvarla finalmente.

Elethe negó con la cabeza. “Yo no sé nada con seguridad, pero he oído que él rey la tiene retenida. Creo que está esperando a llegar a un acuerdo con los nobles sobre lo que debería suceder, o quizás está distraído con todo lo que ha pasado en las últimas semanas. No lo sé”.

Thanos lo sabía. Su padre la tenía retenida como rehén, a sabiendas de que al final Thanos se enteraría de lo que había sucedido. Sabía que Thanos iría a por ella, pero solo se podía hacer una cosa.

“Felene, quédate aquí con la barca. Asegúrate de que hay una salida de aquí para Estefanía cuando ella venga”.

“Para ti y para Estefanía querrás decir”, dijo Felene.

“Eso espero”, respondió Thanos, aunque sabía que no funcionaría así. “Si tienes que marcharte del puerto, procura colarte de vuelta cuando puedas”.

“Hay una vieja meseta para los contrabandistas fuera de las murallas”, dijo Felene. “Si no puedo volver aquí, me quedaré allí hasta estar segura de que has muerto. Yo pago mis deudas”.

Thanos asintió como agradecimiento. “Elethe, quédate en la barca. Aquí estarás a salvo”.

“Pero...”

“¿Qué otra cosa te queda en la ciudad?” preguntó Thanos. “Felene te mantendrá a salvo y después nos marcharemos juntos”.

“Oh, yo cuidaré de ella, por descontado”, dijo Felene. “Y mientras tanto, ¿qué harás tú, Thanos?”

Lo único que podía hacer.

“Voy a ver a mi padre”.



# CAPÍTULO VEINTIUNO

Sartes soltó un grito de alegría cuando la carreta de bueyes avanzaba dando saltos por el camino. Él y Bryant todavía iban mucho más rápido de a lo que los bueyes estaban acostumbrados pero, de momento, gozaban de ello.

“¡Somos libres!” exclamó Bryant a su lado. “¡Libres!”

Sartes sonrió al oírlo. El otro chico parecía más fuerte solo por haber escapado. A pesar de que la penosa delgadez y las señales de maltrato estaban todavía allí, tenía la esperanza de que hacía que pareciera menos probable que pudiera derrumbarse en cualquier momento. Sartes sospechaba que él daba la misma impresión. Sin duda él sentía que quería que aquel momento nunca terminara.

Aún así, sabía que lo haría. Al final, tendrían que aminorar la velocidad de la carreta, aunque solo fuera para evitar que los bueyes se cansaran antes de llegar a donde iban.

También tendrían que pensar en ello. Sartes no sabía si podían regresar a Delos o no y si no era allí, ¿dónde podían ir? Pero a Sartes no le gustaba la idea de ir a otro sitio que no fuera a Delos. Allí es donde estaba Ceres, y su padre. Todavía no sabía qué había pasado con el ataque. Quizás se habían echado atrás. Quizás incluso habían vencido, pero no habían podido encontrarle, aunque Sartes lo dudaba. Si hubieran ganado, una de las primeras cosas que la rebelión hubiera hecho sería acabar con la crueldad de las canteras de alquitrán.

Quizás la batalla por Delos todavía continuaba. No importaba. Lo que importaba era que Sartes necesitaba ver a su familia de nuevo y asegurarse de que estaban a salvo.

Pero antes de eso, necesitaban comida y agua y tener noticias suficientes para descubrir lo que estaba pasando. Sartes no conocía un lugar seguro para encontrar cualquiera de esas cosas. Por el momento, solo tenían que continuar y esperar. Aún así, hizo que los bueyes fueran más lentos, a un paso que pudieran seguir, echando un vistazo al horizonte en busca de cualquier pista que les pudiera indicar la dirección correcta.

Gracias a esto, divisó una fila de esclavos cuando todavía era solo una mota. Era inconfundible; hombres y mujeres encadenados juntos y obligados a caminar por un cuarteto de guardias, todos supervisados por un esclavista gordo que llevaba una carreta. Tan solo con ver aquello Sartes se sintió enfermo y asustado, demasiado consciente de lo vulnerables que podían ser dos chicos en una carreta.

Aquello también lo enfurecía, y aquella furia quemó hasta consumir todo lo demás.

“Debemos salir del camino”, dijo Sartes. “A algún lugar donde no puedan vernos”.

Echó un vistazo a las armas que le habían quitado al guardia. No eran gran cosa, por supuesto no eran suficientes para enfrentarse ¿a cuatro, quizás cinco, hombres? Pero no podía quedarse allí y observar cómo arrastraban a aquella gente a la esclavitud, no cuando su madre había vendido a Ceres de aquel modo.

Apartaron la carreta del camino y encontraron una arboleda tras la cual esconderla. Sartes le pasó las riendas a Bryant para que el chico sujetara a los bueyes mientras él cogía la espada del guardia y observaba al grupo que iba avanzando.

“Aquí no nos verán, ¿verdad?” preguntó Bryant. “Este es un buen lugar para esconderse”.

Era un buen lugar para esconderse. O un buen lugar para una emboscada. Sartes observaba cómo se acercaban, para calcularlo bien.

Cuando vio a su padre en el centro de la fila, el corazón le saltó a la boca.

“Bryant, escucha, no tenemos mucho tiempo”, dijo Sartes. “Mi padre está en aquella fila de esclavos. No puedo dejarlo allí”.

“¿Qué quieres que haga?” preguntó Bryant, y Sartes solo podía sentirse agradecido por el modo en que lo había hecho. No era una pregunta acerca de qué iba a hacer Sartes, sino qué iban a hacer los dos.

“Voy a acercarme arrastrándome”, dijo Sartre. “Cuando te haga una señal, tendrás que hacer que estos bueyes se muevan. Necesito que los aterrorices si puedes. Después de esto... haz todo lo que puedas para apartar a la gente de los guardias”.

Vio que Bryant tragaba saliva, pero no lo culpaba. Sartre también tenía miedo, pero no podía quedarse parado.

Se arrastró hacia delante, hacia el límite delantero del rodal de árboles. Se aseguró de ser discreto y estar sucio de alquitrán le ayudó a ello, confundiéndolo con el follaje de modo que Sartre estaba seguro de que nadie lo divisaría a no ser que lo pisaran.

Esperó a que el grupo estuviera a su altura. Había dos guardias delante, vestidos con lo que probablemente había sido una armadura imperial, pero que ahora estaba magullada y hecha pedazos. Flanqueaban el carro en el que iba sentado el esclavista. Había dos más detrás, guiando la hilera de esclavos con látigos.

Sartre escuchaba cómo hablaban el uno con el otro mientras lo hacían y, por un momento, se agachó, escuchando, a la espera.

“Por lo visto hemos salido de la ciudad justo a tiempo”, dijo uno. “Puede que hayan destruido a la rebelión, pero ¿y las nuevas órdenes del rey? Esta puede que sea la última fila de esclavos en mucho tiempo.”

“Siempre habrá filas de esclavos”, dijo el otro. “Fíjate en cuántos de esos rebeldes vendió el Príncipe Lucio. ¿Tú crees que cuando él sea rey, no habrá todo el trabajo que queramos?”

“Pero puede que aún falte un poco para eso”, dijo el primero. “Y mató a muchos de ellos. Quedan los restos”.

“Solo significa que no hay abundancia en el mercado”, contestó el segundo.

“¡Pero piensa en todos los combatientes que va a hacer que maten en el Stade! ¡Si nos los hubiera dado a nosotros, hubiéramos sacado una fortuna!”

“Y el jefe tendría que contratar a media docena de hombres más, así que ¿cuánto sacaríamos tú y yo de eso?”

Sartre había escuchado suficiente. La fila estaba casi en posición. Era el momento de actuar.

“¡Ahora” exclamó y salió corriendo hacia delante. En aquel momento, la sorpresa era su única esperanza. Solo tenía que confiar en que Bryant hiciera todo lo que Sartre le había pedido.

El primero de los guardias ya se estaba dirigiendo hacia él entonces, pero Sartre ya lo estaba apuñalando con la espada que había robado. Entre su padre y el ejército, había aprendido más que suficiente dónde estaban los agujeros en la armadura imperial. Su espada se coló debajo del brazo del guardia y el hombre tropezó hacia atrás, parecía casi aturdido por lo que había pasado mientras caía.

Escuchó un choque y el grito de los animales y, al echar la vista atrás, vio que su carreta iba a toda velocidad contra la del esclavista. Uno de los guardias estaba tumbado en el suelo, evidentemente al haber sido golpeado por él, mientras Sartre vio que el esclavista brincaba de la carreta y tropezaba.

Quizás porque lo vio venir, se recuperó más rápido que el segundo guardia, se giró hacia él y clavó la espada en la pierna del hombre.

“¡Morirás por esto, cachorro!” vociferó el guardia y se lanzó hacia delante, pero el corte que tenía en la pierna lo frenó. Sartre pudo hacerse a un lado y golpeó de nuevo a su contrincante mientras este tropezaba. Esta vez, Sartre le alcanzó la garganta.

Corrió hacia la parte delantera de la columna, vio que un guardia empujaba a Bryant mientras el esclavista estaba tumbado sobre su espalda, gritando instrucciones y señalando con el dedo.

“¡No te quedes allí! ¡Mátalo! ¿Para qué te pago?”

Sartre pasó corriendo por su lado, ignorándolo mientras hundía su espada en la espalda del último guardia. Escuchó jadear al hombre y después cayó hacia delante, muy cerca del lugar donde estaba Bryant con solo un cuchillo.

El otro chico parecía impresionado. “Cuatro hombres”, dijo Bryant. “¿Conseguiste matar a cuatro hombres!”

Sartes dijo que no con la cabeza. “A uno lo golpeó la carreta, y a los demás los cogí por sorpresa”.

Aún así, el chico continuaba mirándolo como si fuera un combatiente. ¿Era así como se sentía Ceres, con toda la gente mirándola como si pudiera hacer cualquier cosa?

En aquel momento, tenía cosas más importantes de las que ocuparse. El esclavista todavía estaba tumbado y su anterior confianza había dado paso al miedo.

“¡No me mates!” dijo el hombre. “¡Por favor, no me mates!”

“¿Dónde están las llaves de las cadenas?” exigió Sartes, apuntando con su espada. Ver sangre en la espada le hacía sentir mal, pero se obligó a parecer tan aterrador como pudo. Dámelas. ¡Ahora!”

“¡Aquí... aquí!” El esclavista le lanzó un manojo de llaves. “No me matarás, ¿verdad?”

“Yo no te mataré”, dijo Sartes. Señaló a las figuras que estaban encadenadas detrás de la carreta. “Voy a desencadenarlos a todos. Pero no puedo hacer promesas acerca de lo que ellos harán”.

Vio cómo el esclavista echaba a correr, cojeando sobre su pierna buena para alejarse del camino. De algún modo, había mucha más satisfacción en aquello de la que hubiera habido si lo hubiera apuñalado.

Primero fue corriendo hacia su padre y no le salían las palabras. Solo pudo rodearlo con sus brazos.

“¡Pensé que habías muerto!” dijo su padre. “Al no volver, tuve la certeza de que lo estarías”.

“Intenté volver con todos vosotros”, dijo Sartes y el hecho de que su padre estuviera allí sano y salvo lo llenó de alegría. Rápidamente, abrió las cadenas, dejando que cayeran y le tiró las llaves al siguiente prisionero.

Se liberaron los unos a los otros, gritando de alegría por su libertad.

“Los salvaste”, dijo su padre. “Nos salvaste a todos. Estoy orgulloso de ti, hijo”.

Los demás se reunieron alrededor de ellos. Algunos alargaron el brazo para tocar con la mano el hombro de Sartes, apretándolo. Parecía que todos los que estaban allí necesitaran algo más que palabras por lo agradecidos que estaban. Sartes lo comprendía. Si alguien lo hubiera liberado a él de su carreta prisión, tampoco hubiera encontrado las palabras.

“Ojalá no nos hubiéramos separado nunca”, le dijo a su padre.

“Probablemente fue mejor que no estuvieras allí”, dijo su padre. “Nos traicionaron, Sartes”.

Sartes miró fijamente a su padre con la mirada vacía. “¿Quién... qué sucedió?”

“Nos pillaron mientras intentábamos abrir la puerta. Después de eso... Sartes, lo siento, pero Anka ha muerto”.

Entonces el dolor fue como un fogonazo en su interior. Anka había sido la persona que había visto el potencial que tenía dentro en la rebelión. Era la que había mejorado las cosas para todos ellos. Ahora no estaba y Sartes apenas podía creerlo.

“¿Qué pasa con Ceres?” preguntó Sartes. No podría soportar que ella también se hubiera ido.

“No lo sé”, confesó su padre. “Me gustaría darte mejores noticias”. Miró a su alrededor. “Tenemos que pensar en lo que vamos a hacer ahora. La rebelión ha desaparecido. Tenemos que decidir dónde estaremos a salvo”.

Sartes tenía una respuesta para aquello. “Escuché a los guardias hablando. Lucio está pensando en matar a los combatientes en el Stade. Todavía podemos ayudarles”. Pensaba en Anka, y en Ceres. Esto es lo que ellas harían. Lo que *habían* hecho.

“Sartes, has hecho un trabajo increíble al salvarnos”, dijo su padre, “pero el Stade es diferente. Allí habrá más guardias. No tenemos ni la manera de acercarnos”.

Sartes miró al carro del esclavista, preguntándose si rodaría. Sopesó las cadenas.

“Creo que la tenemos”.

# CAPÍTULO VEINTIDÓS

Ceres se acercaba al Stade con su rabia y su necesidad de salvar a los combatientes ambas quemando vivamente. Daba vueltas a la magnitud del trabajo que tenía por delante. ¿Podría incluso llegar hasta el Stade? Siempre había maneras de atravesar las calles de la ciudad sin ser vista. La parte difícil era meterse dentro. Era demasiado esperar que no la reconocieran, y respecto a entrar allí con armas...

Ceres negó con la cabeza.

*No, no hay modo de hacerlo.*

Pero tenía que *encontrar* una manera, que era por lo que seguía avanzando en dirección al Stade.

Ya podía ver las multitudes reuniéndose en las calles, esperando a que empezaran los juegos. Había oído hablar mucho de la supuesta retirada por parte del rey de la brutalidad que se había dado antes, pero o era una mentira, o Lucio no había oído lo que se esperaba de él o simplemente había ignorado a su padre.

A Ceres no le importaba lo que fuera. Fuera lo que fuera, a ella le decía que no se podía confiar en las promesas de paz del Imperio.

Se mezcló con la multitud lo mejor que pudo mientras se iba acercando. Podía notar la intranquilidad que había allí. La gente todavía no estaba segura de si era o no una trampa. Probablemente no les gustaba la idea de que el rey se limitara a declarar que la rebelión había terminado. Pero parecía que se dirigían hacia el Stade de una forma muy organizada. Todavía parecían desear la violencia de las Matanzas.

Quizás había algo de la retorcida inteligencia de Lucio en estos juegos. La gente de la ciudad había crecido a la espera de violencia. Aquello no iba a desvanecerse por una especie de comunicado. Las Matanzas lo harían mientras las cosas volvían a su antiguo orden.

Ceres se mezcló con la multitud hasta donde pudo, pero pronto resultó evidente que no iba a ser fácil entrar en el Stade. Había demasiados guardias por allí, en una hilera que marcaba la ruta hasta allí y, en algunos casos, mezclándose con la multitud. Ceres vio un pelotón de hombres que se acercaban y pensó que podrían haberla descubierto, pero se desviaron en el último minuto para coger a dos hombres que habían empezado una refriega por allí cerca. Parecía que no iban a permitir más violencia que la suya propia.

Como para confirmarlo, había unas mesas montadas fuera del Stade, con unas cuantas armas extendidas sobre ellas y unos guardias vigilando por allí cerca. Los oficiales cogían las armas de las pocas personas que habían traído, y solo los dejaban entrar en el Stade una vez desarmados. Ceres no tenía ninguna duda de que la reconocerían, aunque los demás no lo hubieran hecho hasta entonces.

“Tiene que haber un modo de entrar”, murmuró Ceres, mientras continuaba su camino hasta el Stade. Conocía sus entradas traseras, las entradas por donde entraban los combatientes y las provisiones para los días de las Matanzas. El instinto le decía que una de ellas le ofrecería una mejor oportunidad que intentar entrar por delante.

Así que lo intentó, y descubrió que alguien más lo estaba intentando. Había una carreta de esclavos delante de la entrada, los ocupantes discutían con unos guardias mientras una fila de figuras encadenadas seguían detrás, evidentemente como más alimento para el Stade.

Ver aquello fue suficiente para que Ceres se olvidara de su cautela. Esos esclavos merecían su ayuda igual que los que estaban en el Stade. Fue a la carga.

\*\*\*

“Se lo estoy diciendo”, Sartes escuchó que decía su padre. “Estamos aquí por las Matanzas”.

Desde donde estaba en la carreta, Sartes miraba a su alrededor, intentando encontrar un modo mejor de entrar. Cuando la pensaron, parecía una estratagema clara. Hacerse pasar por esclavistas que traían

carne fresca al Stade, para que los guardias los dejaran pasar.

Pero no había imaginado que habría *tantos* guardias, ni que pasarían tanto tiempo haciendo preguntas. Si miraban muy de cerca, incluso podrían encontrar las armas escondidas en la carreta.

Vio que el guardia inspeccionaba a los rebeldes encadenados. “A mí este grupo no me parecen combatientes”.

“Son el aperitivo”, dijo Sartres. “Para dejar que los combatientes maten a algunos de ellos, sacar de quicio a la multitud, todas estas cosas”.

“Estarán algo más que fuera de quicio”, dijo el guardia. “¿No eres un poco joven para ser mercenario?”

A Sartres se le cortó la respiración, pero se obligó a continuar. Se encogió de hombros. “El ejército intentó llamarme a filas, después los rebeldes intentaron reclutarme. Puede imaginarse cómo fue la cosa”.

“¿Intentas decirme que *tú* capturaste a este grupo?” dijo el guardia. Sartres vio cómo fruncía más el ceño.

Quizás la mentira había ido demasiado lejos. Sartres apretó fuerte la empuñadura de su espada.

Una figura pasó a toda velocidad por su lado, la espada apenas se distinguía. Los guardias caían a diestro y siniestro. A Bryant Sartres le había parecido una especie de maestro de la espada al superar a tres guardias por sorpresa, pero *aquello* era puro talento. La figura se agachaba y zigzagueaba, atacaba con la espada, mientras los guardias caían a su alrededor como el grano en la cosecha. Sartres miraba fijamente cómo el último de ellos se desplomaba y el recién llegado se giraba, con la espada en alto.

“¡Ceres, espera! ¡Soy yo, Sartres!”

Apenas podía creer que realmente su hermana estuviera allí. Vio que se detenía, con la espada quieta, y lo miraba atentamente con evidente sorpresa al reconocerlo de golpe.

“¿Sartres? ¿Qué estás... Padre? ¿Estáis vivos *los dos*? ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Qué es esto?”

Parecía como si Ceres no pudiera comprender lo que le estaba sucediendo en aquel instante.

“Podríamos preguntarte lo mismo”, dijo Sartres. Fue corriendo a abrazarla. “Pero me alegro de que estés viva”.

“Qué bien verte, hermanito”, le aseguró Ceres, y Sartres notó que le despeinaba el pelo. “Imagino que en realidad no te has convertido en un esclavista mientras yo he estado encerrada.”

“¿Te gustan nuestros disfraces?” preguntó Sartres, su parte más infantil quería alardear de su astucia delante de su hermana, a pesar de la maldad de todo lo que había sucedido. “Pensamos que podríamos ayudar a los combatientes”.

“¿Eso es lo que ibais a hacer?” preguntó Ceres.

“¿No nos crees capaces?” argumentó Sartres. “Lo planeamos. Si piensan que traemos esclavos, nos dejarán entrar. Y si no, por lo menos podemos cogerlos por sorpresa”. Suspiró. “Lo sé, es una idea estúpida, pero no previmos que los que estuvieran aquí discutieran tanto”.

Vio que Ceres sonreía. “Creo que es perfecta. Especialmente ahora que hemos superado la primera fila”.

Sartres vio que se colocaba en su sitio en la fila y le pasaba su espada a su padre para que la escondiera en el carro. Se dirigieron de nuevo al Stade aunque arrastrando los pies, porque tenían que llegar allí antes de que se descubrieran las secuelas de aquella lucha.

También había otras razones. De camino a las instalaciones del Stade, Sartres escuchaba los gritos de la multitud, y el estruendo de los cuernos anunciando la llegada de las matanzas. Los mayores juegos que había visto el Stade habían empezado y Sartres no sabía si podrían llegar al corazón de aquel lugar a tiempo para pararlos.

# CAPÍTULO VEINTITRÉS

A su pesar, Ceres sentía cómo crecía su emoción mientras la falsa fila de esclavos entraba por las puertas exteriores del Stade. Recordaba la última vez que había entrado en aquel espacio. Recordaba el ruido de la multitud gritando su nombre.

A pesar de la piedra de las paredes, ahora podía oír a la multitud, sus gritos crecían en intensidad mientras exigían que siguiera la violencia. Ceres podía oír la emoción y sabía que o se saciaba tal y como quería Lucio o podía virar hacia otra cosa.

Casi llegaron al suelo del Stade sin que los guardias les cuestionaran. Pasaron emitiendo un retumbo por las puertas exteriores sin ningún comentario y después llegaron a las instalaciones interiores de la arena. Fue al llegar a las puertas de hierro que dan a la arena cuando los guardias se pusieron en su camino y desenfundaron las espadas al verlos. Incluso ellos parecían confundidos, como si todo aquello fuera un error.

“Se supone que no debéis estar aquí”, dijo uno.

Ceres negó con la cabeza. “Aquí es *exactamente* donde tengo que estar”.

Arrojó las cadenas que formaban su disfraz, pasó a toda prisa por donde estaban los demás y golpeó al primer guardia. El impacto fue suficiente para estrellarlo contra la pared que había tras él. Cayó inconsciente.

Ceres ya se estaba moviendo. Esquivó el empujón del segundo guardia, le cogió la espada y se la arrancó de las manos de un tirón. Lo lanzó hacia el grupo de rebeldes que había con ella y no se sorprendió al ver que inmediatamente le rodeaban el cuello con una cadena, y lo estrangulaban hasta que se desplomaba.

Ceres vio que su hermano se dirigía hacia delante, pero le dijo que no con la cabeza. “Espera aquí, Sartés. Necesito que tú y los demás guardéis esta salida, o no tendremos por donde escapar”.

“Pero no puedes ir ahí dentro sola”, insistió Sartés.

Ceres cogió las espadas de los dos guardias, alzando una en cada mano. “Confía en mí,, hermanito. Os quiero, a ti y a nuestro padre”.

Respiró y se metió en el túnel que llevaba a las arenas del Stade. Cuanto más se acercaba, más podía oír los vítores y los abucheos de la multitud, el ruido la anegaba como el rugido del océano. En las arenas, vio hombres a los que reconocía, combatientes al lado de los cuales había entrenado y que habían estado allí con la rebelión.

Estaban en un círculo suelto con las armas que habían escogido, tan alejados los unos de los otros que no podían alcanzarse rápidamente. Incluso la armadura incompleta que normalmente llevaban en el Stade había desaparecido, dejándolos vulnerables y desprotegidos. Ese no era un combate para que sobrevivieran.

Por encima de todo, Ceres escuchaba la voz de Lucio gritando desde el palco real.

“Pueblo de Delos. Mis súbditos. Campesinos. Hoy vais a presenciar las muertes de esclavos y traidores. Mueren como vuestro entretenimiento, pero como más que eso. Recordad cómo los veis acabar con el poder del Imperio. ¡Recordad el precio de alzaros contra vuestros legítimos gobernantes!”

Desde donde estaba, Ceres veía a Lucio en el palco como un único punto dorado rodeado por guardaespaldas mercenarios. Entonces se llenó de furia, por todo lo que él era, por todo lo que le había hecho a ella, a su familia y a la gente del Imperio.

“A los así llamados combatientes se les permitirá luchar para diversión vuestra”, dijo Lucio. “Lucharán hasta la muerte, y al último que quede se le permitirá vivir, ¡incluso se le dará su libertad!”

Ceres vio que los combatientes se quedaban quietos, mirándose los unos a los otros como si nadie quisiera ser el primero en moverse.

“Si no lucháis, os sacrificaré como esclavos que sois”, dijo bruscamente Lucio. “Haré que entren unos soldados y os ejecuten mientras vosotros estáis arrodillados. ¿No es mejor tener una oportunidad de vivir? ¿No es mejor morir de pie?”

Ceres ya había aguantado suficiente. Salió a la arena y sintió cómo esta se arremolinaba a su alrededor mientras el viento la atrapaba.

“¿Qué es lo que harás realmente con el último hombre, Lucio?”, exclamó y, con el sonido de su voz, pareció que a su alrededor se formaba un silencio incómodo en el Stade. “¿Lo asesinarás discretamente, tal y como intentaste hacer conmigo? ¿Dirás que cambiaste de opinión, tal y como cambiarás de opinión acerca de contenerte de hacer daño a la gente común? ¿Cuál será tu excusa?”

Ceres vio la mirada de Lucio sobre ella, y pudo ver el odio que en ella había.

“Ceres, ahí lo tienes”, gritó por encima del silencio del Stade. “¿No reconoces cuando estás derrotada? Y en cuanto a las excusas... soy un príncipe. No *necesito* ninguna”.

Entonces Ceres escuchó susurros y murmullos propagándose por el Stade. Preguntas, expresiones de sorpresa, la necesidad de saber si realmente era ella. Por último, solo se escuchaba una palabra, una y otra vez, sutil como el viento a través de un bosque.

“Ceres. Ceres”.

Lucio miró a su alrededor con evidente rabia al escuchar su nombre. “Ya es suficiente”, exclamó. “¡Haré que maten a aquel que la aclame! Y respecto a los demás... ¡el hombre que mate a Ceres, vivirá sin tener que luchar contra el resto!”

Ceres esperaba a que los combatientes le cayeran encima. Al menos uno aceptaría la oferta de Lucio y, cuando uno lo hubiera hecho, los demás le seguirían. Pero nadie se movió. Uno, un hombre de pecho fuerte y grueso con una barba dorada que le colgaba casi hasta la cintura, cogió con una mano de la empuñadura de un hacha para hacer un gesto grosero.

“¿Tú nos *darás* nuestra libertad, verdad?” exigió. “¿Y qué clase de libertad será? ¡Yo tomaré mi libertad, chico! ¡La tomaré de ti y de todos los de tu especie, o moriré en el intento!”

Ceres reconocía una oportunidad cuando la escuchaba.

“Todos vosotros”, gritó hacia la multitud. “¿*Queréis* vivir hasta que Lucio os dé permiso para hacerlo? ¿Queréis la paz solo hasta la próxima vez que el Imperio decida tomar todo lo que tenéis? ¡Os han dado la paz, pero el precio es que nada cambia! ¡*Vosotros* podéis cambiarlo, todos vosotros!”

“Lo único que cambiará aquí”, dijo Lucio, “es ¡que tu te irás a la tierra de los muertos! Si estos esclavos no lo hacen, lo harán mis hombres. ¡Matadlos a todos!”

Ceres escuchó el sonido de los cuernos y las puertas de alrededor del Stade se abrieron. A ella le recordó los momentos en que habían soltado a grandes bestias para que luchara contra ellas, solo que esta vez, eran hombres con armadura los que llegaban a raudales. Soldado tras soldado llenaron el Stade, moviéndose para rodear al grupo de Ceres, cortándoles la salida. Todavía seguían llegando.

“Demasiados”, dijo uno de los combatientes.

Ceres escuchó cómo otro reía. “Bueno, no querría que se dijese que bastó menos de una legión entera de ellos hundir a Naras de la Montaña Gris!”

Ceres estaba allí, observando cómo seguían viniendo soldados, y supo que debía hacer algo. Más aún, solo había una cosa evidente que hacer. Fue a la carga.

Se confundió entre las filas de soldados, dando golpes de espada a diestro y siniestro en medio de la extraña calma que le había enseñado la gente del bosque. Giraba y daba estocadas con las técnicas que primero había aprendido como combatiente y, cuando uno de los soldados intentó agarrarla, Ceres sintió que sus poderes se descargaban automáticamente, dejando tan solo piedra tras ella.

“¡Ceres! ¡Ceres!”

Escuchaba cómo la multitud empezaba a corear mientras luchaba. Se agachó para esquivar un golpe de espada y recortó a la altura del tobillo, entonces dio un salto alto y empujó de una patada a un soldado

contra otros dos. Paró un machetazo y, a continuación, agarró a un soldado y lo arrojó con toda la fuerza que su sangre le daba.

A su alrededor, Ceres vio que los combatientes luchaban con todas sus fuerzas. No tenían armadura y nada de la disciplina de los soldados, pero cada uno de ellos ya estaba derribando oponentes. Vio al barbudo blandiendo su hacha en arcos que dejaban restos de sangre carmesí a su paso, mientras otro hacía girar una lanza, haciendo que pasara a toda velocidad por los escudos hasta las filas que había detrás de ellos.

Cada uno de ellos luchaba como si se tratara de diez o más hombres, pero a Ceres incluso los combatientes le parecían lentos. Ella iba dando golpes de espada entre las tropas de Lucio con la misma facilidad que una noble señorita daría un paseo por un jardín, cogiendo flores a su paso. Se inclinó hacia atrás para esquivar el corte de una espada, rajó a un enemigo en el brazo y después soltó un estallido de fuerza asesina que arrojaba a los soldados lejos de ella.

“¡Ceres! ¡Ceres!”

Por un instante, Ceres tuvo un espacio para pensar y escuchó cómo ahora la multitud la estaba aclamando de verdad. Pero aclamarla a ella no era suficiente. Al final, tantos soldados podrían incluso abatirla, pero no podrían abatir a toda la multitud.

“Dejad de estar allí sentados mirando”, exclamó Ceres por encima del choque de metal sobre metal. “¡Si queréis ser libres, no podéis dejarlo en manos de otro! ¡Tenéis que luchar por vosotros mismos!” Esquivó un ataque y le dio un golpe de espada a un soldado en la espalda. “¡Luchad ahora! ¡Tomad vuestro destino en vuestras manos!”

Ceres luchaba e, incluso con todas las veces que había luchado antes, aquella parecía diferente. Los poderes que tenía dentro parecían latir en armonía con ella a cada movimiento. Ella daba golpes y luchaba con una velocidad y una fuerza mayor de lo que jamás hubiera imaginado antes, pero aún así parecía que ella estaba simplemente encajando en el modo que debían ser las cosas, exactamente como le habían enseñado. Sin tener que pensarlo, sabía exactamente dónde tenía que poner la espada a continuación, siempre en movimiento, sin detenerse en un sitio durante mucho tiempo.

Más soldados intentaron agarrarla y, de nuevo, sus poderes se desataron, dejando estatuas donde antes había habido hombres. Aquello preocupaba a Ceres, pues había sido aquel legado de su linaje lo que la había agotado tanto antes.

Pero por ahora, por lo menos, Ceres se sentía más viva y más fuerte de lo que jamás se había sentido. Cogió una espada entre dos espadas cruzadas, atravesó con ellas el cuello de otro enemigo y después empujó a lado y lado para hundirlas más. Parecía que a cualquier lugar que se dirigiera había carne para cortar, la amenaza de espadas que esquivar o la presencia de los soldados de Lucio a los que evitar.

Al pensar en Lucio, alzó la vista hacia el palco real. Todavía podía verlo allí, mirando la lucha mientras observaba la matanza, solo que ahora su regocijo ante la violencia había dado paso a la preocupación, incluso al miedo.

“Bien”, dijo Ceres para sí misma mientras continuaba luchando. Lucio merecía estar asustado. Si Ceres podía acercarse a él, se aseguraría de que fuera la última cosa que sentía.

Continuó girando como un remolino, atacando y defendiendo más rápido de lo que podría haberlo hecho antes de que sus poderes vinieran a ella, marcando un claro espacio entre los soldados que la rodeaban. Esquivaba entre las formas de piedra de los soldados que la habían intentado agarrar, usándolas como una especie de anillo de fortificaciones de piedra para defenderse. Los cuerpos se amontonaban a su alrededor y, aún así, Ceres luchaba.

Vio que los otros combatientes continuaban luchando a su alrededor, cada uno de ellos de pie en el centro de su propio montón de cuerpos, aunque ninguno de ellos parecía estar bailando entre sus enemigos tal y como Ceres hacía, y algunos parecían ir más lentos. Mientras Ceres observaba, vio a un hombre grande que luchaba con guantes con clavos caer bajo las espadas de una docena de hombres.



Otro combatiente tropezó sobre el cuerpo de un soldado y cayó. Otro soldado se puso sobre él y levantó una espada. Ceres lanzó una mano de forma automática y sus poderes tiraron de su espada. El combatiente rodó por el suelo y se puso de pie a tiempo para apuñalar al soldado en el estómago.

“¡Combatientes, a mí!” exclamó Ceres, sabiendo que tenía que tomar el control de aquello. Los combatientes eran luchadores increíbles, pero no sabían cómo luchar juntos. Ceres estaba dentro del círculo de figuras de piedra que había creado, derribando a los soldados que se acercaban mientras los combatientes miraban en su dirección.

Parecían entender lo que pretendía, porque lucharon hasta meterse dentro del círculo de figuras de piedra que ella había creado, defendiéndolo tal y como hubieran defendido una fortaleza. Protegidos de aquel modo por la piedra, los soldados no podían rodearlos o llegar hasta ellos más que de uno en uno. Podían luchar y podían ganar.

Y lo que era más, Ceres vio que empezaban a estallar peleas en las gradas cuando los espectadores empezaron a asaltar a los guardias que estaban allí para controlarlos. Vio que un grupo tiraban al suelo a un guardia y le arrancaban sus armas mientras atacaban con sus puños. Vio cómo otro guardia derribaba a una mujer y, acto seguido, tres más ocuparon su sitio y lo tiraron de las gradas.

Ceres sentía que la energía de la revuelta crecía en aquel instante y supo que, en cuestión de minutos, emergería del Stade. Todos los intentos por declarar la rebelión terminada quedarían en nada frente a esta nueva efusión de rabia popular. Las multitudes saldrían del Stade y entrarían a raudales por las calles para tomar la ciudad.

Este era un sentimiento que llenaba de satisfacción a Ceres. Era el tipo de alzamiento del que Anka hubiera estado orgullosa. Era lo que Sartres y su padre hubieran querido. Quizás todavía estuvieran luchando por allí, ayudando donde podían.

Pero Ceres no lo sabía con seguridad. No podía hacer otra cosa que bloquear la siguiente espada, encargarse del siguiente soldado e intentar guardar su sección en la fortaleza improvisada que sus poderes habían construido en la arena del Stade.

No importaba lo bien que lucharan, los soldados todavía estaban entre ellos y la salida. No había escapatoria y no cesaban de llegar guerreros del Imperio con sus armaduras.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Estefanía apenas podía reprimir su aversión mientras avanzaba por las áreas más pobres de Delos, a través de las calles tortuosas del Distrito Enredado, aunque aquello tenía un lado positivo. Era un recordatorio de lo mucho que ella tenía, de lo mucho que tenía por lo que luchar.

Era lo mismo que sentía cada vez que tenía que salir para ir a la ciudad a encontrarse con un confidente o abastecerse con la clase de cosas que no podía dejar a sus doncellas. El mundo fuera de palacio era cruel y sucio, y eso aún era más razón para que Estefanía se asegurara de mantener su sitio.

Sin embargo, había cosas por las que valía la pena arriesgarse. No por amor –aquello lo había aprendido a las malas. Sin embargo, siempre valía la pena esforzarse por el odio y la venganza.

“Vigila por si hay problemas”, le dijo Estefanía a su doncella mientras avanzaban por las calles sinuosas que apestaban a demasiada humanidad en un lugar demasiado pequeño.

“Sí, mi señora”, respondió la chica.

Estefanía suspiró. ¿Qué sentido tenía involucrarse con tónicas para disfrazarse si aquella chica estúpida insistía en anunciar quiénes eran cada vez que hablaba? Quizás hubiera tenido que traerse a Elethe después de todo. Al menos, su nueva doncella experimentada sabía qué se suponía que debía hacer en circunstancias más exigentes que seducir a un noble menor o escuchar en las puertas. Y lo que era peor, la chica parecía no tener ningún sentido del rumbo. Ya hacía una hora que iban tras la bruja que buscaban.

A Estefanía no le gustaba el ambiente que había hoy en la ciudad. Estaba segura que, a raíz de la declaración de paz, la ciudad estaría en silencio, y lo estaba, pero en el mundo existían diferentes tipos de silencio. Conocía la diferencia entre alguien que simulaba dormir y alguien que estaba profundamente dormido. Conocía la diferencia entre una habitación vacía y una en la que alguien se estaba escondiendo. Daba la sensación de todo ello, pero de algo más.

Parecía el silencio que hay cuando un halcón sobrevuela un bosque, en busca de presa.

“Estate preparada”, susurró Estefanía.

“Sí, mi...”

De un callejón salieron dos hombres de aspecto rudo y una mujer joven que no era mucho mejor. Todos llevaban harapos. Los dos hombres sujetaban unos cuchillos. ¿Cómo alguien podía abandonarse de esa manera?

“Míralas”, dijo la mujer joven. “Intentándose esconder bajo capas tan ricas que con cada una se podría comprar la comida de un mes”.

“¿No sabéis que ahora mismo hay una rebelión?” preguntó uno de los hombres. “A los nobles les pasan cosas malas en las calles”.

“Cosas malas”, reconoció el otro.

Estefanía se quitó la capucha. “¿Por casualidad no conoceréis a una bruja que vive por aquí?” preguntó, con la misma facilidad que si hubieran estado charlando sobre vino especiado.

“¿La oís?, pregunta por la Vieja Hara como si fueran amigas”, dijo la mujer joven en tono de burla.

Estefanía buscó dentro de su capa. Sacó una bolsa con monedas haciendo una ligerísima señal con la cabeza a su doncella. Era el momento de ver si la chica tenía algún valor.

“Puedo pagaros por la información”, dijo Estefanía.

“Oh, nos lo quedaremos”, respondió uno de los hombres y dio un paso hacia delante. Entonces golpeó a Estefanía y ella notó el gusto de la sangre. “Esto y todo lo que tengáis”.

Estefanía metió rápido la mano dentro de la capa y el hombre jadeó cuando un cuchillo le alcanzó el pecho. Ella se echó hacia atrás para dejarlo caer y vio que su doncella estaba luchando contra el otro. Le cortó el cuello por detrás, sin importarle que la sangre cayera sobre su doncella. Fue mucho más fácil que

la primera vez que apuñaló a alguien. Fue interesante darse cuenta de ello.

“Ahora”, dijo Estefanía, dirigiéndose a la mujer joven que los acompañaba, “Nos ibas a decir dónde encontrar a la ‘Vieja Hara’”.

Estefanía notaba el miedo. Bien, podía fiarse del miedo.

“G-girad a la izquierda cuando veáis una señal con tres monedas”, dijo la mujer. “Vive en la casa que tiene la serpiente de piedra encima de la puerta”.

“Gracias”, dijo Estefanía. Se dirigió a su doncella. “¿Crees que puedes matar a *esta* tú misma o también tengo que hacerlo yo?”

Estefanía no se molestó en mirar mientras la doncella hacía lo que le había pedido. La chica la alcanzó bastante rápido, limpiándose un poco la sangre mientras Estefanía ya se estaba acercando a la casa de la bruja.

“¿Por qué aquellos que tenían conocimiento o poder vivían en lugares así? La casa parecía estar encorvada, metida entre dos casas de vecinos más grandes que parecía que iban a caer en cualquier momento. En efecto, en la jamaba de la puerta había una serpiente de piedra tallada, que miraba hacia abajo como si fuera a morder a los visitantes no deseados.

Estefanía empujó la puerta y por instinto se agachó cuando un par de cuervos de ojos rojos salieron volando, sus garras brillaban a la luz del sol.

“No deje que la arañen, Lady Estefanía”, gritó una voz desde dentro. “Han estado rondando en una de mis pociones más raras”.

Estefanía no le preguntó a la mujer cómo sabía quién era. Las verdaderas brujas tenían modos de saber estas cosas, aunque rara vez tenían mucho que ver con la magia. Probablemente la mujer la había visto llegar.

“Haz el favor de entrar”, gritó la bruja. “Si has venido desde tan lejos a verme, me imagino que tendremos mucho de lo que hablar”.

Estefanía entró en la casa de la mujer, y el interior no era mucho mejor que el exterior. El desorden llenaba las estanterías que había en cada pared. Había calaveras junto a frascos llenos de insectos en conserva. Había libros abiertos encima de los bancos. El lugar olía a una mezcla de excremento con los olores acres de la hechicería, flores raras y olor a quemado.

Una gran olla de hierro colgaba sobre una chimenea en uno de los extremos de la habitación principal. La mujer que había delante de ella no era tan mayor como Estefanía había imaginado que sería. Probablemente no tenía más de unos cuarenta años. Tenía unas cuantas canas en el pelo y el más simple indicio de arrugas alrededor de los ojos. Pero aquellos ojos tenían una mirada que decía que habían visto más que la mayoría, y su sonrisa era algo cruel.

“Es raro que la realeza venga a visitarme”, dijo la Vieja Hara. Señaló hacia la olla de hierro. “Y has traído la ayuda. Qué amable. “¿Puedo tentaros con algo para comer, queridas mías?”

Estefanía miró la olla y no quería ni pensar en todas las cosas que se debían haber cocinado en ella. Incluso ahora, el olor que desprendía era repugnante.

“No son las historias sobre tus habilidades culinarias lo que me trajo hasta aquí”, dijo Estefanía.

“¿No?” Volvió aquella sonrisa desagradable. “¿Entonces qué, queridas? Tengo polvos, pociones y venenos para cualquier ocasión. Un poco tarde para el ayudante de una doncella o una poción de amor, me imagino, y estoy segura de que los médicos del castillo pueden tratar la mayoría de todos los otros problemas en los que una noble dama pueda tropezarse. ¿Quizás es algo relacionado con un rival? ¿Una buena tintura de arsénico, o una dosis de hierbas silvestres para ponérselo a alguien en la infusión?”

“Las hierbas silvestres son algo ridículo que incluyen los dramaturgos porque no saben hacer nada mejor”, replicó Estefanía. “Puedes olerlas a más de diez metros, notar su sabor en cualquier cosa aparte de las especias más fuertes y, en el tiempo que tarda en hacer efecto, yo podría crear un antídoto dos veces mayor. Si eso es lo que me ofreces, dudo que haya venido al lugar adecuado”.

“Se sorprendería de cuántos nobles ingenuos me las compran”, dijo la Vieja Hara. “Gano muchas monedas con ellos. No estoy segura ni de si la mitad de ellos alguna vez las usan. Solo las guardan por ahí para parecer peligrosos. “Pero imagino que usted pretende algo más que *parecerlo*”.

La sonrisa de Estefanía era mucho más tensa que la de la mujer mayor. “Una mirada a mi acompañante te lo podría decir. Por ahora, me has ofrecido cosas de bruja de seto, la mayoría de las cuales yo misma podría preparar. Incluyendo venenos mejores que las hierbas silvestres”.

Estefanía pretendía que aquello fuera una advertencia. No le gustaba que le hicieran perder el tiempo y, a menudo, no se podía confiar en la clase de gente que vendía venenos.

“Entonces ¿qué puedo proporcionarle, mi señora?” preguntó la Vieja Hara. “Si puede preparar sus propios venenos con tanta facilidad, ¿por qué viene a visitar a una pobre anciana con talento para cosas olvidadas?”

“Para conseguir información”, dijo Estefanía. Sacó el oro que había ofrecido a los que iban a atacarla. “Información cara”.

“Hmmm... pensaba que sería yo la que le diría eso. Si empieza con esto, debe de ser información *muy* cara. Así que, ¿qué es esto tan importante para usted?”

Estefanía había estado pensando en la mejor manera de decirlo desde que había salido de palacio. Pero, en definitiva, había ocasiones en las que era necesario ser directa.

“Quiero conocer la mejor manera de matar a uno de los Antiguos”.

Vio que la sonrisa en la cara de la Vieja Hara se desvanecía y su expresión se endurecía. Había algo en aquel cambio que le decía que había ido al lugar adecuado, allí entre piezas sueltas y pociones. Aquella mujer sabía algo y Estefanía lo descubriría, costase lo que costase.

“¿Esto va de la chica que venció al combatiente del Príncipe Lucio?” dijo la Vieja Hara. “Una chica que puede convertir a un hombre en piedra y que pudo traer a un ejército hablando de su linaje”.

Estefanía no se iba a impresionar solo porque aquella mujer había escuchado unos cuantos rumores.

“Ceres”, dijo Estefanía. “Se llama Ceres. Me ha quitado demasiado. Ahora es el momento en que me lo pague”.

“Escuché que la habían capturado”, dijo la bruja.

“Escapó. Hay soldados convertidos en piedra en la celda en la que estaba cautiva”. Entonces Estefanía no pudo evitar pensar en lo evidente. ¿Y si hubiera sido ella? ¿Y si hubiera tocado a la campesina cuando sus poderes se desataron de aquella forma? ¿Sus poderes? No era más que un accidente de la sangre, pero de algún modo significaba que todos debían inclinarse ante ella. Bueno, Estefanía no lo permitiría.

Veía que la bruja estaba reflexionando, como si tuviera la opción de hablar con Estefanía. Si era necesario, Estefanía conseguiría lo que quería de ella mediante la tortura. Aunque era peligroso pelearse con los de su especie. Era mejor hacerlo de una manera civilizada.

“Si sabes algo, necesito tu ayuda”, dijo Estefanía, intentando que su voz sonara a súplica tanto como fuera posible.

La bruja todavía parecía pensativa, moviendo sus manos una contra la otra como si se las estuviera lavando. “Está pensando en caminar por un sendero peligroso”, dijo. “Tengo información que podría llevarla hasta lo que desea saber, pero primero tengo un consejo. Dé la vuelta. Regrese a su palacio. Será más feliz. Existen algunos caminos donde, una vez empiezas a andar, es difícil regresar”.

Quizás existían, pero Estefanía imaginaba que valía la pena el esfuerzo de todos modos.

“Vine aquí por respuestas”, dijo.

“Las respuestas son caras”, respondió la Vieja Hara. “Más caras que la moneda, porque darlas me trae problemas con gente con la que es mejor no cruzarse”.

Estefanía guardó su bolsa con monedas bajo su capa. “¿Entonces qué?”

Vio que la bruja encogía los hombros. “Existen rituales, pociones... investigación que requiere

ingredientes especiales. Los contrabandistas me traen muchos, pero aún así, el tiempo se me echa encima”.

“¿Qué es lo que quieres?” repitió Estefanía.

“Existen rituales que requieren la sangre de una mujer joven y sana, su piel, sus huesos”. Estefanía vio que señalaba con la cabeza a su doncella. “Si realmente desea saber, la tomaré a ella”.

El impulso de Estefanía era decirle a la mujer que no. Sacarle la información mediante la tortura tal y como había planeado. Tenía la lealtad de sus doncellas porque a cambio las protegía. Aquello no era el tipo de cosas que ella hacía.

“¿Mi señora?” dijo la chica, con aquella irritante voz suya que las había metido en tantos problemas en la calle.

Lo cierto era que aquella chica no había sido nada útil hasta el momento. Ahora la única cuestión era lo mucho que Estefanía deseaba saber cómo derrotar a Ceres. ¿Cuánto deseaba su venganza?

Solo había una respuesta para eso.

“Tómala”, dijo Estefanía. “Permitió que me *golpearan*”.

La chica alzó las manos como para alejar una amenaza, pero al principio no parecía que las palabras la acompañaran. Cuando vinieron, eran poco más que un balbuceo.

“Mi señora... por favor, puedo hacerlo mejor... no puede hacer esto...”

Estefanía vio que la Vieja Hara se acercaba a la doncella, levantaba una mano y le daba una bofetada casi como si le estuviera dando un beso. Estefanía vio que el rocío dorado del polvo alcanzó a la chica en la cara cuando esta jadeaba.

Un instante más tarde se desplomó, mientras la bruja se sacaba el polvo de las manos.

“Aliento de oro”, dijo Estefanía con cierto asombro. El veneno era una rareza, destilado a partir de las raíces de flores traídas de las Tierras del Sur.

“Lo tenía preparado por si era tan estúpida como para atacarme”, le dijo a Estefanía. “Me impresiona que lo reconociera”.

“He hecho mi parte”, dijo Estefanía. “Más vale que valga la pena lo que tienes que decirme. ¿Cómo puedo detener a un Antiguo?”

“Usted no puede”.

La ira creció dentro de Estefanía y se llevó la mano a la capa.

“Pero hay alguien que puede”, continuó rápidamente la bruja. “Un hechicero que ha pasado su vida estudiando sus obras. Le he visto matar a uno con sus propias manos”.

“¿Dónde puedo encontrar a este hechicero?” exigió Estefanía.

“En las tierras de Felldust”, respondió la bruja, “donde el sol al ponerse se encuentra con las calaveras de los que murieron como piedra”.

“¿Y eso qué significa?” preguntó Estefanía.

Vio que la bruja extendía las manos. “Es lo que me dijeron por si alguna vez necesitaba encontrarlo. Debe ser muy sencillo, para alguien con sus recursos, y si dice que la envió yo, puede que no le quite el cerebro y la reduzca a su sirvienta. Pero le repito que este es un asunto peligroso. ¿Su rabia merece el riesgo?”

No era solo la rabia. Estefanía estaba acostumbrada a ser fría con su rabia, a inmovilizarla. Sin embargo, la venganza siempre valía la pena.

“Eso no es asunto tuyo”, dijo Estefanía. “Dime, si te hubiera matado después de saber lo que quería, ¿qué señal no me hubieras dado para el hechicero?”

Vio que la Vieja Hara sonreía de nuevo. “Le hubiera enviado un cuervo con mi marca. Tiene la astucia para aprender el oficio, mi señora”.

Aquello probablemente era un halago, pero Estefanía tenía cosas mucho mejores que aprender. Se marchó, abandonando a su doncella a su suerte.

Era el momento de vengarse.

# CAPÍTULO VEINTICINCO

Lucio estaba de todo menos contento por marchar del Stade y volver al castillo. Estaba deseoso por ver la desaparición final de los esclavos.

Sin embargo, parecía ser que no tenía elección.

“¿Estás seguro de que esto no podría haber esperado?” exigió Lucio a uno de los hombres. Este llevaba la armadura de filo dorado de la guarda real, no la común de los guardias, roja y plateada.

“El rey dijo ‘de inmediato’, su alteza”, dijo el hombre, con una monotonía que a Lucio le parecía de piedra o de teca.

“¿Y dijo de qué se trataba?”, exigió Lucio, mientras continuaba yendo a toda prisa hacia el castillo.

A su lado, el silencio era palpable. El guarda real no hizo mucho por dignificar aquella petición con una respuesta. Si Lucio lo hubiera podido hacer, hubiera hecho que degradaran al hombre por aquello, o lo hubiera enviado a los márgenes del Imperio a luchar contra los saqueadores que a veces pasaban la frontera, pero esos guardias solo respondían ante el rey.

La caminata hacia el castillo no ayudó mucho a mejorar el humor de Lucio. No era solo el mal humor que le producía la ciudad, cuando todos deberían estar en sus casas, por miedo a él. Era el tener que andar entre dos guardias para ahuyentar las amenazas de la calle y el parecer más un prisionero al que tenían que vigilar que una personalidad a la que estaban protegiendo.

Cuando llegaron al castillo y a las puertas de los aposentos de su padre, Lucio estaba echando humo. Cuando uno de los guardas le cerró el paso, Lucio por poco le golpea. Solo pensar que probablemente era más que capaz de hacerlo puré a Lucio si él le golpeaba lo frenó.

“¡Apártate de mi camino, hombre!” ordenó Lucio.

“Discúlpeme, su alteza, pero todavía lleva su espada”.

Lucio deseaba desenfundarla y clavársela a aquel hombre pero, en cambio, se la pasó de mala gana, junto con el puñal solo para que quedara claro. Finalmente los guardias se apartaron y Lucio pasó por delante de ellos.

“Recordad que un día yo seré vuestro rey”, dijo Lucio en un tono que esperaba que fuera convenientemente peligroso. De nuevo, hubo silencio.

Evidentemente, su padre estaba sentado en el trono que tenía en sus aposentos. Siempre lo hacía cuando quería parecer serio. Con Lucio hubiera funcionado mejor si no hubiera sabido de todas las chicas del servicio que había hecho que lo *asistieran* en aquel trono, y de todas las veces que había estado tan borracho que había caído de él. Lucio tenía toda la intención de seguir con ambas tradiciones cuando fuera rey.

Hoy la expresión de su padre era seria, incluso severa. No había ni rastro de la madre de Lucio. Después de la última vez que habían hablado allí, Lucio tenía la sensatez de hacer una gran reverencia, aunque sintiera que era su padre el que tenía que levantarse para recibirlo.

“Lucio, hijo mío”, dijo su padre, poniéndose de pie. “Te esperaba más pronto”.

“Estaba ocupado con unos asuntos en el Stade. Protegiendo *nuestro* Imperio”, dijo Lucio. “Haciendo todas las cosas que tú querías que hiciera”.

“Las cosas que yo quería que hicieras, sí”, dijo su padre. Se dirigió hacia la zona de los aposentos donde las estatuas de los reyes que hacía tiempo que habían muerto miraban hacia abajo. Lucio le siguió, a pesar de que odiaba que los ojos muertos le miraran fijamente.

“¿Recuerdas las lecciones con las que Cosmas te instruyó?” preguntó su padre. “¿Sabes quiénes son estos hombres?”

“Mis antepasados”, respondió Lucio porque, en serio, ¿quién tenía tiempo de recordar los nombres de los muertos?

“Tus antepasados, sí”, dijo su padre. “Algunos de ellos fueron hombres buenos. Algunos de hechos fueron tiranos con las manos manchadas de sangre. Este es Nemio, el Rey que Duró un Año. Dicen que era un hombre sabio y bueno que intentó cambiar el Imperio”.

“A mí más bien me parece un estúpido”, dijo Lucio. “¿Por qué le llaman el Rey que Duró un Año?”

“Murió en menos de un año, intentando ayudar con la plaga de rabia”, dijo su padre. “Como sabrías si hubieras aprendido historia”.

“¿De verdad que me hiciste llamar para hablar sobre antepasados tan estúpidos que no pudieron alejarse de los focos de plaga?” exigió Lucio.

Escuchó que su padre suspiraba del modo que tanto le irritaba, como si Lucio solo existiera para decepcionarlo.

“No tienes paciencia, Lucio. Es solo uno de tus problemas”.

Lucio pensaba que había tenido mucha paciencia, esperando a que le tocara gobernar, pero no lo dijo. En cambio, rio.

“¿Y qué bien le hizo a tu Rey que Duró un Año la paciencia?” preguntó. “Probablemente, si hubiera tenido menos, hubiera conseguido hacer más cosas”.

“¿Tienes algún respeto por los logros de los hombres que te precedieron?” exigió su padre. “¿Tienes algún respeto por *algo*?”

“Tengo respeto por el poder”, dijo Lucio. “Por la fuerza de nuestras armas y por la posición que nos da nuestra sangre. ¿Me ayuda saber de hombres muertos?”

“Podría ayudarte a evitar algunos de sus errores”, contestó bruscamente su padre.

Lucio lo dudaba. Señaló a uno al azar, pues para él todos eran iguales. “¿Qué me dices de este?”

“Feno”, respondió su padre. “Luchó en guerras para expandir el Imperio. También cobró impuestos demasiado caros a los campesinos y sobrevivió a años de hambruna”. Se dirigió hacia otro. “Este es Falkon el Esclavista, que se llevaba a las hijas de sus nobles a la cama y fue envenenado por sus propios cortesanos. Este es...”

“¿Vas a revisarlos todos?” exigió Lucio.

Se encogió al ver que su padre lo rodeaba. Lo maldecía porque siempre era capaz de hacerle sentir miedo, a pesar de su edad.

“No estás escuchando, Lucio. Estos son hombres que fueron demasiado lejos, ¡como haces tú! Has aterrorizado a Delos y al campo que la rodea. Has tomado y tomado, sin pensar en lo que dejabas atrás. Has sido cruel por el gusto de ser cruel, ¡y no has hecho más que avivar la rebelión!”

“No he hecho nada que tú no me dijeras que hiciera”, remarcó Lucio. “Me dijiste que los nobles podían tomar lo que desearan de los campesinos, y así lo hice. Me dijiste que les recordara cuál era su lugar, y así lo hice”.

“Pero olvidé que *nosotros* también tenemos un lugar”, respondió su padre. “No te estoy culpando a ti, hijo mío. Yo olvidé igual que tú que existimos para cuidar del Imperio, no solo para tomar de él. Un pastor que cuida de su rebaño año tras año, no los lobos que se le echan encima para masacrarlo”.

“Esto suena a la clase de sandeces que hubiera dicho Lord West”, replicó Lucio. Se alegraba de que el viejo estúpido estuviera muerto, aunque le exasperaba que hubiera tenido una muerte limpia. Un traidor como aquel no la merecía.

“Lord West era uno de mis amigos más cercanos”, dijo su padre, sonándole más mayor que nunca a Lucio. “Era un hombre honesto. Tú ibas a matarlo como si estuviera allí para tu entretenimiento”.

“Iba a dar un ejemplo que detendría a otros”, replicó Lucio, mientras lo recorría a cada latido de su corazón. “No empieces a moralizar, Padre. Tú has hecho muchas cosas crueles en tus tiempos y tuviste tu parte en ello. Tú lo *quisiste*”.

Su padre se dio la vuelta y lo miró a los ojos. “Y ahora, no lo quiero”.

Lo dijo como si fuera tan fácil. Como si el mundo girara a su antojo. Como si Lucio tuviera que



cambiar quién era, solo porque su padre ya no quería lo que una vez tuvo.

“Hoy he estado emitiendo órdenes”, dijo su padre. “He ordenado que liberaran a los rebeldes que habían sido capturados. Los impuestos volverán a sus anteriores niveles y ya no habrá más tomas de bienes ni torturas aleatorias. Esto se acaba, Lucio”.

Lucio se quedó helado, apenas podía creer lo que estaba escuchando.

“¿Y en qué nos ayuda parecer débiles?” exigió Lucio.

“No es de débiles mostrar control, o hacer lo que es correcto”, dijo el rey. “Aunque me ha llevado mucho tiempo recordarlo, y no estoy seguro de habértelo enseñado a ti en absoluto”.

Porque *no* era cierto, pensó Lucio. Era simplemente una mentira contada por los débiles para intentar controlar a los fuertes. Pensaba que su padre ya lo sabía.

“Y esto es por lo que tengo algo más que decirte, Lucio”, dijo su padre. “Algo que debo confesar al mundo”.

Se hizo un pesado silencio, hasta que finalmente lo miró a los ojos con gran solemnidad.

“Thanos... es tu hermano”.

Lo dijo como si fuera una gran revelación y Lucio tuvo que recordarse a sí mismo que se suponía que él no conocía el secreto del origen de su hermano. Por suerte, su padre estaba demasiado absorto en su propia confesión para darse cuenta del lapsus.

“Era joven y estúpido”, continuó el rey Claudio. “Pero fui más estúpido al intentar tapar lo que sucedió. Hice que los hechos se eliminaran de las crónicas, pero ya he mandado que lo corrijan. Readmitiré a Thanos como hijo mío”.

Aquello cogió a Lucio por sorpresa, dejándolo sin aliento. Sentía como el mundo daba vueltas bajo sus pies.

“No”, dijo en voz baja. “No, esto no puede...”

“Es cierto”, le aseguró su padre, como si aquello fuera lo que preocupaba a Lucio. “Thanos es tu hermano”.

“¡Ya lo sé!” exclamó Lucio. “¡Por supuesto que lo sé!” ¡Y él lo sabe, y probablemente a estas alturas ya lo sabe media rebelión! ¿Crees que alguien creyó esa farsa?”

Su padre parecía aturdido.

“No me levantes la voz, chico”, dijo el rey. “Todavía soy tu padre”.

“Y el de a saber cuántos otros mocosos”, dijo Lucio. “Todos nosotros nos turnamos a las campesinas, ¡pero eso no significa que tengamos que reconocer a sus cachorros!”

Su padre enrojeció.

“¡La madre de Thanos no era ninguna campesina!” contestó bruscamente su padre y, por un instante, Lucio pensó que podría golpearle. Lucio dio un paso atrás de forma automática y se odió a sí mismo por ello.

“No aceptaré esto”, dijo Lucio, apretando los puños. “No lo haré. Yo soy tu hijo. ¡Mi madre es tu esposa!”

“Todo esto es cierto”, dijo su padre, y algo en su tono hizo pensar a Lucio que quizás se arrepentía de todo. Aquello hizo que la rabia cayera sobre el pecho de Lucio como una piedra, cuyo peso hacía que le costara respirar.

“¿Eso es todo lo que tienes que decir?” exigió Lucio. “¿Solo que es cierto que soy tu hijo y que mi madre es tu esposa? Haz que suene a que significa algo, viejo estúpido”.

“He sido un estúpido”, dijo su padre. “Un estúpido por pensar que tú lo comprenderías, Lucio. He pasado toda mi vida ciego ante lo que tú eras. Te excusé, cuando tendría que haberte enseñado mejor. Te di el peor ejemplo, y tú lo seguiste”.

Entonces Lucio no dijo nada. No estaba seguro de qué quedaba por decir.

“Sé que a Athena y a ti os llevará un tiempo adaptaros a esto”, dijo su padre, “pero te harás a la idea,

Lucio”. “Su padre estiró el brazo para tocar la estatua que representaba al abuelo de Lucio. “Debes hacerlo, porque cuando reconozca a Thanos, será mi hijo mayor. Mi heredero. Un día será tu rey, Lucio”.

Lucio negó con la cabeza, se oponía a aceptar lo que estaba escuchando.

“Es un traidor. Ayudó a la rebelión, ¿y le recompensas de este modo?”

“Es un hombre que está dispuesto a arriesgarlo todo por lo que él cree que es correcto”, dijo su padre. “El Imperio necesita a un gobernador con esta clase de honor”.

Lucio sentía que él podría haber sido una de las estatuas que lo rodeaban, tan frío y vacío como cualquiera de ellas. Ahora había pasado más allá de la furia, a algo vacío, peligroso y puro.

Quizás si su padre no lo hubiera tocado en aquel momento, todo hubiera estado bien. Lucio se había tragado su ira antes, muchas veces. La había contenido, se había contenido. Por otro lado, ¿a qué le había llevado?

Tal y como estaban las cosas, su padre fue lo suficientemente estúpido para alargar el brazo y tocarle el hombro, como si aquello fuera suficiente para calmarlo. Como si el cariño del hombre que le había arruinado la vida pudiera mejorar las cosas.

Lucio se dejó llevar por el instinto, sintiendo cómo su puño se hundía en el estómago de su padre. Se sentía bien por haber hecho finalmente lo que tantas veces había soñado. Tan bien, de hecho, que lo volvió a hacer.

“Lucio”, dijo su padre, “¿qué estás haciendo? Detente”.

Lo mejor de todo, la parte que Lucio imaginaba que se quedaría con él hasta el día en que muriera, era el miedo que escuchó en él. El mismo miedo que de alguna manera había conseguido inspirar en Lucio toda su vida. Lucio sentía como si lo estuviera observando de lejos, disfrutándolo en el modo que hubiera disfrutado una actuación brutal en el Stade.

Fue desde esa perspectiva que levantó el busto de piedra del Rey que Duró un Año. En parte, parecía adecuado usar el busto de un rey estúpido para otro, un rey que apenas había reinado lo suficiente para acabar con uno que había reinado demasiado.

“Lucio”, suplicó su padre. “¡No!”

Lucio golpeó y la sensación no fue la que esperaba. Había imaginado que sería espectacular, como acostarse con un grupito de doncellas o realizar una matanza en la aldea. En cambio, como en muchos de los momentos que había deseado que llegaran en su vida, no sintió nada en absoluto. Nada que fuera más allá del crujido de la piedra sobre el cráneo, al menos, el golpe seco y apagado de todo ello.

De todas formas, Lucio volvió a golpearlo, solo para ver si sentía alguna cosa entonces.

Todavía nada.

De pie sobre su padre, sabía que debería sentir culpa, o vergüenza o alguna de las otras emociones que los campesinos parecían sentir con tanta fuerza.

Básicamente, sentía satisfacción.

Satisfacción, y la sensación de que todo era culpa de su padre. Allí quieto de aquella forma, observando lo que seguramente eran los últimos suspiros de su padre, no podía pensar en otra cosa que no fuera la estupidez de aquel hombre. Él había hecho las cosas adecuadas. Le había dado a Lucio la oportunidad de hacer lo que deseara. Lucio incluso había pensado que en su momento estaría orgulloso de todo lo que su hijo había hecho para proteger al Imperio.

En cambio, había demostrado ser tan débil y estúpido como el resto. Lucio dejó caer la estatua de su mano, con cuidado de limpiarse la sangre. Sin duda la guardia real intentaría matarlo si lo veía así, aunque una vez muerto su padre, él sería el rey, y ellos no se atreverían ni a alzar una mano.

“Lucio...”, susurró su padre desde el suelo, en su último suspiro.

Lucio le miró arrugando el entrecejo.

“”Soy el Rey Lucio”, respondió, mientras se dirigía hacia la puerta.

# CAPÍTULO VEINTISÉIS

Thanos se movía con lentitud por el castillo, mirando a cada paso alrededor por si había guardias aguardando. No podía dejar que lo capturaran antes de que le hiciera su oferta a su padre.

Se metió en una hornacina que había detrás de una cortina hasta que hubieron pasado unos guardias, no osando ni respirar mientras los pasos resonaban delante de su escondite. Se quedó quieto hasta que estuvo seguro de que la amenaza había desaparecido y, a continuación, siguió su camino.

Conocía los caminos secretos del castillo mejor que nadie. Cuando era un niño había corrido por las salas y los pasajes, averiguando dónde estaba cada escondite, escondiéndose de sus maestros o jugando con los otros niños del castillo cuando no había nadie por allí que le dijera que no podía hacerlo. Ahora aquello le era de utilidad, le permitía acercarse cada vez más a su destino.

Pero no había manera de colarse en los aposentos reales sin ser visto. Los reyes con pasajes secretos que llevaban a sus habitaciones no duraban mucho y había guardias en la puerta, que parecían más implacables que nunca. Thanos pensó en distraerlos, tentarlos, o quizás solo recurrir a su lealtad, pero sabía que era mejor no hacerlo.

Los guardias reales conocían sus obligaciones y estaban absolutamente comprometidos con la seguridad del rey. Quizás era porque sabían que los ejecutarían si le pasaba algo a su cargo real. No, solo había una manera de poder pasarlos.

Thanos se acercó tanto como pudo sin hacer ruido y entonces atacó.

Al primer hombre le dio un puñetazo en la mandíbula que lo hizo caer contra el suelo, entonces salió disparado hacia el otro, lo agarró y lo arrastró hacia él. El hombre era fuerte, pero Thanos había entrenado con los mejores combatientes y consiguió ponerse encima. Rodeó al hombre por el cuello con un brazo y apretó fuerte. El guardia escarbó en busca de su arma, pero Thanos le cogió el brazo y continuó apretando hasta que su contrincante se quedó flácido.

Lo soltó, fue hacia la puerta y la abrió tan silenciosamente como pudo.

“¿Padre?”

La sala a la que llevaba se veía preparada para recibir visitas, pero parecía vacía. Por un instante, Thanos pensó que había calculado mal dónde estaría su padre en ese momento del día, pero si el rey no estaba en su sala del trono y no había salido a cazar, aquel era el sitio donde más probablemente estaría.

Entonces Thanos miró más allá del trono.

Su corazón se derrumbó.

“No”, dijo en voz alta. “No puede ser”.

Su padre estaba tumbado en el suelo, su ropaje real estaba manchado de sangre. Su cabeza estaba ensangrentada, mientras una de las estatuillas de la colección que representaba a los anteriores reyes yacía en el suelo a su lado, con la base enrojecida.

“¡No!” gritó Thanos.

Fue corriendo hacia allí y se arrodilló en el charco de sangre que había en el suelo de los aposentos de su padre, sin importarle que empapara su ropa y manchara sus manos.

Sostuvo la cabeza de su padre, y entonces el rey parecía muy ligero, tan frágil como si fuera un niño. Thanos entonces sintió que le salían lágrimas de los ojos de un modo que nunca hubiera imaginado que fuera posible por un hombre que había sido tan cruel durante toda su vida, pero estaba el hecho de que era su padre el que yacía allí muerto entre las estatuas de sus ancestros.

Salvo que, mientras Thanos estaba arrodillado a su lado, vio que el pecho de su padre subía y bajaba con un débil y agitado movimiento. Respiraba, aunque fuera a duras penas, pero aquel hecho ya fue suficiente para que la esperanza brotara en el corazón de Thanos.

Cuando el Rey Claudio abrió con un parpadeo los ojos, Thanos se atrevió a pensar que las cosas

podrían ir bien después de todo.

Padre, ¿puedes escucharme?” preguntó Thanos. “Aguanta, todo irá bien. Iré en busca de ayuda”.

“Es demasiado tarde”, respondió el rey, con una respiración cansada. “Me estoy... muriendo, Thanos. Puedo... sentirlo”.

“No”, insistió Thanos. “Eso no puedes saberlo. Has visto hombres en el campo de batalla que pensaban que iban a morir y vivieron. Déjame ir en busca del médico real”.

“He visto más que... murieron cuando les habían dicho que vivirían”, dijo su padre. “Lucio... me ha matado”.

“Lucio”, repitió Thanos.

La necesidad de venganza, de buscar justicia, ardió dentro de él entonces. Había permitido que Lucio se librara de muchas cosas, se lo había perdonado por quién era, o por los problemas que aquello podría causar.

“Lo mataré por esto. Destruiré el castillo si hace falta”.

“Thanos, escúchame”, dijo su padre. “No tenemos... mucho tiempo”.

Por primera vez, aquella realidad le tocó el corazón. Aquellos eran los últimos momentos que iba a pasar con su padre. Si existía la oportunidad de que se reconciliaran, de que las cosas fueran mejor, les había sido arrebatada.

“Padre”, empezó Thanos, pero intentarlo de algún modo no parecía adecuado. Él había venido hasta allí para suplicar por la vida de Estefanía. En cualquier caso, el rey lo interrumpió.

“Thanos... hay... cosas que debo decirte. Fui un estúpido”. Por un instante, su padre cerró los ojos y Thanos pensó que había llegado el fin, pero de algún modo continuó. Había un rastro de su antigua fuerza cuando su padre habló de nuevo. “Respecto a tu madre, fui un estúpido y más que eso. Fui cruel. Puse la política por delante de lo que sentía. Necesitaba las tierras que Athena podía proporcionarme, y tu madre... hubiera complicado las cosas”.

Thanos había escuchado aquella parte, pero imaginó que su padre quería al menos hacer bien las cosas.

“Eso no importa ahora”, dijo Thanos.

“Importa más que nunca”, respondió su padre. “Procuré que te reincorporaran, pero ahora Lucio no lo permitirá. Lo impedirá, tamará la verdad. Tendrás que demostrar la verdad, toda la verdad. Esto significa...” Se le paró la respiración, tosiendo mientras luchaba por su vida.

“¿De qué se trata, padre?” preguntó Thanos.

“Padre, me gusta oírte llamarme así”, consiguió decir el rey. Una mirada de dolor pasó como un destello por su rostro y Thanos vio que palidecía. “Felldust. Encontrarás las respuestas que necesitas en Felldust. Allí es donde ella fue después de que yo...”

Volvió a jadear, sus ojos miraban fijamente a algún lugar más allá de Thanos.

“Aguanta”, dijo Thanos. “Conseguiré ayuda. Los médicos tienen que poder hacer *algo*”.

Pero no hubo respuesta. Thanos había visto la muerte suficientes veces en su vida para reconocer cuando la mirada perdida de unos ojos dejaba de mirar a este mundo.

Casi de forma automática, alargó el brazo para cerrar los ojos de su padre.

No esperaba sentir dolor en aquel momento. Al fin y al cabo, aquel era el hombre que había aterrorizado a su propio imperio, que le había dado a Lucio la libertad para hacer lo que quisiera y que había puesto desafíos a su gobierno en manos tan sucias de sangre como estaban ahora mismo las de Thanos. Aquel era el hombre que había intentado gobernar su vida, que lo había enviado a Haylon y que había declarado traidor a Thanos por su papel ayudando a la rebelión.

No debería haber sentido nada por etse hombre, pero lo hacía. Sentía que un profundo vacío crecía dentro de él, por la tristeza no solo por la pérdida de un padre, sino por la pérdida de lo que podría haber sido. Podría haber tenido un padre de verdad, pero él nunca lo había sido. El Imperio podría haber tenido

un rey que se preocupara por él. Thanos podría haber estado en una posición de respeto y amor por su padre, más que verlo como el símbolo de todo lo cruel y severo por el modo en que gobernaba el Imperio.

A Thanos aquello le apenaba, y también por el hecho que nunca había la ocasión de conocer a su padre *como* su padre, solo como el rey que le daba órdenes que hacían daño a muchos. Le apenaba por el hombre que su padre podría haber sido, un hombre al que solo había entrevisto brevemente.

Estaba arrodillado sobre la sangre de su padre y sentía que le empezaban a caer las lágrimas. Thanos se las secó, pero aquello dejó sangre en su cara, el calor de las manchas se cortaban con los nuevos rastros de lágrimas. Lo secó con sus mangas, pero aquello no hizo más que manchar de rojo la ropa de Thanos.

Se puso de pie, sin saber qué hacer a continuación. Sin saber ni por dónde empezar. Había venido aquí para salvar a Estefanía y, en cambio, se había encontrado con *esto*. Pero ¿qué podía hacer ahora? ¿Debía escabullirse como si no hubiera pasado nada? ¿Debía intentar llegar hasta Estefanía y sacarla de allí sin peligro? ¿Debía hacer lo que ansiaba hacer con cada hueso de su cuerpo e ir en busca de Lucio y destriparlo por lo que le había hecho a su padre?

¿Debía quedarse allí, simplemente porque no podía abandonar el cuerpo de su padre?

Thanos no sabía qué hacer. En aquel momento no podía pensar, no podía hacer otra cosa que no fuera sentir. Estaba allí, mirando a sus manos todavía ensangrentadas y nada de aquello parecía tener sentido.

No estaba seguro ni del tiempo que llevaba allí, porque incluso el paso de sus latidos no parecía tener ningún significado excepto desviar la atención al hecho de que el corazón de su padre ya no lo hacía.

Todavía estaba allí cuando escuchó que las puertas de los aposentos se abrían y se giró rápidamente, dispuesto a luchar. El instinto le decía que debía tratarse de Lucio y, si lo era, entonces Thanos tenía la intención de asegurarse de que no volviera a salir de aquella habitación.

Pero no era Lucio.

Había unos guardias allí, más de una docena dando vueltas por el borde de la habitación en un lúgubre círculo. Los dos a los que Thanos había dejado inconscientes estaban como atontados con ellos, parecía que acababan de recuperar la conciencia.

La Reina Athena estaba en el centro, con la mirada fija, parecía la pintura cruel de una diosa vengadora. Thanos vio que miraba la sala, a él, a su marido muerto, asimilándolo todo. Vio que jadeaba, tropezó ligeramente mientras lo internalizaba todo, su máscara de perfección imperturbable se escurrió por un instante al hacerlo.

Thanos vio la pena y el horror que había detrás, y una parte de él vio con mejores ojos a la reina por ello. No pensaba que fuera capaz de sentir nada por los demás.

“¡Tú!” masculló, con la mirada fija en él. “¿Qué has hecho? ¿Qué has *hecho*?”

Un guardia pasó corriendo por el lado de Thanos, en dirección al cuerpo del rey y se dobló ante él.

“¡Está muerto!” gritó el hombre. “El rey ha muerto”.

Entonces dos guardias desenfundaron sus espadas y se dirigieron hacia los guardias reales que Thanos había dejado inconscientes. Antes de que los hombres pudieran moverse para detenerlos, los guardias les atravesaron el cuello con las espadas y las sacaron de nuevo, dejando a los guardias agarrándose las heridas mientras caían.

Thanos retrocedió horrorizado al ver aquello, y el modo trivial en que esos hombres podían matar a los de su clase por fallar. Él también se sentía culpable, porque si no se hubiera abierto el paso con una pelea, ahora todavía estarían vivos. O quizás no, porque también podrían haberlos matado al descubrir lo que Lucio había hecho.

“Tú lo mataste”, dijo la Reina Athena, mirando fijamente a Thanos. “¡Tú mataste a mi marido!”

Entonces a Thanos le pasó por la cabeza lo que parecía aquello. Él se había colado en el castillo, y había peleado con los guardias en la puerta de los aposentos reales. Ahora, el rey yacía muerto detrás de

él y Thanos estaba allí de pie, tan cubierto de sangre que probablemente parecía un loco o un monstruo. Si Thanos hubiera encontrado a alguien así, ¿qué hubiera pensado él?

Aún así, Thanos intentó explicar la verdad.

“Lucio hizo esto”, dijo. “Lucio mató al rey porque el Rey Claudio iba a anular la violencia de Lucio y colocarlo en segundo lugar en la línea de sucesión al trono por detrás de mí”.

Al decirlo, Thanos vio el descrédito en cada rostro que había allí. En cada rostro, excepto en el de la reina. En ella, parecía haber una especie de reconocimiento horrorizado de la verdad, pues sabía que aquello era exactamente el tipo de cosa que su hijo podía hacer.

“¿Por qué iba a hacer él algo así?” exigió la Reina Athena.

“Porque yo soy su hijo”, respondió Thanos, y vio que la reina entendía la verdad. “Usted sabe lo que está sucediendo. Sabe que Lucio lo hizo”.

“¡Yo no sé tal cosa!” vociferó la Reina Athena, y Thanos vio cómo intentaba ocultar su reacción. “Tú eres el que está aquí, manchado con la sangre de mi marido. Tú eres el que te uniste a la rebelión. ¡De esto es de lo que se trata! ¡Un intento desesperado para arruinar la victoria del imperio! ¿Por qué nadie está cogiendo a este traidor?”

Entonces fueron a por él, y Thanos peleó, porque vio que nadie lo iba a escuchar allí. Dio un puñetazo fuerte a un guardia en un lado, entonces se metió entre dos más, y se dirigió hacia la puerta. Desarmado, no podía esperar luchar contra muchos hombres. Solo podía esperar escapar.

Corrió hacia la puerta, pero unas manos lo agarraron. Thanos giró rápidamente, notó cómo su codo impactaba contra la cabeza de un guardia, pero a cambio, a él le cayó una lluvia de golpes. Los guardias lo golpeaban desde todos los ángulos, y si solo hubieran habido uno o dos, entonces quizás podría haber sido capaz de soportarlo, incluso de enfrentarse.

Como estaban las cosas, sencillamente eran demasiados. Un par de guardias lo derribaron, y Thanos se quedó debajo de una desgarrada masa de cuerpos, solo el hecho de que los guardias se interponían uno en el camino del otro evitaba que Thanos fuera pisoteado hasta la muerte.

Finalmente, sintió que unas manos le sujetaban los brazos, arrastrándolo hasta ponerlo de pie e inmovilizándolo a pesar de sus esfuerzos por escapar. Vio que la Reina Athena lo estaba observando con un odio contundente que parecía estar en parte calculado.

Thanos podía imaginar lo que estaba pensando. Que si tuviera que elegir entre su hijo y un hombre que odiaba el sistema que tanto le había dado, la elección estaba clara. Que aquello podía ser una oportunidad igual que una pérdida. Que solo una cosa le daría el control sobre un hijo que está a cargo del Imperio.

“Siempre nos has odiado”, dijo, “pero nunca imaginé que incluso tú harías algo tan malvado. Traicionaste a tu imperio, ¡pero nunca pensé que estarías tan desesperado como para asesinar a tu rey!”

“Lucio la traicionará con el tiempo”, dijo Thanos. “Si le puede hacer esto a su padre, ¿realmente piensa que está a salvo?”

La Reina Athena dio un paso adelante y le abofeteó en la mejilla.

“Llevaos a este traidor y ejecutadlo”, dijo.

Lo último que vio Thanos fue un montón de cuerpos, que lo apaleaban, lo arrastraban, asfixiando la luz mientras su mundo se volvía negro.

# CAPÍTULO VEINTISIETE

Estefanía miraba fijamente los barcos que había a lo largo del muelle desde la sombra de un portal, incapaz de apartar los recuerdos de todo lo que había sucedido la última vez que había estado allí. La furia crecía al pensar en que Thanos la había abandonado, y la fría dureza de aquello era más que suficiente para apartar su miedo.

Tenía miedo de lo que podría pasar si Lucio descubría que estaba intentando marchar de Delos. Tantos de sus antiguos confidentes lo eran ahora de él que ella no sabía en quién confiar. Si él lo descubría, probablemente la *encerraría* bajo llave y candado, obligándola a obedecer sus órdenes.

Bueno, o lo intentaría. Estefanía lo mataría antes de eso.

*Lo que sería igual de bueno como el suicidio*, pensó Estefanía, arropándose más con su capa. Intentaba decirse a sí misma que la razón por la que estaba temblando era el frío del aire marino.

Todavía estaba intentando entender el caos que había en los muelles. Había demasiados barcos, con demasiados nombres desconocidos. Podría haber probado con una de las pocas galeras imperiales que estaban allí en fila, pero hubiera llevado tiempo reunir todo el material adecuado para chantajear a uno de los capitanes y, ahora mismo, Estefanía no tenía tiempo.

Había muchas cosas que no tenía. No tenía a sus doncellas, porque había tenido que dejarlas atrás en el castillo para fingir cierta normalidad. No tenía todos sus recursos, solo tres bolsas que contenían oro, plata y joyas, casi escondidas con tanta cautela como los cuchillos y botellines con veneno que había traído. Comparado con las ventajas que le daba estar en el corazón del Imperio, era prácticamente nada.

Ahora Estefanía veía hombres armados caminando por los muelles. Hombres de aspecto rudo; exactamente la clase que Lucio podría contratar tranquilamente. Estefanía se agazapó más en la hornacina del portal, para asegurarse de que no la divisaban.

Debía de haber alguien. Algún barco que la llevaría a donde ella quería ir y que la aceptaría como pasajera sin hacer preguntas. ¿El *Dantenino*? No, su capitán tenía la reputación de traicionar a los pasajeros. ¿La *Víbora de fuego*? Puede que se dirigiera hacia su destino, pero si hubiera sido tan fácil para Estefanía sobornar a su capitán, lo hubiera usado para su primera fuga con Thanos. Había quemado tantos puentes para salvarlo a él que ahora no podía encontrar uno que fuera seguro cruzar.

Aquella era una cosa más por la que odiarlo ahora.

*Así como el día más radiante se vuelve noche, el amor puede girar hacia el odio*, pensó Estefanía, intentando recordar de dónde venía aquel pequeño fragmento de poesía. No sonaba como el tipo de cosa que uno de sus pretendientes pudiera recitar. Ah, ya lo tenía: el Antiguo poeta Varalet. El viejo Cosmas le había hecho leer sus obras una vez cuando...

Estefanía negó con la cabeza. Estaba intentando distraerse del momento en que tenía que actuar, cuando aquel momento requería decisión. Debía recordar quién era. No *importaba* que no pudiera encontrar el barco perfecto. Encontraría uno y haría que funcionara, mediante el soborno, las amenazas, o todo lo que hiciera falta.

Estefanía echó un vistazo hacia el otro extremo de los muelles, y entonces fue cuando vio la barca en la que estaba su doncella, Elethe. Estefanía había dado por sentado que o la habrían asesinado en el transcurso de su tarea, a cargo de Thanos, o que sencillamente había decidido retrasarse por la ciudad. En cambio, estaba en una pequeña barca, vigilada por otra mujer que tenía aspecto de ser una pirata o una mercenaria a ojos de Estefanía.

Bueno, aquello era aceptable. Ambas eran lo suficientemente fáciles de sobornar y, en el peor de los casos, en el que sencillamente tendría que envenenar a la mujer, por lo menos recuperaría a su doncella para que la ayudara a buscar otro barco.

Estefanía empezó a caminar por el muelle, apretando con la mano uno de los cuchillos que llevaba

bajo la capa solo por si acaso, sintiendo que su empuñadura hacía mucha presión en la palma de su mano. Para su sorpresa, la mujer de la barca alzó la vista cuando ella se acercó. No se había movido tan silenciosamente como pensaba.

Ya en la barca, Estefanía vio que un destello de reconocimiento mezclado con esperanza cruzaba el rostro de Elethe. Era dulce que, a pesar de todo, la chica todavía pensara en ella como en una salvadora. Si hubiera estado con ella cuando visitaron a la vieja bruja, hubiera visto lo poco que aquello valía.

“Mi señora”, dijo Elethe.

Estefanía gruñó para ella misma. *¿Ninguna* de sus doncellas entendía lo estúpido que era aquello?

“¿Tú eres Lady Estefanía?” dijo la otra mujer.

“Tal y como prometí”, respondió Elethe. “Thanos la ha ayudado a escapar y la ha enviado hacia nosotros”.

Entonces Estefanía sonrió, pues se dio cuenta de que esta doncella era capaz de ver más posibilidades que la mayoría. Para empezar, le había dado más que suficiente información a Estefanía. Se quitó la capucha de la capa, para que pudieran verla mejor. Sus rasgos estaban entrenados para dar la imagen perfecta de fugitiva asustada, aterrorizada de que la atraparan. No fue difícil. Solo pensaba en lo que le sucedería si Lucio la atrapaba.

“Elethe”, dijo. “¿Quién es esta mujer? Thanos... me mandó aquí. Él... él dijo que podrías ayudarme”.

Quizás estaba llevando aquello un poco lejos, pero Elethe parecía estar feliz con la distracción. Se alzó por detrás de la otra mujer en silencio, evidentemente dispuesta a atacar.

“Bueno, no hace falta que te preocupes”, dijo la mujer. “En cuanto Thanos llegue aquí, os llevaré a todos a salvo. Iremos a cualquier lugar del mundo a donde queráis ir”.

Estefanía le hizo una señal a toda prisa a Elethe para que se detuviera. Tan solo una sacudida con los dedos fue suficiente para que su doncella se sentara de nuevo. Entonces la otra mujer se giró como si esperara un ataque, pero Estefanía dio un paso adelante.

“¿A donde queramos? Lo siento, pero en realidad ni siquiera sé quién eres”.

“Lady Estefanía”, dijo Elethe. “¿Puedo presentarle a la capitana Felene? Al parecer tiene... muchas virtudes. Me ha estado hablando de algunas mientras esperábamos”.

“Solo Felene”, dijo la otra mujer. “¿Tardará mucho Thanos?”

Estefanía negó con la cabeza, recordando hacer que pareciera que estaba angustiada por todo lo que le estaba sucediendo.

“Thanos... no vendrá”, dijo. “Lo mataron”.

Siempre había tenido la habilidad de llorar cuando quería. Lo había aprendido de niña, como el mejor método de escapar. Incluso ahora, todavía tenía su valor, pues sintió que una lágrima le resbalaba por la mejilla.

“O sea que sí que sientes algo por él”, dijo Felene.

“Esto no tienes ni que preguntármelo”, dijo Estefanía.

Vio que la expresión de la capitana del barco se endurecía. “Debo hacerlo si vamos a viajar juntas. Si le has costado la vida a Thanos”.

“Entonces sí, ¡siento algo por él!” respondió bruscamente Estefanía. Al fin y al cabo, acababa de decirse a ella misma que el amor y el odio no estaban tan lejos el uno del otro. “Y sí, murió por mí, y me siento fatal por ello. Yo no hubiera permitido que lo hiciera, pero él insistió”.

Vio que Felene asentía. “Sí, esto es lo que Thanos haría”.

Estefanía vio que la capitana agarraba con fuerza con su mano el filo de su barca. Estefanía esperaba no haber ido demasiado lejos. La mujer no sería de ninguna utilidad si escapara en una misión desesperada por vengar a Thanos.

“Espero que sepas lo afortunada que eres de haberlo conocido”, dijo Felene. “Me salvó y se lo debo, y ahora tú también. Le debes hacer que valga la pena el sacrificio”.



“Lo haré”, dijo Estefanía, con lo que esperaba que fuera un nivel adecuado de sinceridad. “Incluso lo vengaré, pero para hacerlo, debo encontrar a alguien. Alguien que pueda ayudarnos contra el Imperio, incluso aunque debamos hacerlo en secreto. Aunque debamos fingir que estamos a su favor”.

“¿Quién?” preguntó Felene, y por el tono Estefanía supo que la había convencido.

“Hay un hechicero, en la tierra de Felldust”, dijo Estefanía. “Creo que puede ayudarnos”.

Vio que Felene reflexionaba, pero no por mucho tiempo. La pasajera asintió rápidamente.

“De acuerdo”, dijo. “Entonces, hacia Felldust. Como le dije a Thanos, siempre he querido raptar a una princesa. Pero ¿nos *vengaremos*?”

“Totalmente”, dijo Estefanía. “Te lo prometo”.

Solo era cuestión de a quién. Irían hasta Felldust, buscarían al hechicero y Estefanía se vengaría de Ceres. Respecto a Thanos, si no estaba ya muerto realmente, tenía un modo de asegurarse de que terminara así.

Puso una mano sobre su barriga. Todavía no podía sentir al niño creciendo dentro, pero eso llegaría. Educaría a su hijo en pleno conocimiento de su lugar dentro del Imperio, y le enseñaría todas las habilidades que necesitara. Educaría a su hijo en un puro odio hacia Thanos que aseguraría la muerte de este si alguna vez se encontraban.

“¿Está todo bien, mi señora?” preguntó Elethe mientras ayudaba a Estefanía a subir a la barca.

Estefanía asintió y, por primera vez, sonrió abiertamente.

“Todo está exactamente como debería estar”.

# CAPÍTULO VEINTIOCHO

En aquel momento, Ceres se sentía más como un comandante defendiendo una fortaleza que como una combatiente en medio del Stade. La batalla parecía fluir en círculos concéntricos a su alrededor y entre golpes y empujones, giros y saltos, Ceres se sentía como si fuera la diana del círculo de un arquero gigante.

A su alrededor estaba el círculo de combatientes, cada uno de ellos luchando con la fuerza de doce guerreros normales. Estaba el círculo de soldados petrificados, que parecían un círculo antiguo de piedras verticales, que obligaban a los soldados del Imperio a pasar a través de ellas de uno en uno, empujando y presionando mientras se abrían camino para acercarse a la verdadera lucha. Después de ellos, estaba el círculo más ancho de la multitud, que lanzaban todo lo que encontraban, cogían las armas de los guardias y los derribaban con sus propias manos cuando era necesario.

Pero Ceres no tenía tiempo de observar aquello; estaba demasiado ocupada luchando, corriendo de al lado de un combatiente al otro, dando golpes y puñaladas con sus dos espadas. Pasó por delante de un contrincante dándole un empujón, se agachó tras una de las figuras de piedra mientras otro le rajaba y atacó de nuevo.

La saeta de una ballesta saltó de una de las figuras de piedra que había allí, pero no le siguieron más. Evidentemente había demasiado soldados rodeándolos para arriesgarse a disparar a la aglomeración. Cualquiera que lo hiciera tenía más posibilidades de matar a uno de los suyos que de dar a un combatiente.

Aún así, Ceres no se atrevía a volver al espacio abierto. En cambio, con la velocidad y la fuerza que le daba su sangre, Ceres bailaba de un contrincante a otro, escurriéndose entre las defensas, esquivando los ataques y derribando a sus atacantes. Tiró a uno hacia atrás con toda la fuerza de la energía que había dentro de ella, haciendo que se estrellara contra las espadas de sus compañeros, después cortó la cabeza de una lanza con las espadas cruzadas.

Aparecieron más lanzas entre los agujeros de su círculo de piedra que les servía de protección, en busca de carne como si fueran enredaderas con las hojas afiladísimas. Vio que apuñalaban al combatiente del hacha en el hombro, que gritaba mientras tiraba de ella para sacársela y que respondía blandiendo su hacha.

Ceres arrancó un hacha de las manos de un atacante y se la pasó a un combatiente para que la usara. Aquel hombre grande daba estocadas con ella con una mano, mientras empuñaba una espada curvada con la otra para esquivar las respuestas.

En la lucha no había nada de la elegancia del Stade. Simplemente había demasiados contrincantes para ello. El Stade era un lugar donde el espectáculo normalmente brotaba a partir de dos oponentes en igualdad de condiciones llevándose el uno al otro a sus límites. Aquí, cada contrincante que intentaba abrirse camino a la fuerza hasta el círculo de piedra era fácil de derribar, pero siempre había otro.

Y otro después de este.

Se convirtió en una cuestión de luchar tan limpia y eficientemente como fuera posible. Incluso con toda la fuerza que le daban sus poderes, Ceres sentía que sus brazos se estaban cansando por la repetición mecánica de cortar carne y golpear a los enemigos. Una de sus espadas se partió contra un escudo y Ceres tuvo que agacharse sobre su rodilla para evitar la espada que le siguió. Clavó la espada hacia arriba y cogió la espada del soldado moribundo cuando este la soltó, entonces se giró para golpear a un segundo soldado con ambas espadas.

Ahora se estaba formando otro círculo alrededor del de piedra, compuesto por los cuerpos de los muertos, que se amontonaban uno encima del otro mientras más y más soldados trepaban por encima de sus compañeros caídos para intentar abrirse camino y ser los que finalmente mataran a Ceres.

Ceres no podía creer que siguieran llegando. Seguramente llegaría un punto en que se darían cuenta de que no iban a derrotarlos y que continuar atacando el círculo de figuras de piedra era un suicidio. Mientras continuaban haciéndolo, eran hostigados por la multitud, pero si los soldados en algún momento dirigían su atención a la gente que había allí, los masacrarían. Simplemente estaban demasiado bien armados.

La única esperanza era continuar, pero en eso no *había* ninguna esperanza, porque no importaba a cuantos mataran, siempre parecía haber más. Ahora Ceres veía cómo crecía la presión, cómo el agotamiento se iba apoderando de los combatientes. Uno esquivó una estocada demasiado tarde, y soltó un gruñido cuando una espada le cortó el brazo. Otro cayó, con una espada clavada en lo profundo de su pecho.

Ceres vio el peligro de inmediato y se apresuró a llenar el vacío. Convirtió a un soldado en piedra cuando este intentaba meterse a la fuerza en el círculo, entonces le dio un machetazo a un segundo que intentaba entrar por el agujero.

Se hizo el silencio, no venían nuevos atacantes y, por un instante, Ceres pensó que quizás aquello había terminado. Se atrevió a mirar entre las piedras. Lo que vio allí hizo que se agachara a toda prisa. Hombres con ballestas y arqueros estaban delante de un círculo de soldados, con las armas levantadas.

“¡Todo el mundo a cubierto!” exclamó Ceres, oprimiéndose contra la protección de una de las piedras.

Las flechas y las saetas oscurecieron el cielo, colgando por un instante antes de caer. Cuando cayeron, se cobraron sus daños. Ceres hizo un gesto de dolor al ver que los combatientes caían, acribillados por astas. La mayoría de flechas fallaron o chocaron contra las piedras, pero con tantas de ellas por los aires, algunas tenían que acertar.

Lo peor era que no podía hacer nada para parar aquello. Ceres había creado el cobijo que mantenía a algunos de ellos a salvo pero, al final, la lluvia de flechas los mataría a todos. Podrían ir al ataque en el espacio que había más adelante, pero aquello solo los convertiría en mejores blancos. Ni siquiera podían ayudar a la gente de las gradas, que todavía estaban luchando con valentía, pero a quienes poco a poco los guardias estaban haciendo retroceder. Ceres vio que derribaban a una mujer que llevaba niños consigo y la empujaban hacia la multitud.

Ceres se preparó. Llegó un momento en el que debía actuar aunque aquello fuera un suicidio. Donde lo único que podía hacer era lanzarse hacia delante y esperar. Respiró y puso sus manos contra las piedras más cercanas para recuperarse.

Solo se detuvo cuando escuchó el sonido de los cuernos, y vio que las puertas de hierro que llevaban a la arena del Stade empezaban a abrirse.

“¿Más soldados?” se dijo a sí misma.

Había más soldados, pero no los que ella esperaba. Hombres con armadura entraron a caballo en el Stade, con lanzas preparadas para el impacto de su ataque. Les siguieron más, que disparaban arcos cortos mientras cabalgaban, derribando a los arqueros que estaban al otro lado y moviéndose en círculos mientras desenfundaban sus espadas.

Ceres vio que el resto de los hombres de Lord West se dirigía contra los soldados del Imperio y ahora su ataque no parecía tan desafortunado después de todo.

“¡Arriba!” gritó Ceres a los combatientes. “¡Allí, debemos ayudarlos!”

A pesar de sus heridas, a pesar de su evidente agotamiento, los combatientes la siguieron y Ceres sintió un arrebató de orgullo hacia ellos por eso. Sin ni siquiera una pregunta, se colocaron tras ella, formando una fuerza de acero, músculo y violencia.

Mientras el contingente de los hombres de Lord West atacaba a los soldados del Imperio por un lado, Ceres y sus combatientes les golpeaban por el otro. En el instante antes de chocar contra las filas imperiales, por un instante pudo ver a los soldados que había allí rotos por el miedo, indecisos sobre a qué contrincante se iban a enfrentar. Ceres incluso sintió un momento de lástima por ellos, allí a

instancias de un gobernador malvado sin ninguna bondad.

Entonces chocaron contra ellos y no hubo tiempo de pensar en nada excepto en el siguiente golpe, el siguiente bloqueo, el siguiente destello de energía que parpadeaba en ella. En aquellos primeros momentos, a Ceres casi le parecía que estaba trepando por encima de una fila de soldados, subiendo por un escudo, para empujarlo después y saltar sobre la primera fila de sus enemigos.

Fue a parar a un espacio vacío, rodeada por uniformes imperiales. Ceres golpeaba con las dos espadas, continuaba moviéndose, sin atreverse a parar. En aquel instante, no podía ver su propio lado; era como si estuviera perdida en un bosque, y cada árbol que había a su alrededor fuera algo con cantos afilados y malvadas intenciones.

Bueno, si estuviera en un bosque, Ceres solo tendría que abrirse camino a hachazos.

Lo hizo, dando golpes a diestro y siniestro, en busca de alguna señal de sus combatientes. Los vio, un trío de soldados unidos contra uno que empuñaba un tridente. Ceres apuñaló a uno por detrás, dejó que uno pasara por su lado para que un combatiente lo derribara y, a continuación, golpeó al tercero.

Vio a los jinetes más adelante y los señaló. “¡Uníos a los hombres de Lord West!”

No estaba segura de si sus palabras se oían por encima de los ruidos del acero y los gritos de los moribundos, pero los hombres que estaban con ella parecían entender lo que quería. Cortaron camino entre los hombres que estaban delante de ellos, lanzándose contra las figuras a caballo que estaban luchando más allá.

Los cercaron poniéndose uno contra el otro y, en algún lugar en el centro, los soldados del Imperio se rompieron. Algunos dieron la vuelta y se fueron corriendo, más se lanzaron desesperadamente contra sus nuevos atacantes. Nada de las dos cosas funcionó. Ceres vio que los soldados que huían eran arrastrados por la multitud, sus armas pronto fueron a parar a otras manos. Ella clavó su espadas en la arena, dejando que los demás hicieran su parte.

En cuestión de minutos, su última y desesperada defensa dio paso a una arena donde las únicas caras que Ceres veía eran aliadas. La multitud estaba allí, levantando sus premios robados y gritando de alegría por su éxito. Los antiguos hombres de Lord West estaban formando un círculo, lidiando con los enemigos, buscando a cualquiera que pudiera estar esperándolos. En su mayoría, cabalgaban con sus banderas ondeantes, con el aspecto en cada ápice de los guerreros gloriosos y victorioso que eran.

Cada grupo lo celebraba a su manera. Los combatientes rugían y levantaban el puño al aire, saludando a la multitud como lo hubieran hecho tras una matanza particularmente sanguinaria. Los rebeldes que había allí se abrazaban los unos a los otros, mientras la multitud gritaba su aprobación.

“¡Ceres, Ceres, Ceres!”

Ceres estaba allí, asimilándolo, mirando todo lo que había a su alrededor.

Sentía que la energía de la lucha decaía ahora. Probablemente pronto, necesitaría descansar, para dejar que sus poderes crecieran de nuevo. Por ahora, había acabado y...

De repente, una nueva legión de soldados del Imperio entró en el Stade –más de los que habían antes. Ceres observaba consternada. Marchaban al paso, totalmente frescos –mientras Ceres y sus fuerzas estaban casi agotados. Incluso los soldados a caballo de las fuerzas de Lord West parecían exhaustos.

No podían volver a luchar.

Y aún así tendrían que hacerlo.

Con la desalentadora lentitud del agotamiento, Ceres sacó sus espadas del suelo y se preparó para el siguiente enfrentamiento.

Uno que sabía que podría muy bien ser su último.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

Akila estaba en la proa de su barco, observando con una sensación cada vez más grande de que aquello era lo correcto mientras la ciudad se veía cada vez más grande. Tras él navegaban más barcos, con los colores de las galeras imperiales.

“Estad preparados”, gritó a sus hombres. “Tendrán hombres en los muelles, incluso aunque piensen que somos de los suyos, regresando victoriosos de Haylon”. Rio. “Bueno, al menos, en parte es cierto”.

No pudo mantener mucho rato su sentido del humor. Este sería un trabajo desagradable. ¿Cuántos de sus hombres morirían aquí en esta lejana orilla? ¿Cuánta destrucción causarían en nombre de la libertad?

Se puso a pensar en los momentos que lo habían traído hasta allí; que lo habían convencido de hacer aquello. Cuando Thanos fue hasta ellos en Haylon, Akila le había dado la espalda. Había pensado que el príncipe simplemente los quería para usarlos para ganar un reino.

*Debía de haberlo imaginado, pensó Akila. Thanos tiene más honor que eso.*

Si se hubiera dado cuenta de eso a tiempo, quizás hubiera vuelto en barco con él. Tal y como estaban las cosas, había ahuyentado a Thanos y se había dado cuenta de su equivocación más tarde, cuando ya los pensamientos de lo que había rechazado no le dejaban dormir.

Ahora los barcos se estaban acercando, metiéndose en los límites del puerto con toques de clarín y ondeando las banderas. Akila observaba con tensión, esperando a que el último de los barcos pasara la línea de cadenas que protegía el puerto.

Ahora ya estaban casi en el muelle y Akila alzó la mano. *Estad preparados.*

La verdadera vergüenza era la mujer que Thanos había traído con él a Haylon. Había sido una prisionera, una ladrona confesa y peor, pero cuando tuvo que elegir entre seguir a Thanos y forjarse una nueva vida en Haylon, se fue con el príncipe sin tener que pensárselo. El honor había sido más importante para ella.

*Como debería haberlo sido para mí, pensó Akila, en el instante antes de bajar el brazo.*

“¡AHORA!”

Sus hombres tiraron cuerdas, los colores del mástil cambiaron, pasando del rojo del Imperio al azul de Haylon. A su alrededor, vio que sus otros barcos revelaban su verdadero propósito mientras sentía que la galera chocaba contra los muelles.

Más adelante, veía cómo la ciudad se desplegaba ante él. El humo que se levantaba sobre el bulto del Stade le decía que podrían haber llegado a tiempo.

Akila desenfundó la espada.

“¡Adelante! ¡Hacia la gloria! ¡Hacia la libertad!”

# CAPÍTULO TREINTA

Ceres luchaba como si fuera sonámbula, su brazo subía y bajaba casi de forma mecánica. Había muchos soldados, y ya estaba viendo cómo los que estaban a su lado caían.

Vio cómo uno de los hombres de Lord West era arrastrado de su caballo, y las espadas que se clavaban le traían incómodos recuerdos de todo lo que había sucedido cuando asaltaron la ciudad.

Ceres negó con la cabeza, esquivó una espada y devolvió un golpe tan fuerte que decapitó a un contrincante.

*No puedo permitir que suceda de nuevo, se dijo Ceres a sí misma. Otra vez no.*

Imágenes de la muerte de Garrant venían a ella. Ceres las apartó y siguió luchando, blandiendo sus espadas y sin dejar de moverse, aunque apenas tuviera la fuerza para hacerlo. No se iba a detener. No iba a dejar que murieran.

Solo que ya estaban muriendo. Allá donde mirara Ceres, la gente estaba muriendo. Los espectadores estaban muriendo en las gradas. Incluso algunos de los combatientes estaban muriendo, derribados uno a uno por el agotamiento y por el peso de los números a pesar de sus habilidades.

Ceres no podía dejar que sucediera, costara lo que costara.

Buscó en su interior las últimas fuerzas que le quedaban. Las sacó y se forzó a más, a pesar del daño que aquello le haría probablemente. No le importaba si aquello la mataba, siempre y cuando ayudara a salvar a algunos de los que estaban con ella en aquella ocasión. Formó una bola con todo ello, preparada para soltarlo en una última explosión de fuerza.

Solo el sonido de más cuernos la detuvo.

Unos hombres entraron corriendo al Stade y, desde el primero, Ceres vio que no eran más soldados. Andaban a grandes pasos, cuando los soldados del Imperio hubieran marchado, corriendo juntos y llevando unos colores que Ceres reconocía vagamente como los de Haylon.

Llegaban y *seguían* llegando, en unas cantidades que parecían suficientes para inundar la ciudad entera. Ceres empujó su poder hacia su interior cuando chocaron contra los soldados del Imperio, pues ahora no lo necesitaba. No era momento para el sacrificio, sino para la acción.

“¡Un último esfuerzo!” gritó a a sus fuerzas, renovando ella misma el ataque a los soldados que tenía delante.

Derribó a uno, después se agachó en frente de otro para bloquear un golpe que iba dirigido a un combatiente. El musculoso luchador derribó al soldado con un golpe de lanza corta.

“¡Debemos luchar *juntos!*” exclamó Ceres. Solos, serían derrotados. Juntos, podrían sobrevivir.

Reunió a los combatientes a su alrededor una vez más, para prepararlos para continuar la lucha.

No hizo falta. Los recién llegados se abrieron camino entre las fuerzas del Imperio sin apenas reducir la marcha, su cantidad y su bravura se añadían eficientemente a las de los que ya estaban allí. Ceres vio que los hombres del Imperio paraban su ataque y después daban la vuelta y se marchaban corriendo, intentando encontrar una salida del Stade.

Los que pudieron, salieron corriendo. Los que no pudieron, arrojaron sus armas.

Pronto, todo quedó en silencio, mientras una escalofriante calma caía sobre el Stade.

Ceres observó que un hombre nervudo con aspecto de dar órdenes salía de entre la masa de los recién llegados.

“Yo soy Akila”, dijo. “¿Quién está al mando aquí?”

Ceres consiguió dar un paso para acercarse a él, tropezando tan solo un poco. “Yo soy Ceres”.

Vio que Akila la miraba de arriba abajo. “¿Tú eres Ceres? Thanos me dijo que habías muerto”.

“¿Thanos?” repitió Ceres. “¿Has hablado con Thanos?”

“Recientemente no”, respondió Akila. “Te lo contaré todo pronto. Creo que tenemos mucho de lo que

hablar. Sin embargo, por ahora, lo importante es que la batalla aquí ha terminado”.

Ceres asintió, evaluando los daños.

“Así es”.

Pero, no había terminado, ¿verdad? Todavía quedaba mucho por hacer. Habría más soldados en el resto de la ciudad y sería difícil tomar el castillo.

Echó un vistazo al Stade, vio los cuerpos que allí había, las secuelas de la violencia. Vio que los luchadores se retorcían por el cansancio o el dolor, aquellos que podrían no levantarse jamás de donde estaban.

Habían ganado, y eso era excitante.

Y aún así, a la vez, el pueblo todavía no era libre. Su batalla acababa de empezar.

# CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Lucio caminaba a pasos largos a la cabeza de sus mercenarios y matones, los guardas reales le seguían el rastro. Se sentía poderoso, imbatible. Invencible.

Se sentía libre.

Debería haber matado a su padre hacía años. Todo ese tiempo lo habían reprimido, refrenado y controlado. Había tenido que soportar sermones y órdenes, intentos de convertirlo en un príncipe de cuento e ideas sobre el honor que no tenían nada que ver con la realidad.

Ahora, no tenía que contenerse. Ahora, tenía soldados a su espalda y los principios de un alzamiento con el que acabar. Masacraría a todos los campesinos con los que se cruzara en el Stade, haciendo un espectáculo con ellos que la gente recordaría durante generaciones.

Quizás mandaría hacer una estatua para conmemorarlo. Algo que hiciera que los míseros bustos de los aposentos de su padre parecieran insignificantes. Una imagen de sí mismo montado a horcajadas sobre un grupo de rebeldes caídos, quizás, con mujeres que lo miraran adorándolo, agradecidas por el poder de su gobierno. Quizás haría que Estefanía posara para ello. Sería divertido.

Pero primero estaba la cuestión del Stade, aunque Lucio dudaba de que hubiera mucho que hacer ya respecto a la lucha de verdad. Con todos los soldados que había mandado al Stade, incluso Ceres y sus combatientes no podrían haber sobrevivido.

No, si Lucio lo calculaba bien, llegaría justo a tiempo de reclamar la gloria y pasarlo bien, sin ninguna amenaza real para él. Demostraría a su fa... demostraría al pueblo del Imperio el aspecto de un verdadero rey y se postrarían ante él, o les obligaría a hacerlo.

“Parece que se avecinan problemas”, dijo uno de sus hombres.

Lucio miró hacia el Stade y, a continuación, ignoró aquella preocupación. Sí, había ruido, e incluso humo, pero aquellas eran las consecuencias normales de una batalla, ¿no?

“No es nada preocupante”, dijo Lucio. “Mandé suficientes soldados al Stade como para dismantelar a un regimiento. Los últimos restos de una rebelión rota no son *nada*”.

Aún así, dejó que los demás pasaran delante de él. Si no había nada de lo que preocuparse, todavía podía mantenerse a flote. Si todavía había unos cuantos combatientes con los que acabar, los mercenarios podían derribarlos con sus ballestas. En cualquier caso, no habría problema.

Fue cuando vio que las multitudes salían a raudales del Stade cuando empezó a entender que igual no había salido como él había imaginado. Vio a los soldados con los uniformes de los hombres de Lord West, con sus armaduras resplandecientes, y su preocupación aumentó —capa a capa.

Entrecerró los ojos, confundido, y divisó a unos rebeldes que llevaban lo que podía jurar que eran los colores de Haylon —y el miedo borboteó en su interior hasta que pareció llenarlo hasta el borde.

Vio que los combatientes salían a raudales del Stade junto a los otros, vio quién estaba en el centro de todos ellos... y su preocupación dio paso al pánico.

Ceres estaba viva, y se movía como el héroe que a Lucio le hubiera gustado ser. Sus espadas brillaban en sus manos y había sangre en ellas.

Lucio vio que se giraba y estaba seguro de que sus ojos se clavaron en él. No debería haberlo identificado a aquella distancia, pero estaba seguro de que lo hizo, de la misma manera que estaba seguro de la malicia que la de alguien en medio de una celebración se convertía en una especie de instrumento de venganza.

Tuvo un momento para pensar que quizás una armadura dorada no era la mejor manera de camuflarse.

Y entonces vio que Ceres hacía un gesto y la multitud se dirigía hacia delante.

Justo hacia él.

Su miedo se desbordó hasta convertirse en pánico, pero consiguió el suficiente control para dirigirse a



los demás y señalar a la muchedumbre que iba avanzando.

“¿A qué estáis esperando?” ¡Asesinad a esos campesinos! ¡Al ataque!”

Algunos lo hicieron; pero hubieron más que no.

A Lucio no le preocupaba de todas formas, pues ya había empezado a correr.

Echó la vista atrás el tiempo suficiente para ver que los primeros de sus hombres eran derribados, y ni siquiera parecían frenar el oleaje de personas que se les echaban encima. Descargaban sobre sus mercenarios como una marea creciente, derribándolos o sencillamente aplastándolos. Sencillamente eran demasiados.

Entonces Lucio corrió más rápido, corría de verdad. Uno de sus hombre se interpuso en su camino y Lucio lo apartó con un codazo, sin importarle cuando escuchó que el hombre gritaba y caía justo detrás de él.

Se fue corriendo hacia una calle lateral, dejando la principal avenida que llevaba hasta el Stade. Todavía escuchaba el ruido de pasos tras él y Lucio sintió una mano que le agarraba el hombro. Sacó una espada y la apuñaló sin pausa, sin importarle si era uno de los rebeldes o uno de sus propios soldados quien lo agarraba. Sintió que la espada se clavaba en la carne y continuó moviéndose.

Lucio seguía corriendo, su cerebro funcionaba por puro instinto al elegir dónde giraba para seguir a toda velocidad. Había descubierto una sorprendente cantidad de cosas sobre la distribución de la ciudad en los días en que la arrasó y le quitó los confidentes a Estefanía pero, aún así, enseguida se perdió.

Quizás aquello era bueno. Si él no sabía dónde estaba, ¿cómo podía encontrarlo otro? Aún así, siguió corriendo hasta que el corazón le golpeaba el pecho y su respiración parecía quemarle cada vez que inhalaba. Aquello no duró mucho. Lucio nunca le había gustado el ejercicio innecesario.

Abrió de un golpe una puerta al azar, con la espada preparada para destripar a los ocupantes de la choza en la que estaba antes de que estos pudieran llamar la atención. Pero estaba vacía. Reconfortantemente vacía y oscura, donde solo entraba la luz a través de los listones de las ventanas.

Lucio cerró la puerta y se apoyó contra ella, sin intención de sentarse en un suelo cubierto de paja asquerosa o exponerse a los muebles hechos polvo que quedaban por allí.

“¿Cómo?” gritó al aire. “¿Cómo pudo pasar eso?”

Pero lo dijo en voz baja, porque todavía existía demasiado peligro de que alguien pudiera estar fuera buscándolo.

Necesitaba salir de la ciudad. Habían hecho pedazos a sus hombres. seguramente también habían asesinado a los soldados de la ciudad, porque los campesinos no hubieran salido del Stade con tanta facilidad si este no hubiera sido el caso.

Probablemente los había que pensaban que Lucio era estúpido. Que no era un estratega. Su padre desde luego lo pensaba, pero ya había recibido su lección. Pero Lucio veía hacia donde soplaba el viento y no hacía falta ser tan estratega para saber que no era posible que una ciudad resistiera sin un ejército.

Lo que solo significaba una cosa: tenía que salir de Delos.

Lucio empezó a quitarse la armadura de manera metódica, quedándose con su túnica y sus medias. Incluso aquello no era suficiente, pues su calidad se podría reconocer desde lejos. Así que fue por toda la choza, buscando hasta que encontró unos harapos con los que vestirse. Evidentemente, se los puso por encima de su túnica. Al fin y al cabo, no quería que aquello le tocara la piel.

Untó su cabello dorado con barro para completar la imitación de alguien de las clases inferiores y guardó su espada en un saco de arpillera.

Tomó aire y salió a la calle, y le daba la sensación de que todas las miradas estaban sobre él, y que los montones de rebeldes se le echarían encima. A su alrededor, Lucio escuchaba los chillidos y los gritos de la rebelión, sentía el olor a quemado que siempre acompañaba esas cosas.

Pero nadie venía a por él.

Cuando pasó por el lado de un grupo de revoltosos, apenas le hicieron caso. La gente lo había visto

durante tanto tiempo con sus ropas finas que, sin ellas, era casi invisible. Si su cara no hubiera estado manchada de barro, Lucio casi lo hubiera agradecido.

No podía ir hacia los muelles. Si había rebeldes de Haylon allí, aquello significaba barcos, probablemente los suficientes para dar caza a cualquier embarcación imperial que intentara marcharse. Pero habían otros caminos.

Lucio buscó por las calles hasta que encontró lo que había estado buscando, lo que sus traidores y confidentes le habían contado.

La entrada a los túneles de la rebelión estaba escondida en la parte posterior de una taberna, detrás de una rueda de madera medio hundida contra la pared. Se agachó en la oscuridad, encontró una vela que estaba allí escondida y la encendió. Había cierta poesía en usar esa salida para irse de la ciudad.

Lucio miró hacia atrás y vio el castillo en la distancia. Se preguntaba si pronto estaría en llamas y a cuántos de los que allí estaban matarían los rebeldes mientras saqueaban la ciudad. Pensó que no le importaba, incluso cuando recordó que su madre estaba todavía allí. Lo único que le importaba era qué decía aquello de él. ¿El Rey que Duró un Año? Lucio no había durado más de una hora y ya había perdido su capital.

*Volveré.*

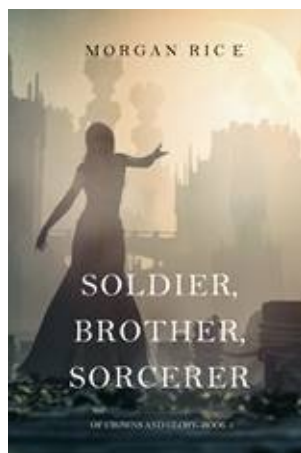
Aquello sería muy fácil. Delos solo era una ciudad y él era el legítimo heredero del Imperio. Un imperio que tenía soldados por todas partes, más allá de las paredes de aquella ciudad, en los lugares más lejanos. Un imperio que tenía aliados y naciones que eran sus clientes, viejos amigos y países que les debían favores.

*Felldust*, pensó, ya formando un plan en su cabeza. Eran algunos de los aliados más cercanos del Imperio, con largos vínculos con sus casas. Se dirigiría hacia la costa hasta que encontrara un pueblo pesquero y alquilara un pasaje en una barca y solo se anunciaría cuando llegara allí. Una vez hecho, solo le costaría una conversación antes de que sus gobernantes le dieran su apoyo.

Su apoyo y –lo que era más importante– su ejército.

Lucio asintió para sí mismo mientras daba la última mirada a la ciudad. Una ciudad que se estaba cayendo a trozos mientras él esperaba.

*Regresaré, pensó. Y la recuperaré.*



## **SOLDADO, HERMANO, HECHICERO** **(De Coronas y gloria – Libro 5)**

“Morgan Rice ha concebido lo que promete ser otra brillante serie, que nos sumerge en una fantasía de valor, honor, coraje, magia y fe en el destino. Morgan ha conseguido de nuevo producir un fuerte conjunto de personajes que hará que los aclamemos a cada página... Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores a los que les gusta la fantasía bien escrita”.

--*Books and Movie Reviews*, Roberto Mattos (sobre el *Despertar de los dragones*)

SOLDADO, HERMANO, HECHICERO es el libro #5 en la serie de fantasía épica DE CORONAS Y GLORIA de la autora #1 en ventas Morgan Rice, que empieza con ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1)

Ceres, una hermosa chica pobre de 17 años de la ciudad del imperio de Delos, ha ganado la batalla por Delos y, aún así, todavía le espera una victoria completa. Mientras la rebelión la mira como su nueva líder, Ceres debe encontrar un modo de derrocar la realeza del Imperio y defender Delos del ataque que le aguarda por parte de un ejército mayor de lo que jamás ha conocido. Debe intentar liberar a Thanos antes de su ejecución y ayudarlo a limpiar su nombre en relación con el asesinato de su padre.

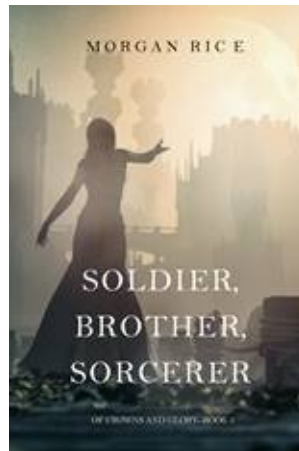
Thanos está decidido a salir en busca de Lucio por el mar, para vengar el asesinato de su padre, y matar a su hermano antes de que pueda regresar a las orillas de Delos con un ejército. Será un viaje peligroso por tierras hostiles, uno que él sabe que resultará en su propia muerte. Pero está dispuesto a sacrificarse por su país.

Pero puede que todo no salga según los planes. Estefanía viaja a una tierra lejana para encontrar a un hechicero que pueda, de una vez por todas, detener los poderes de Ceres. Está decidida a llevar a cabo una traición que matará a Ceres y la proclamará a ella –y a su hijo que todavía no ha nacido- como gobernadora del Imperio.

Un libro de fantasía lleno de acción que seguro que satisfará a los admiradores de las anteriores novelas de Morgan Rice, junto con los admiradores de obras como *El ciclo del legado* de Christopher Paolini... Los admiradores de la Ficción para jóvenes adultos devorarán este último trabajo de Rice y pedirán más”.

--*The Wanderer, A Literary Journal* (sobre *El despertar de los dragones*)

¡Pronto se publicará el libro#6 en DE CORONAS Y GLORIA!



**SOLDADO, HERMANO, HECHICERO**  
(De Coronas y gloria – Libro 5)



¡Escucha la serie EL ANILLO DEL HECHICERO en su versión audiolibro!  
Ahora disponible en:

[Amazon](#)  
[Audible](#)  
[iTunes](#)

[¡Descargar libros de Morgan ahora en Amazon!](#)

KINGS AND SORCERERS



THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals



Libros de Morgan Rice

**EL CAMINO DE ACERO**  
SOLO LOS DIGNOS (Libro #1)

**DE CORONAS Y GLORIA**  
ESCLAVA, GUERRERA, REINA (Libro #1)  
CANALLA, PRISIONERA, PRINCESA (Libro#2)  
CABALLERO, HEREDERO, PRÍNCIPE (Libro#3)  
REBELDE, POBRE, REY (Libro#4)  
SOLDADO, HERMANO, HECHICERO (Libro#5)

**REYES Y HECHICEROS**  
EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES (Libro #1)  
EL DESPERTAR DEL VALIENTE(Libro #2)  
EL PESO DEL HONOR (Libro #3)  
UNA FORJA DE VALOR (Libro #4)  
UN REINO DE SOMBRAS (Libro#5)  
LA NOCHE DE LOS VALIENTES (Libro#6)

**EL ANILLO DEL HECHICERO**  
LA SENDA DE LOS HÉROES (Libro #1)  
UNA MARCHA DE REYES (Libro #2)  
UN DESTINO DE DRAGONES(Libro #3)  
UN GRITO DE HONOR (Libro #4)  
UN VOTO DE GLORIA (Libro #5)  
UNA POSICIÓN DE VALOR (Libro #6)  
UN RITO DE ESPADAS (Libro #7)  
UNA CONCESIÓN DE ARMAS (Libro #8)  
UN CIELO DE HECHIZOS (Libro #9)  
UN MAR DE ARMADURAS (Libro #10)  
UN REINO DE ACERO (Libro #11)  
UNA TIERRA DE FUEGO (Libro #12)  
UN MANDATO DE REINAS (Libro #13)  
UNA PROMESA DE HERMANOS (Libro #14)  
UN SUEÑO DE MORTALES (Libro #15)  
UNA JUSTA DE CABALLEROS (Libro #16)  
EL DON DE LA BATALLA (Libro #17)

**LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA**  
ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (Libro #1)  
ARENA DOS (Libro #2)  
ARENA TRES (Libro #3)

**VAMPIRA, CAÍDA**  
ANTES DEL AMANECER (Libro #1)

**EL DIARIO DEL VAMPIRO**  
TRANSFORMACIÓN (Libro #1)  
AMORES (Libro #2)  
TRAICIONADA(Libro #3)  
DESTINADA (Libro #4)  
DESEADA (Libro #5)  
COMPROMETIDA (Libro #6)  
JURADA (Libro #7)  
ENCONTRADA (Libro #8)  
RESUCITADA (Libro #9)  
ANSIADA (Libro #10)  
CONDENADA (Libro #11)  
OBSESIONADA (Libro #12)



## Sobre Morgan Rice

Morgan Rice tiene el #1 en éxito de ventas como el autor más exitoso de USA Today con la serie de fantasía épica EL ANILLO DEL HECHICERO, compuesta de diecisiete libros; de la serie #1 en ventas EL DIARIO DEL VAMPIRO, compuesta de doce libros; de la serie #1 en ventas LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA, novela de suspense post-apocalíptica compuesta de tres libros; de la serie de fantasía épica REYES Y HECHICEROS, compuesta de seis libros; y de la nueva serie de fantasía épica DE CORONAS Y GLORIA. Los libros de Morgan están disponibles en audio y ediciones impresas y las traducciones están disponibles en más de 25 idiomas.

¡[TRANSFORMACIÓN](#) (Libro #1 en El Diario del Vampiro), [ARENA UNO](#) (Libro #1 de la Trilogía de Supervivencia), [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) (Libro #1 en el Anillo del Hechicero) y [EL DESPERTAR DE LOS DRAGONES](#) (Reyes y Hechiceros—Libro #1) están todos disponibles como descarga gratuita en Amazon!

A Morgan le encanta escucharte, así que, por favor, visita [www.morganrice.books](http://www.morganrice.books) para unirte a la lista de correo, recibir un libro gratuito, recibir regalos, descargar la app gratuita, conocer las últimas noticias, conectarte con Facebook o Twitter ¡y seguirla de cerca!